

A woman with blonde, curly hair is wearing a large, elaborate hat decorated with several large, colorful fabric flowers in shades of pink, red, and light blue. She is wearing a light blue dress with a white lace collar. The background shows a large, multi-story house with a porch, set on a green lawn under a clear sky with some trees.

*El diario de  
Marian*

*Tommy Owens*

**EL DIARIO DE MARIAN**  
**UNA HISTORIA DE AMOR, TRAICIÓN Y SUPERACIÓN**

**Una novela de**  
**TOMMY OWENS**

© 2020, Tommy Owens  
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo público de ejemplares.

Los personajes y hechos tratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

***RR.SS.***

[Instagram](#) & [Facebook](#).

Gracias por adquirir esta novela.

## *Sinopsis*

Segunda mitad del siglo XVIII. Marian es una inocente muchacha de diecisiete años perteneciente a una noble familia del sur de España. Ella se siente completamente dichosa estando junto a su madre, a la que idolatra, y a su buena amiga Margarita, a la que adora. Pero su mundo de felicidad se derrumba cuando su padre la fuerza a contraer matrimonio con un primo parisino muy rico y treinta años mayor al que ni siquiera conoce, Donatien de Chatillon.

Marian se opone al enlace, pero con su negativa no consigue sino enfurecer a su padre. Así pues, sin ninguna posibilidad de cambiar su suerte y sin entender la necesidad de esposarse con alguien que vive tan lejos aun teniendo importantes pretendientes en España, acepta su destino y pone rumbo a París, donde narrará sus vivencias diarias en un diario que acabará convirtiéndose en su confidente.

¿Logrará Marian ser feliz con su futuro esposo, un extranjero del que no sabe nada y que casi le triplica la edad? ¿Será capaz de adaptarse a su mundo o, por el contrario, extrañará tanto a su familia que acabará anhelando volver a España? ¿Qué pasará, sobre todo, cuando descubra el gran y horroroso secreto que esconde Donatien?

# *Índice*

[RR.SS.](#)

[Sinopsis](#)

[16 de julio, 1781](#)

[17 de julio, 1781](#)

[18 de julio, 1781](#)

[19 de julio, 1781](#)

[21 de julio, 1781](#)

[22 de julio, 1781](#)

[23 de julio, 1781](#)

[24 de julio, 1781](#)

[26 de julio, 1781](#)

[27 de julio, 1781](#)

[28 de julio, 1781](#)

[29 de julio, 1781](#)

[31 de julio, 1781](#)

[1 de agosto, 1781](#)

[2 de agosto, 1781](#)

[3 de agosto, 1781](#)

[4 de agosto, 1781](#)

[5 de agosto, 1781](#)

[6 de agosto, 1781](#)

[7 de agosto, 1781](#)

[8 de agosto, 1781](#)

[9 de agosto, 1781](#)

[10 de agosto, 1781](#)

[11 de agosto, 1781](#)

[12 de agosto, 1781](#)

[13 de agosto, 1781](#)

[14 de agosto, 1781](#)

[15 de agosto, 1781](#)

[16 de agosto, 1781](#)

[18 de agosto, 1781](#)

[19 de agosto, 1781](#)

[20 de agosto, 1781](#)

[21 de agosto, 1781](#)

[2 de septiembre, 1781](#)

[15 de septiembre, 1781](#)

[16 de septiembre, 1781](#)

[17 de septiembre, 1781](#)

[27 de septiembre, 1781](#)

[6 de octubre, 1781](#)



[16 de octubre, 1781](#)  
[18 de octubre, 1781](#)  
[20 de octubre, 1781](#)  
[23 de octubre, 1781](#)  
[28 de octubre, 1781](#)  
[1 de noviembre, 1781](#)  
[12 de noviembre, 1781](#)  
[14 de noviembre, 1784](#)  
[16 de noviembre, 1781](#)  
[17 de noviembre, 1781](#)  
[20 de noviembre, 1781](#)  
[21 de noviembre, 1781](#)  
[22 de noviembre, 1781](#)  
[24 de noviembre, 1781](#)  
[25 de noviembre, 1781](#)  
[26 de noviembre, 1781](#)  
[1 de diciembre, 1781](#)  
[4 de diciembre, 1781](#)  
[2 de agosto, 1782](#)

## *16 de julio, 1781*

*10:00 a.m.*

Escribo estas primeras líneas desde una de las celdas del convento de las Carmelitas de Ronda. Llevo aquí encerrada desde anoche, y tan sólo he recibido las visitas de una de las monjas de la comunidad, que ha acudido en numerosas ocasiones a verme, ya sea bien para traerme comida —una triste sopa de verduras y pan—, bien para intentar sonsacarme toda la información posible. «Niña, se te ve muy triste, ¿es que acaso no estás contenta con la decisión de tu padre?», me ha preguntado ya hasta en tres ocasiones, pero yo siempre procuro, con respeto, sortear sus pequeños interrogatorios. No quiero hablar mal de padre, y la verdad es que tampoco me conviene, ¡en un buen lío estoy ya como para meterme en otro más!

Acabo de percatarme de que todavía no he dicho quién soy. No sé muy bien cómo funciona esto de los diarios —es la primera vez que escribo uno—, y ni siquiera sé si, alguna vez, éste llegará a las manos de alguien. No lo creo porque dudo que a nadie le pueda interesar las andanzas de una joven de diecisiete años, pero, por si acaso, haré las cosas bien:

Mi nombre es María Antonia Isabel de Lara y Guzmán, aunque mis seres queridos, entre los que incluyo a mi familia y a Margarita —una buena amiga—, me llaman Marian. Mi padre es Antonio Francisco de Lara, VII vizconde de C..., juez; y mi madre, Carlota María Guzmán, señora de R... Como se puede ver, he nacido en el seno de una familia con títulos, ¡pero que nadie se deje engañar! Esto no significa que las cosas me sean fáciles, y en seguida se entenderá por qué.

Tengo tres hermanos, dos varones y una hembra, y soy la menor de los cuatro, lo que me sitúa en una posición un tanto complicada: el mayor —futuro heredero tanto del vizcondado como del señorío— acaba de alcanzar la treintena de edad, y es, gracias a la influencia de nuestro padre, coronel. En estos instantes se encuentra destinado en los Estados Unidos de América luchando contra los británicos, pobrecito mío, pero pronto tendrá su recompensa: una vez que la guerra finalice se retirará como militar, y cuando nuestros padres mueran, Dios quiera que sea dentro de muchos años, podrá disfrutar de una vida tranquila, placentera y sin apenas obligaciones gracias a la herencia. Tiene un hijo vivo.

El segundo de mis hermanos, que tiene ya veintisiete años, es sacerdote. Parece gustarle mucho el oficio eclesiástico y, aunque a veces se queja de lo tediosas y duras que se le hacen las jornadas, a mí me parece que tiene una buena vida, primero porque su trabajo no requiere de apenas sacrificio físico, y segundo porque es un hombre muy respetado, venerado y querido en la ciudad. ¿Existe acaso mayor satisfacción que ésta?

Después está mi hermana, de veinticinco años, que se casó hace cinco con un banquero de Málaga muy rico y muy tacaño que le ha dado dos hijas a las que adoro.

Y, por último, estoy yo. Como ya he dicho, tengo diecisiete años, y, pese a mis reiteradas súplicas, pronto me veré obligada a casarme con un primo extranjero. ¡Como si no tuviera suficientes peticiones de mano aquí, en España! No quiero sonar soberbia, pero es la verdad, y este asunto me ha traído numerosos quebraderos de cabeza y discusiones con mi padre, que es el que ha organizado todo esto. La historia es la siguiente:

Hace tan sólo seis meses, en enero, y sin haberme comentado antes nada, mi padre me

comunicó que iba a contraer matrimonio con Donatien, un primo parisino, muy rico según él, usurero, treinta años mayor que yo, viudo y sin hijos. Me opuse desde el principio, pues no me hacía ninguna gracia la idea de que mi esposo tuviera casi la misma edad que mi propio padre, amén de que ni siquiera lo conozco; padre enfureció ante mi negativa a casarme, y me hizo ver lo muy disgustado que estaba conmigo. «Ésta es una unión muy ventajosa, sobre todo para ti. Deberías agradecerme lo que hago y lo mucho que me esfuerzo por darte un buen futuro», gritó colérico. En ese momento no comprendí qué tenía de ventajoso este matrimonio que no pudiese tener cualquier otro, y a día de hoy tampoco lo hago: soy una muchacha joven, he recibido una buena educación, tengo conversación y modales, hablo idiomas y, a mi juicio, soy bastante bonita —aunque quizás peco de ególatra—. Varios caballeros españoles, algunos muy ricos, hermosos y jóvenes, se han interesado por mí e incluso le han pedido mi mano a padre. ¿Por qué, entonces, entregarme a un francés? ¿Por qué mandarme tan lejos de mi hogar? ¿Qué necesidad hay? No lo comprendo, y desde el día en el que fui conocedora de los planes de mi padre le hice saber lo desconcertada que me sentía ante su decisión.

«No sólo no me ha permitido pronunciarme sobre mi futura unión con Donatien —le dije—, sino que, además, no ha sopesado ni un momento la opción de cancelar la boda a pesar de no sólo mi negativa, sino también la de madre. Le pido por favor que reconsidere su postura y me conceda la gracia de ser yo la que elija a mi futuro esposo». Pero padre no atendió a mis razones. Su respuesta fue, en todo momento, que confiara en él, que todo lo que hace por mí lo hace siempre buscando mi mayor bienestar, y que hay razones poderosas que se escapan de las mentes jóvenes como la mía. «Explíqueme esas razones de las que habla, padre. Arroje luz sobre este asunto y así, quizás, con su ayuda, logre comprender su empeño en que me case con Donatien», le supliqué, pero él jamás llegó a aclararme tales motivos.

Recurrí a mi madre para que le hiciera entrar en razón. En este asunto, ella ha estado en todo momento de mi parte e incluso me ha confesado que tampoco entiende la necesidad de casarme con Donatien. Habló en una ocasión con padre, y lo intentó hacer cambiar de parecer aludiendo a lo triste que se sentiría de tenerme tan lejos, pero no logró conmoverlo lo más mínimo. Ante este inocente chantaje, padre encolerizó, gritó y dijo que las decisiones importantes las debe tomar él. ¡Ah, odio que los hombres sean así, tan protectores, tan mandones...! Madre, que es muy sensible, lloró muchísimo al comprobar que no podía hacer nada para ayudarme y cambiar mi destino, e incluso se sintió muy mal. Le pedí que fuese fuerte y que comprendiera que nada de esto era su culpa.

Las siguientes personas a las que pedí ayuda fueron mi hermana y su esposo, es decir mi cuñado, el banquero. Les expliqué la situación, mi deseo de quedarme en España y mi displicencia por casarme con un señor mayor del que no sabía prácticamente nada. Ellos también hablaron con padre, y mi cuñado incluso le aseguró que conocía a otros banqueros —tanto viudos como solteros— dispuestos a conocerme, pero todo esfuerzo fue en vano. Recibieron un «no» rotundo como respuesta, y mi hermana se sumó a los llantos de mi madre pues, aunque ya no estamos tan unidas como cuando éramos niñas, no desea que me vaya tan lejos, y menos a otro reino.

Mi última baza, ya que mi hermano mayor estaba y todavía está en América, era mi otro hermano, el sacerdote. Por su oficio y por ser un hombre de letras —y por tanto sensible y sabio—, supuse que nuestro padre estaría más dispuesto a escucharle. Le pedí que hablara con él pero, para mi amarga sorpresa, me negó el favor, argumentando que si padre había decidido mi futuro de esta forma debía de ser por alguna buena razón. Me enfadé mucho con él. «¿Es que no vas a luchar

para que tu hermana pequeña se quede cerca de ti? ¿Es que acaso no te importo lo más mínimo? Hazlo al menos por madre, pues si me voy, se quedará muy triste», le dije. Su respuesta fue la siguiente: «Ah, mi querida Marian... Estoy seguro de que si padre cree que Donatien es lo mejor a lo que puedes aspirar, no se equivoca. Deberías acatar su decisión y no darle quebraderos de cabeza, que ya bastantes tiene por su trabajo. Además, según tengo entendido, ese francés es bastante rico, ¿no? Pues entonces, ¿de qué te vas a quejar?».

De esta forma, me quedé sin nadie que pudiera hacerle cambiar de parecer a padre, y a mí no me quedó otra opción que resignarme a aceptar mi suerte y confiar en que Donatien me hará feliz.

Desconozco de quién fue la idea original de este enlace, si de padre o del propio Donatien, pero me duele que no se haya contado con mi opinión en ningún momento. ¿Es que acaso mis deseos no importan?

Sobre mi primo, no lo conozco y apenas sé nada de él, excepto los pocos detalles que precisé antes y repito aquí una vez más: tiene cuarenta y siete años, se dedica a prestar dinero con intereses, es muy rico, parisino, viudo y no tiene hijos. Esta es la poca información que me han dado sobre él y con la que me tengo que conformar.

Como ya he explicado, padre y él llevan seis meses —desde principios de año— carteándose para concertar los detalles de la unión, entre ellos la dote, la fecha de la ceremonia —dentro de un mes y un día, según escribo— y otros asuntos más. Hace cuatro meses se le envió un pequeño retrato mío al óleo. Cuando lo recibió, Donatien escribió sobre mí: «La belleza de esta deliciosa joven es excepcional, ¡comparable a la de las Tres Gracias! Qué afortunado seré de, en un futuro, poder llamarla mi esposa». Me sentí muy halagada y me gustó el hecho de que fuera tan zalamero. Además, padre incluso me permitió escribirle unas cuantas líneas para agradecer sus palabras, siendo aquélla la única ocasión en la que pude dirigirme a él. Sin embargo, yo no he recibido en todo este tiempo ningún retrato suyo, por lo que desconozco si es un hombre apuesto o no, aun teniendo en cuenta la salvedad de la edad.

Estoy tremendamente cansada y los ojos se me cierran, por lo que dejaré de escribir por ahora. Ésta será mi segunda y última noche en el convento. Mañana daré más detalles.

## *17 de julio, 1781*

*(Un día después)*

*8:40 p.m.*

En estos instantes escribo desde el interior de un carruaje que se dirige hacia el norte, y como apoyo el diario sobre mi regazo y el traqueteo del vehículo es continuo, estas dos cosas explican por qué mi caligrafía ahora es tan fea e irregular.

Como ya se puede imaginar, voy camino de Francia, pero antes de cualquier otra cosa, aclararé cómo acabé en el convento:

Como se sabía que hoy, martes, estaba programado que comenzase mi viaje, y yo quería tomarme el día de ayer, es decir el lunes, para descansar, mi buena amiga Margarita vino a casa el domingo dispuesta a que pasáramos una última tarde juntas. Nos dedicamos a tomar chocolate, que es un pequeño vicio que desde pequeñas nos ha encantado, y hablamos animadamente durante horas.

Como a ella también le da mucha pena que me vaya y sabe que no me hace ni pizca de gracia tener que casarme con Donatien, me propuso —en tono jocoso— fugarme, provocando en mí la más alegre de las carcajadas. Tan mala suerte tuvimos que padre estaba pasando por el pasillo, o quizás nos estaba espiando, y escuchó la conversación. Entró en la habitación precipitadamente, dando gritos y acusándome de querer huir y arruinar el nombre de la familia. «Nada de eso, padre —dije intentando calmarlo—. ¿Es que acaso no ha escuchado nuestro tono? No era más que una broma, y yo jamás me atrevería a faltarle el respeto a usted». Pero no me hizo caso y creyó, o quiso creer, que verdaderamente planeaba fugarme para evitar el enlace con mi primo.

Obcecado y furioso, me arrastró del brazo hasta el convento de las Carmelitas y ordenó a la abadesa que se me encerrara allí, en una de las celdas, hasta hoy. Margarita rompió a llorar al ver la desagradable y tensa situación que su broma había propiciado, y madre la acompañó en el llanto al ver cómo padre me obligaba a abandonar la casa. Ni siquiera me concedió la oportunidad de despedirme de ellas.

Cuando llegamos al convento, sus últimas palabras fueron: «Niña desagradecida, ya me darás las gracias por todo lo que hago por ti cuando crezcas». Mis sollozos no lograron arrancarle ni un beso, ni un abrazo ni tan siquiera una leve caricia. Jamás imaginé que mi padre pudiera llegar a ser tan adusto.

En cuanto a mi estancia con las monjas, no hay mucho que decir. Me encerraron con llave durante dos días en una celda austera en la que sólo había una cama, un pequeño escritorio, una mesa incómoda y una diminuta ventana desde la que entraba algo de luz a ciertas horas de la mañana.

Recordando un consejo maravilloso de Margarita, según el cual escribir mi día a día me ayudaría a no sentirme tan sola en Francia, como estaba tan aburrida decidí comenzar a hacerlo allí mismo, así que le solicité a la monja que estaba a mi cargo un cuaderno, tinta y pluma, y ella tuvo la generosidad de concederme mi petición.

Esta mañana, cuando desperté, la abadesa me condujo afuera del convento, sin dejarme antes

probar bocado alguno de comida, y ahí me estaba esperando un lujoso coche llevado por dos caballos —uno blanco como la nieve y otro negro como el ébano— y conducido por dos mozos contratados por mi padre que me acompañarán a París —mientras uno conduce, el otro camina junto al coche, y cada poco tiempo se turnan para así no cansarse demasiado—; con nosotros también viene Antonia Luisa, que es la mujer que, durante toda mi vida, ha sido mi institutriz. Nos acompañará en este fatigoso viaje, por orden expresa de padre, para hacerme compañía, resolver cualquier duda que pueda tener y asegurarse de que llego sana y salva.

Sin embargo, a las afueras del convento eché mucho en falta a madre y a Margarita para despedirme de ellas. Le he preguntado a mi institutriz por el motivo de sus ausencias, pero contesta que no tiene la menor idea. Creo que miente. Tengo el presentimiento de que, si no han acudido, es por orden expresa de padre. Me quieren demasiado y son muy buenas conmigo como para no tener el detalle de darme ánimos antes de partir a Francia, más aun teniendo en cuenta que no pudieron despedirse de mí cuando fui obligada a entrar en el convento.

Según los cálculos que hemos realizado y teniendo en cuenta que recorreremos entre once y doce leguas diarias, llegar hasta París nos demorará un mes, es decir, que llegaré justo a tiempo para la boda. Antonia Luisa ha traído un pequeño cofre con fruta para nosotras, sobre todo manzanas, que duran mucho tiempo. También me ha preparado y traído otro cofre con mis vestidos y joyas.

Mientras escribo, mi institutriz no deja de interrumpirme y de meterse conmigo, diciéndome una y otra vez que esto de los diarios es algo totalmente infantil y una pérdida de tiempo, pero prefiero no hacerle caso. Al principio yo también estaba un poco escéptica en cuanto a que escribir me ayudaría a no sentirme tan sola, o al menos a despejar mi mente, pero ya en este segundo día debo confesar que me he enganchado a este agradable pasatiempo, y desde aquí le agradezco encarecidamente a Margarita por aconsejármelo.

Está comenzando a anochecer y acabamos de llegar a un mesón en mitad del camino, por lo que dejaré de escribir por hoy. Pernoctaremos aquí.

## *18 de julio, 1781*

*(Un día después)*

*Mediodía*

Otra vez vuelvo a escribir desde el interior del coche, con el diario colocado sobre mi regazo. El carruaje es bastante bonito y más espacioso de lo normal. Su interior está enteramente recubierto en terciopelo azul; el exterior está pintado en corinto y tiene numerosos motivos dorados que le confieren bastante elegancia.

Antonia Luisa, de nuevo, me insiste en que, si no pienso abandonar esta «estúpida idea» de narrar mi vida día a día, al menos escriba en otro momento, que ahora corro el peligro de mancharme el vestido con la tinta. Sí, tiene razón, pero correré el riesgo. Total, estamos en mitad del campo, no en la ciudad, y traigo conmigo numerosos trajes en el cofre que ella misma me ha preparado, por lo que no hay problema si me ensucio un poco, ¿verdad?

Anoche, en el mesón y mientras cenábamos antes de acostarnos, tuve la oportunidad de hablar un momento con los dos jóvenes hombres que nos acompañan. Dijeron sus nombres, pero, a decir verdad, ya no los recuerdo, ¡qué cabeza tan despistada la mía! Lo que sí sé es que los he visto antes trabajando para padre, por lo que deben de ser personas de su confianza. Son mozos con rostros muy bellos, aunque están bastante asilvestrados, supongo que fruto tanto de su edad como, especialmente, de su educación. No sé cuánto les habrá pagado padre, pero espero que no haya sido tacaño, porque esta empresa de llevarme hasta París —y luego ellos volver— es, desde luego, hartamente cansina.

¡Oh, acabamos de avistar algo precioso! Luego continuaré escribiendo.

*12:30 p.m.*

Ya estoy de vuelta: se trataba de un pequeño lago muy bello y de aguas cristalinas escondido entre matorrales y árboles. Los dos muchachos se habían desviado hacia allí para que los caballos pudieran beber.

Aprovechando la parada, Antonia Luisa y yo bajamos y nos mojamos los pies. Para nuestra sorpresa, los mozos, sin el más mínimo reparo, se desnudaron frente a nosotras y se lanzaron al agua. ¡Ah, qué vergüenza sentí cuando vi sus cuerpos, cómo me sonrojé y con qué violencia Antonia Luisa me arrastró de vuelta al coche para no tener que presenciar tal bochornosa situación! ¿Qué necesidad tenían de hacerme pasar tan mal rato? ¿Es que acaso están mal de la cabeza? Ya he comentado que estos chicos carecen apenas de educación, pero jamás hubiera pensado que fuesen capaces de hacer semejante cosa delante de una señorita como yo.

Pese a todo, y ya que nadie lee lo que escribo, seré franca y confesaré que ésta ha sido la primera vez que veo ya no a uno, sino a dos hombres desnudos. No me hacía una idea clara de qué es eso que ellos tienen y nosotras no, pero ahora la imagen jamás se me borrará de la mente. Me ha impresionado, sobre todo, el ‘orgullo’ de uno de los muchachos, que parecía bastante..., vigoroso. Me gustó lo que vi, y ahora me pregunto cómo será el cuerpo de Donatien desnudo, aunque dudo que tan bello como el de los mozos. ¡Ay, si padre leyera todo esto se llevaría un gran disgusto, soy una desvergonzada! Supongo que deberé confesarme por estos pensamientos tan

impuros.

Ahora estamos de nuevo en el camino. Antonia Luisa es tremendamente aburrida, no me da conversación sobre nada. Hubiera preferido que me hiciese compañía hasta París cualquier otra persona, pero no ella.

Jamás nos hemos llevado demasiado bien, pese a que hemos estado toda la vida juntas. Fue la institutriz de mis tres hermanos, y también la mía, por lo que cuando yo nací ella ya llevaba muchos años viviendo en casa. Es una señora bastante mayor, más vieja que mis padres, casi una anciana. Muy recta, demasiado formal, seca, antipática, autoritaria, chivata y con cierta tendencia a los cogotazos —siempre que se le presentaba la ocasión nos pegaba, especialmente a mi hermano el cura, al que nunca ha soportado—. Jamás ha tenido marido, y ni siquiera ha llegado a estar comprometida. Posiblemente nunca haya conocido varón, aunque no me atrevo a preguntárselo porque se sentiría ofendida y con toda probabilidad me daría el viaje.

Oh, me estoy quedando sin tinta. ¡Qué fastidio! Me veo obligada a dejar de escribir, por ahora. En la próxima ciudad en la que paremos compraré provisiones de sobra para que no me vuelva a ocurrir lo mismo.



## *19 de julio, 1781*

*(Un día después)*

*1:00 p.m.*

Hace tan sólo unas horas abandonamos Écija, donde hemos pasado la noche. Como se trata de una ciudad grande y bonita, tuvimos la oportunidad de hospedarnos en una buena posada, con habitaciones privadas, camas cómodas y deliciosa comida, es decir, nada que ver con el lugar de la primera noche.

Estos días Antonia Luisa me está despertando muy temprano para ayudarme a vestirme y empolverarme antes de partir, pero lo hace con tantas prisas y de un modo tan brusco que me produce ansiedad. Teme que no lleguemos a tiempo para la boda, y sé que no vamos sobrados de tiempo, pero opino que, a menos que ocurra algún inconveniente, no llegar a París antes del día de la ceremonia no tiene por qué suceder. Lo que quiero decir es que debemos avanzar, como se suele decir, sin prisa pero sin pausa.

Hoy, tras desayunar y antes de subir al coche, me escaqueé un momento para buscar alguna tienda en la que comprar tinta. Como no la avisé, Antonia Luisa se puso hecha una furia y me persiguió dando berridos hasta el negocio en el que entré. Finalmente me permitió comprar la tinta, pero cogió un mosqueo importante.

Aparte de esta pequeña travesura, hoy no ha ocurrido nada interesante o digno de mención, pero como tengo muchas ganas de escribir y no se me ocurre otro tema, lo haré sobre mi vida y daré más detalles sobre ella:

Nací en 1764 en Ronda, que para el que no tenga la suerte de conocerla, diré que es una maravillosa ciudad situada en el sur de España, en una zona montañosa a muchos metros sobre el nivel del mar, donde los inviernos son especialmente fríos y los veranos calurosos.

A los diferentes miembros de mi familia ya los he presentado. Siempre hemos vivido en una gran casa en el campo, que la mandó a construir el padre de mi padre que, como éste, también era juez. Gracias a este empleo hemos tenido la bendición de disfrutar de una vida holgada y cómoda, y yo, como soy consciente de que no todo el mundo tiene la misma suerte ni mucho menos, le agradezco a Dios todos los días nuestra situación.

Conforme mis hermanos se han ido convirtiendo en adultos, todos han acabado abandonando el hogar, como no podía ser de otro modo: mi hermano mayor, el coronel, como ya he dicho está en estos momentos en América, pero mantiene en Ronda su casa, su esposa y su hijo; mi hermano el cura es sacerdote en una iglesia de la ciudad, por lo que está muy cerca de casa y nos visita con asiduidad, pero vive en la misma comunidad de religiosos de la iglesia, donde le dan de comer, le lavan la ropa, etcétera; luego tenemos a mi querida hermana, casada con un banquero, como ya indiqué. Tiene dos hijas maravillosas a las que amo y viven los cuatro en Málaga, aunque acostumbran a pasar un mes con nosotros cada año.

Finalmente estoy yo, que soy la última en abandonar el hogar, con todo el dolor de mi corazón. Me apena no poder quedarme para cuidar de madre, que todavía no es una anciana, pero sí está mayor. ¿Quién va a atenderla, pues, con el cariño y el amor que sólo puede profesar una hija por

su amada mamá? Afortunadamente, en casa todavía viven más personas que le harán compañía a ella y a padre: dos sirvientas, un mozo que trabaja haciendo recados para padre y, si no se decide otra cosa, Antonia Luisa. Respecto a ésta última, no sé qué será de ella, pues a lo que se ha dedicado durante toda su vida es a instruir, pero ya no va a haber niños ni jóvenes en casa. ¿Qué otra función puede tener más allá de hacerle compañía a madre? Desde luego, Antonia Luisa no está en condiciones de cuidarla, más bien al contrario, pues es doce años mayor que ella y ya no está tan ágil como antes. Desconozco si mis padres se habrán decidido ya sobre su futuro o habrán conversado con ella sobre esta cuestión. Siento la tentación de preguntarle directamente a Antonia Luisa, pero me temo que yo pecaría de entrometida y ella se enfadaría. ¡Cualquier cosa la hace enfadar!

Respecto a mi infancia, he de decir que ha sido tierna y feliz. Con madre siempre he compartido un vínculo especial, y es posiblemente la persona a la que más amo en el mundo. Respecto a padre... Lo quiero, como no podía ser de otra forma, pero nuestra relación nunca ha sido muy buena. Es un maravilloso padre, pues siempre me ha dado lo mejor que ha estado a su alcance, pero es un hombre serio, estricto, distante y, sobre todo, muy autoritario, especialmente con las mujeres de la casa: madre, mi hermana y yo. Creo que está convencido de que somos inferiores por el simple motivo de ser mujeres.

En cuanto a mis hermanos varones no me siento demasiado unida porque, por cuestiones de edad, no he pasado mucho tiempo con ellos, pero sí con mi hermana, a la que amo y aprecio, aunque desde que se fue a Málaga no la veo tanto como quisiera.

Mi otra gran confidente es Margarita, a la que ya he nombrado, si no me equivoco, en varias ocasiones. No es familia, pero como si lo fuera. Nuestra amistad lleva forjándose desde que éramos niñas, ya que su madre, la baronesa de B..., siempre se ha llevado muy bien con la mía, y a menudo toman chocolate juntas, insano pero dulce vicio que nosotras hemos heredado.

El padre de Margarita es un ministro retirado que, por algún motivo que nadie comprende, decidió dejar la capital y mudarse a Ronda, siendo todavía bastante joven, justo cuando nació mi amiga. Supongo que lo que le motivó a tomar esta decisión fue huir del bullicio de la gran ciudad en busca de tranquilidad. Son, evidentemente, una familia muy rica, ¡más incluso que la mía! Tanto es así que son los que más terrenos poseen en el campo que rodea la ciudad.

En fin, creo que ya he escrito sobre mi infancia suficiente por hoy, y Antonia Luisa no cesa en suplicarme que deje el diario durante un rato. Dice que quiere darme algunos consejos referentes a mi futuro matrimonio. Curioso: una mujer que nunca se ha casado, ¿está capacitada para dar asesoramiento alguno sobre los hombres?

*3:00 p.m.*

Acabamos de terminar nuestra amena charla, y me ha advertido de algunas cosas que no me han gustado nada, y también de otras que no he comprendido: para empezar, dice que como Donatien es francés y parisino, posiblemente tendrá un humor que yo no compartiré, y que no por ello debo enfadarme o exasperarme con él, sino tener paciencia, intentar comprenderlo y moldear el mío para hacerlo más afín al suyo; que debo intentar caerle en gracia a él, a sus amigos, al servicio, a los vecinos y a toda su familia, especialmente a su madre, pues, por lo visto, vive con su hijo y vivirá con nosotros en la casa; también me ha advertido que todas las relaciones que comienzan —especialmente aquellas como la nuestra, en las que los novios poseen culturas diferentes— son difíciles, pero que con sacrificio lograré sobreponerme a cualquier adversidad, y que en muchas

ocasiones sentiré la tentación de llorar, pues me sentiré muy sola y al principio me costará sentir París como mi hogar. Ah, Antonia Luisa es tan negativa... ¡Espero no pasarlo tan mal como ella anticipa!

Luego me ha recordado que Donatien no tiene títulos, y que no por yo venir de una familia noble debo mirarlo con altivez, pues será mi esposo y le deberé respeto. En cualquier caso, yo jamás actuaría así: soy consciente de que el haber nacido en una familia u otra no es sino fruto del azar, y yo no he hecho ningún mérito, por lo que no existe motivo alguno por el que deba crearme mejor que él en este aspecto.

Finalmente, también me ha advertido que no sólo seré su esposa, sino también su amante, y que deberé hacer cosas que todavía no conozco, pero que no por eso debo tenerles miedo. No me ha dado detalles, pero creo saber a lo que se refiere. ¡No porque lo haya hecho antes! Que nadie malpiense. Sino porque, en alguna ocasión, he espiado conversaciones entre madre y la baronesa de B... en las que han hablado precisamente sobre esto. ¡Sí, me declaro culpable de ser una fisgona!

A decir verdad, me produce mucho nerviosismo el momento en el que tenga que compartir lecho con Donatien. Me pregunto si él será dulce y delicado conmigo, y espero contentarlo y que no quede insatisfecho, pues tengo entendido que los hombres no satisfechos acaban recurriendo a meretrices, lo cual sería para mí una pesadilla. ¡Ah, qué difícil es esto de ser mujer, y qué poco valorado está!

## *21 de julio, 1781*

*(Dos días después)*

*9:00 p.m.*

Hoy ha tenido lugar un suceso muy desagradable que ha logrado entristecerme para el resto del día: esta mañana, en el coche, como me aburría tanto —pues Antonia Luisa no me da conversación y no tengo ninguna novela conmigo para entretenerme—, opté por releer las páginas de lo que llevo escrito en este diario. Ya se sabe que a mi institutriz no le hace ni pizca de gracia que me dedique a narrar mi día a día sobre el papel, así que, en un arrebató, ordenó a nuestros dos guardianes que detuvieran el carruaje; a continuación, me arrebató mi diario y, para el placer de los mozos, comenzó a leer en voz alta lo que había escrito durante estos días, poniendo en todo momento cierto tono de sorna muy humillante para mí. Los tres se rieron, especialmente cuando llegaron a la parte en la que narré lo mal que lo pasé cuando los muchachos se desnudaron frente a mí, así como los comentarios picantes que realicé sobre sus cuerpos. Las risas se convirtieron en carcajadas muy sonoras y fui víctima del bochorno más absoluto. ¿Qué hice yo? Llorar y llorar como una indefensa niña pequeña.

Me sentí tremendamente vilipendiada. ¿Cómo osaron burlarse de mí así? Jamás me hubiera esperado esta traición por parte de Antonia Luisa... Nunca nos hemos llevado bien, y en casa, frente a padre y madre, siempre se ha mostrado conmigo autoritaria pero respetuosa. Hoy he podido comprobar, con claridad, la inquina que me guarda y cómo me tenía ganas desde hacía tiempo. Si no me había ridiculizado antes es, desde luego, porque sabía que madre y padre lo desaprobaban.

El resto del día, como se puede imaginar con facilidad, lo pasé cabizbaja, y si ya de por sí Antonia Luisa y yo no intercambiamos casi ninguna palabra, hoy mucho menos. ¿Por qué me odia tanto? ¿Qué le he hecho yo para merecerme este desprecio? Quizás estoy magnificando el asunto y no es tan grave, pero a mí sí me lo parece. Me siento desprotegida y sin apoyos. Sola. Necesito más que nunca a madre y a Margarita, que ellas sí que me defenderían ante la más mínima burla.

Para evitar que vuelva a ocurrir lo mismo, he tomado una decisión: a partir de ahora y en lo que resta de viaje, sólo escribiré en las posadas o mesones en los que nos hospedemos, ya que, al tener una habitación sólo para mí, gozo de mucha más privacidad que en el coche. Por ejemplo, en estos instantes escribo en el interior de una venta de mala muerte cercana a Brazatortas, por donde pasaremos mañana. Así pues, como la norma general será que escriba desde el lugar en el que pase la noche, si lo hago desde algún otro sitio dejaré siempre constancia explícita de ello.

Me retiro a dormir. Espero despertar mañana de mejor humor.

## *22 de julio, 1781*

*(Un día después)*

*9:30 p.m.*

Aunque todavía estaba molesta con Antonia Luisa por lo que sucedió ayer, hoy, conforme llegábamos a Brazatortas —y como todavía era temprano—, le propuse que parásemos en la parroquia para atender a misa. Le pareció una idea estupenda. Posiblemente nuestra devoción a Dios sea el único punto de encuentro posible entre nosotras.

Tras abandonar la Iglesia de San Ildefonso y Cristo de Orense, templo bastante humilde pero donde el sacerdote hizo el favor de confesarme, continuamos nuestro camino hacia Francia.

Aunque tan sólo llevamos cinco jornadas de viaje, he de decir que estoy ya bastante cansada. Todos los días consisten en lo mismo: estar encerrada en el coche durante horas junto a Antonia Luisa, que no habla apenas. Los únicos momentos en los que puedo tomar aire fresco y caminar un poco, es durante las breves paradas que realizamos para que los caballos beban y los mozos coman y descansen —nosotras comemos dentro del coche, excepto las cenas, que las realizamos en tabernas—. Además, como estamos en pleno verano hace mucho bochorno, lo cual me provoca estar siempre cansada.

Ay, echo tantísimo de menos a madre y a Margarita... Quiero escribirles una carta, así que mañana, si me encuentro con ánimo, le propondré a Antonia Luisa que paremos para realizar el envío postal, aunque estoy segura de que, por supuesto, le resultará una malísima idea, una pérdida de tiempo innecesaria. ¡Cualquier excusa es buena para fastidiarme!

## *23 de julio, 1781*

*(Un día después)*

*11:30 p.m.*

¡Qué desdichada soy, oh, Dios mío! ¿Por qué tantos infortunios, por qué tantas pruebas? Hoy he sido víctima de un gran agravio:

Tomando el camino de Ciudad Real hacia el norte, y ya comenzando a anochecer, un grupo de tres bandidos nos atacó: salieron de entre la maleza, y como fue algo tan inesperado, no tuvimos tiempo de reaccionar. Dos de ellos se ensañaron a puñetazos con los mozos, que al ser muchachitos y los otros hombres tan fuertes, no pudieron apenas defenderse; un tercero, recuerdo que con rostro rudo y lleno de cicatrices, entró en el coche y nos arrancó a Antonia Luisa y a mí los collares, los anillos, los pendientes y las pulseras que portábamos, así como también nos robó el cofre en el que guardo mi ropa y el resto de las joyas, algunas de ellas increíblemente valiosas. Todo ocurrió de forma muy precipitada y no pudimos hacer nada para evitar que nos saquearan. Además, yo estaba muerta del miedo, el corazón me latía con mucha fuerza y pasé tanto miedo que rompí a llorar.

Una vez que los criminales se hicieron con el botín, se marcharon al fin satisfechos, dejando a los dos mozos bastante malheridos: magullados en el suelo, con contusiones por todo el cuerpo —también en sus bellos rostros—, y escupiendo sangre por la boca. No pude evitar llevarme las manos al rostro para reprimir un grito ahogado cuando vi el lamentable estado en el que se encontraban los pobres muchachos.

Nosotras, Antonia Luisa y yo, dentro de la gravedad del asunto, nos sentimos bastante afortunadas, ya que pudiéndonos haber hecho lo que hubieran querido —especialmente a mí, que soy joven y bonita—, decidieron ‘sólo’ robarnos. ¡No me gustaría verme en la horrible tesitura de tener que soportar que esos sinvergüenzas me pongan la mano encima...!

Entre las joyas que se llevaron había algunas muy preciadas para mí, ya no por su gran valor, que también, sino porque la mayoría son reliquias familiares, algunas que pertenecieron a personas que ya no están, como mi abuela materna. Pensar en decir «adiós» para siempre a esos recuerdos me produjo mucha desazón.

Respecto a nuestros dos compañeros, como eran ahora ellos los que necesitaban nuestra ayuda, los atendimos, les dimos agua y fruta, y tuvimos la bendita suerte de que poco tiempo después del asalto transitó por el camino otro carruaje, que llevaba a una dama muy elegante que se presentó como la marquesa de S..., y estaba también con ella su esposo, que casualmente es médico. El buen hombre curó las heridas de los mozos, se las vendó y les dio a beber unos brebajes maravillosos que llevaba consigo y que les sentaron de maravilla. Tras ayudarnos de forma desinteresada, y como no podía ser de otra forma, le agradecemos a la bella pareja quizás más de cien veces su inestimable auxilio, y se fueron con una sonrisa en el rostro tanto él como ella.

Ya con los muchachos algo recuperados retomamos la marcha, aunque esta vez de forma pausada para evitar que se cansaran demasiado. Paramos un poco más adelante, en una posada en la villa de Fernán Caballero, y es en este lugar donde nos llevamos una enorme sorpresa.

Conforme se entraba en el edificio, había un salón muy amplio, lleno de bebedores, algunos

bastante afectados por el vino, tanto es así que había mesas y sillas tiradas por el suelo, y algún que otro bribón que parecía, por su comportamiento y sus palabras, que buscaba pelea. Me sentí totalmente desubicada en este lugar.

Entonces, Antonia Luisa, que es muy perspicaz, observó que en una esquina y tirados en el suelo estaban los tres bandidos que nos habían atacado tan sólo unas horas atrás. «¡María Antonia Isabel, mira eso!», me dijo alarmada, señalándoles con un discreto gesto. Cuando reparé en su presencia comencé a temblar, asustada, recordando lo mal que lo había pasado durante el asalto.

Al ver mi repentina agitación nerviosa, mi institutriz, supongo que en un acto de compasión, me envolvió las manos con las suyas para tranquilizarme. Ordenó a los mozos que se quedaran allí, vigilando a los criminales desde lejos, para así retenerlos por si decidían marcharse; nosotras, mientras tanto, fuimos a avisar a la guardia rural. Sólo nos demoramos un par de minutos en encontrar a dos de ellos, junto a los que volvimos rápidamente a la posada. Allí nos aguardaban los mozos, cumpliendo con diligencia su misión.

Cuando entramos en el salón y los bebedores nos vieron acompañados de los guardias, parece que no les gustó mucho la presencia de éstos, y empezaron a gritarnos y a lanzarnos salvajes improperios. Cada vez más agresivos, se acercaron peligrosamente a nosotros. Nos escupieron e intentaron agredirnos, por lo que tanto los mozos como Antonia Luisa y yo nos vimos obligados a huir atrás de los guardias, que tuvieron que amenazar a los borrachuzos disparando al techo con sus fusiles.

Algunos retrocedieron, asustados, pero otros, los más temerarios o quizás los más afectados por el vino, se lanzaron contra los guardias para intentar arrebatarnos las armas.

Me eché las manos a la boca y lancé un grito ahogado. Me sentí una inepta en ese instante en el que no pude hacer nada para ayudar.

Los guardias, que afortunadamente son muy duchos en el combate cuerpo a cuerpo, se defendieron usando las bayonetas de los fusiles, y provocando así graves heridas en aquellos que osaron intentar agredirlos.

Con la situación ya más controlada, Antonia Luisa señaló con el dedo y denunció quiénes eran los malandrines que nos habían asaltado. Los guardias los sacaron a la fuerza a la calle, y nos pidieron a los mozos, a mi institutriz, a mí y al posadero que los acompañáramos.

Les preguntaron a los bandidos si era cierto que nos habían robado, y al principio lo negaron, pero como parecían estar borrachos y posiblemente no sabían ni qué decían, minutos después acabaron confesando la verdad. El posadero explicó que estos tres hombres habían alquilado una habitación y comprado numerosas botellas de vino pagándole con uno de los anillos robados, pero que, por supuesto, él no sabía que era robado, por lo que no veía justo tener que devolvérmelo, pero que, a cambio, nos permitía pernoctar ‘gratis’ en la habitación que los criminales habían arrendado, así como quedarnos los restos de vino que no hubiesen bebido.

A mí no me pareció bien ya que el anillo en cuestión era muy antiguo, con piedras preciosas engastadas, valiosísimo, y además era una reliquia familiar, perteneciente a una tía abuela que se lo regaló a mi madre, y ésta a mí. Para mi desgracia, los guardias dijeron que no podían hacer nada respecto al anillo, ya que, como el posadero dijo, cuando lo recibió él no tenía forma de saber que era robado, por lo que me aconsejaron aceptar el trato que nos estaba proponiendo. No tenía ganas de discutir, así que cedí. Al menos logré recuperar el cofre con el resto de mis pertenencias —los maleantes lo habían dejado en la habitación—, y los mozos pudieron divertirse un rato con el poco vino que todavía no había sido bebido.

Como se puede ver, éste ha sido un día muy agitado en el que he vivido dos situaciones nuevas

y desagradables para mí: el atraco y el revuelo en la taberna. ¡Con lo tranquila que estaba yo en casa bajo la protección de padre y madre!



## *24 de julio, 1781*

*(Un día después)*

*10 p.m.*

Finalmente ayer, con todo lo que ocurrió, se me olvidó comentarle a Antonia Luisa mi deseo de escribir a mis seres queridos, así que lo hice hoy, y si bien me otorgó el beneplácito, me pidió que sólo escriba una carta, para así no perder demasiado tiempo en burocracia al realizar el envío. Una vez más, estoy en desacuerdo con mi institutriz; hacer enviar una carta apenas requiere tiempo, pero ella se inventa estas tonterías con tal de contrariarme y molestarme. No sé qué le he hecho para que me odie tanto... Oh, odiar es una palabra muy fuerte y espero que realmente no se trate de eso. Rectifico: no sé qué le he hecho para que me tenga tanta inquina y siempre me quiera estar fastidiando. En casa me proveía un trato más cariñoso... Supongo que no se atrevía a tratarme mal delante de padre y madre.

Como iba diciendo, su argumento de que hacer enviar más de una carta nos haría perder mucho de nuestro preciado tiempo me pareció una memez, pero no me iba a rendir tan fácilmente, así que me planté ante ella y le hice saber que no existe motivo en el mundo que me vaya a impedir escribir una carta a quien yo quiera.

«¿Cómo te atreves a replicarme a mí, niña desvergonzada?», me preguntó sorprendida y con la boca desencajada. «Déjeme decirle, Antonia Luisa, que hacer enviar, por ejemplo, cuatro cartas, no requiere apenas de mucho más tiempo que hacer enviar una, por lo que si quiere arrebatarme el placer de escribir a varios seres queridos, va a tener que pensar en una excusa mejor», le dije.

Ella se mostró visiblemente molesta, incluso afligida, y me preguntó si la estaba acusando de algo, si acaso estaba dando a entender que su propósito era fastidiarme adrede. Es evidente que la respuesta era «sí», pero contesté que no para evitar un conflicto mayor, pues no nos merece la pena a ninguna de las dos. Al fin y al cabo, todavía resta mucho viaje por delante, por lo que lo mejor es que nos llevemos bien.

Tengo en mente y deseo escribir a madre, a Margarita, a padre y a mi hermana. Como ya es muy tarde, lo haré mañana, para así tener las cartas listas para cuando llegue a Madrid, y así poder hacerlas enviar con la mayor presteza posible.

Por otra parte, hoy Antonia Luisa me ha contado una curiosa historia sobre los antepasados de mi futuro esposo, una historia de la que yo no tenía ni idea y que, por lo visto, le narró padre: parece ser que el abuelo de mi padre, es decir mi bisabuelo, que era un hombre muy rico, tenía un hermano menor que siempre se andaba metiendo en líos. Éste, al que llamaban Juanito, supongo que era mi tío bisabuelo, si es que tal cosa acaso existe.

Ya desde pequeño, Juanito era revoltoso y problemático, pero conforme se hacía adulto, se convirtió en bebedor, jugador, mentiroso y embaucador, y solía ser visto con las peores influencias de la ciudad. En definitiva, era todo un libertino.

Un mal día, una prostituta con la que había mantenido relaciones comenzó a difundir el bulo de que se había quedado preñada de él, para así sacar algún beneficio económico a cambio de su silencio. El escándalo, como no podía ser de otra manera, estaba servido, y pronto no sólo

Juanito, sino la familia entera estuvo en boca de toda la ciudad, llegando incluso a mermar los ingresos de los negocios familiares a causa de este jaleo.

Mi bisabuelo y el padre de ambos le exigieron a Juanito que hiciera algo para silenciar a la mujer antes de que hundiera la reputación de la familia por completo; lo hizo, pero quizás tomando una decisión demasiado extrema: en lugar de ofrecerle una pensión, que hubiera sido lo que cualquier otro hubiera hecho, optó por degollar a la prostituta y lanzar el cuerpo al río.

A los dos días se encontró el cadáver, y el escándalo fue todavía mayor, viéndose la autoridad obligada a arrestarlo. Mi bisabuelo logró liberarlo, dejándose para ello una buena suma de dinero, pero no sin antes realizarle a Juanito una advertencia: si quería evitarse más problemas, debía abandonar Ronda para siempre y no volver por allí. Aceptó.

La policía, corrupta, se inventó que Juanito, de algún modo u otro pero con bastante habilidad, había logrado huir del calabozo. Algunos creyeron esta versión, otros no, pero al menos la ciudad había logrado quitarse de encima al estorbo de mi tío bisabuelo, que era lo que querían, y los negocios familiares pronto volvieron a ir tan bien como siempre.

Juanito se trasladó a Francia con una importante suma de dinero que le dio su hermano, y cumplió su promesa de no volver a pisar la ciudad. Respecto a la prostituta, se le realizó una autopsia y se comprobó que no estaba embarazada, aunque ya esto no importaba.

Y, ¿por qué Antonia Luisa me ha contado todo esto? Pues porque Donatien es nieto del bribón de Juanito, y esto explica por qué mi primo es francés. Curioso, ¿verdad?

Gracias a esta historia, ahora siento que conozco un poco más a mi futuro esposo, o al menos su origen. Por cierto, cada vez me inquieto más al pensar en el momento en el que lo conozca en persona. Antes, pensar en nuestro primer encuentro me producía miedo, ahora mucha curiosidad. Me pregunto si será un buen hombre, un buen marido, un buen padre... ¡Ay!

## *26 de julio, 1781*

*(Dos días después)*

*10:20 p.m.*

Llegamos hace unas horas a Madrid. ¡Ah, qué ciudad tan bonita, qué grande, qué edificios tan lujosos y cuántísima gente! Es la primera vez que visito la capital, y he quedado gratamente sorprendida, aunque para mi desgracia no pasaré aquí tanto tiempo como quisiera.

Madrid es muy distinta a Ronda, y aquí parece que el acelerado ritmo de la vida no tiene nada que ver con el de allí, mucho más pausado. Esto ya lo sabía porque me lo habían contado, pero comprobarlo de primera mano resulta siempre más encantador.

Ayer, que pasamos la noche en Toledo, no escribí en el diario porque estuve hasta muy tarde redactando las cartas que enviaré mañana por la mañana. Para dejar constancia también aquí, a continuación, y antes de que el sueño acabe conmigo, transcribiré las cuatro epístolas que he escrito (la primera para madre, la segunda para padre, la tercera para mi hermana y la cuarta para mi adorada Margarita):

25 de julio de 1781, en Toledo

*Mi querida madre:*

*Hace tan sólo unas pocas horas que llegamos a Toledo, y nos estamos hospedando en un hotelito maravilloso, señorial y en pleno centro de la ciudad, muy cercano a la catedral y desde donde puedo observar el alcázar. ¡Ah, madre, qué impresionante es este lugar y cómo me alegro de estar viendo cosas tan interesantes en mi viaje a Francia! Me encantaría que estuviese usted aquí, conmigo, disfrutando de esta fugaz visita. Posiblemente su presencia sea lo único que me falta para que mi felicidad sea completa.*

*Llevamos ya diez días de viaje, es decir un tercio del trayecto, o eso pensamos según los cálculos que hemos realizado. Me preocupa no llegar a la boda a tiempo. Al principio pensaba que tal cosa era imposible, pero ahora temo que esta posibilidad no sea tan insólita. ¿Qué hago si hay un imprevisto? ¿Me quedo acaso sin casarme? En tal suponer, ¿podría volver a Ronda, con usted? ¡Ah, no se asuste, madre! Sólo estoy bromeando: ¡padre se enfadaría muchísimo!*

*Sin embargo, sí he de quejarme y decir que me parece que padre ha organizado todo esto de forma muy precipitada, sin siquiera haber tenido yo la oportunidad de conocer en persona a Donatien. No se alarme: aunque también le voy a escribir una carta a padre, a él no le reprocharé nada, pues se enfadaría y posiblemente descargaría su ira contra usted, que es quien vive con él.*

*Sé que si con tantas prisas ha organizado la unión se deberá a algún buen motivo, pero creo que se ha equivocado. En fin, esto que opino usted ya lo sabía, pero tenía la necesidad de expresarme una vez más y dejar salir toda esta indignación que tanto me oprime el corazón, y sólo me atrevo a ser honesta con usted, madre, que sí es una persona comprensiva y con talante.*

*Cambiando de tema, los días se me hacen tremendamente monótonos y aburridos: paso la inmensidad de las horas encerrada en el coche, y Antonia Luisa casi no me da conversación de ningún tipo. Está ahí, conmigo, y en parte agradezco su presencia porque sé que le puedo pedir cualquier favor; pero la noto más apática y autoritaria que nunca. ¿Recuerda, madre, que le comenté que iba a comenzar a escribir un diario, que me lo había aconsejado Margarita para no sentirme tan sola? He de decirle que he vivido un suceso bastante desagradable con Antonia Luisa, y es que, mientras lo estaba releendo, me lo arrebató de las manos y comenzó a leer su contenido ante los mozos, mofándose los tres de mí. ¡Oh, madre, qué abochornada me sentí y cuánto lloré! Posiblemente, si a su vuelta le pregunta por este hecho, me desmentirá y dirá que la situación no ocurrió de esta forma, pero le aseguro que sí.*

*Le voy a contar otra cosa que ha sucedido en nuestro viaje, pero le pido por favor que no se asuste: un grupo de tres bandidos nos atracó en mitad del camino, casi de noche. Sí, así como lee, madre. Se llevaron el cofre de las joyas y los vestidos. A nosotras no nos hicieron nada, se lo prometo, pero a los chicos les dieron una terrible paliza, y aunque ya están mejor, los pobres lo pasaron muy mal y acabaron magullados.*

*Pues bien, tuvimos la tremenda suerte —una suerte tan inmensa que sólo puede ser obra de Dios— que, en la siguiente ciudad en la que paramos, nos encontramos en la taberna de una posada a los mismos bandidos, en esta ocasión bastante afectados por la bebida. Fuimos inmediatamente en busca de la guardia rural; los arrestaron y logré recuperar todas mis pertenencias, excepto el anillo de la tía Josefa —ese de la esmeralda, ¿lo recuerda? —, pues lo*

*utilizaron para pagar al posadero. Todo esto que le cuento ocurrió hace dos jornadas. Aquel fue un día trepidante.*

*¿Cómo está usted, madre? ¿Mejor de su dolor de rodilla? Espero que así sea.*

*Por cierto, debo preguntarle por qué no se despidió de mí cuando Antonia Luisa y los mozos me recogieron en el convento... Supongo que debe de haber alguna razón de peso, y me encantaría conocerla. Me sorprendió no verla ni a usted ni a Margarita.*

*Estoy deseando llegar a París para recibir allí sus cartas. Escribame mucho, por favor.*

*Besos,*

*Marian.*

25 de julio de 1781, en Toledo

*A mi adorado padre:*

*¿Cómo está, padre? ¿Cómo le va el trabajo? Sé que nuestra despedida no fue precisamente buena, por eso veo necesario escribirle para disculparme.*

*Le pido perdón si alguno de mis comentarios le ofendió, o si le molestó que en muchos momentos rechazara la unión con Donatien, que estoy segura de que le costó mucho esfuerzo concertar... No lo hice con un espíritu rebelde ni mucho menos.*

*Pero déjeme precisar, por favor, que aquella conversación mía con Margarita que escuchó la malinterpretó completamente. Jamás hablamos de huir de forma seria, ¡Dios no lo permita! Era tan sólo una broma.*

*Me estoy acordando mucho de usted y de madre. Mañana llegaré a Madrid y al día siguiente haré enviar las cartas —para usted, para madre, para mi hermana y para Margarita—. Envíele de mi parte un cordial saludo a mi hermano el cura, y si le escribe al militar, pues también.*

*Siempre suya,*

*María Antonia Isabel*

25 de julio de 1781, en Toledo

*Querida hermana:*

*Ya casi he llegado a la capital de España, y como el viaje se me está haciendo tan largo, he sentido la necesidad de escribir a la gente a la que quiero, y entre ellos por supuesto estás tú.*

*Estoy viviendo algunas aventuras que me encantaría compartir contigo. El día 23 unos bandidos asaltaron el carruaje y me robaron un cofre con toda mi ropa y mis joyas, pero luego, con la ayuda de unos guardias, logré recuperarlo. Menuda locura, ¿eh?*

*Cada vez estoy más nerviosa por conocer a Donatien. Como bien sabes, viajo a Francia contra mi voluntad, pues no logré convencer a padre de que me buscara otro pretendiente en Ronda, o al menos en España, pero ya que éste es mi destino, supongo que lo mejor es aceptarlo de buena manera. Me pregunto si mi futuro esposo será bueno conmigo. ¡Ojalá tenga tan buena suerte como tú con el tuyo!*

*Ay, me apena abandonar la casa y dejar a madre sola... A padre también, pero madre es más vulnerable. Es cierto que continuará disfrutando de la compañía del servicio, pero ellos nunca podrán suplir la presencia de una hija.*

*Escápate de Málaga y visítala cada vez que puedas, por favor. Debes estar más presente que nunca para que madre no esté triste, especialmente durante estos primeros meses tras mi partida. Sé que no hace falta que te diga todo esto porque tú eres lo suficientemente inteligente como para comprender que madre te necesita, pero por si acaso.*

*¿Cómo están mis amadas sobrinas? ¡Deben de estar enormes ya! ¿Y tu querido esposo? Seguro que le va genial en su trabajo.*

*Espero que el próximo verano vengáis a París a visitarme, o incluso antes si queréis.*

*Muchos besos,*

*Marian*

25 de julio de 1781, en Toledo

*Queridísima amiga, queridísima Margarita:*

*¿Hace falta que te diga lo tanto que te echo de menos? Estoy segura de que no.*

*Pienso en la última vez que estuvimos juntas, cuando mi padre me arrastró del brazo al convento, y se me oprime el corazón al recordar tu cara. Sé que piensas que todo fue por tu culpa, por aquella guasa que dijiste de huir para no tener que casarme, pero lee atentamente: no es tu culpa que mi padre nos escuchara y reaccionara de forma tan violenta, sino suya y sólo suya.*

*Dicho esto, déjame preguntarte también por qué no viniste a despedirte de mí a la salida del convento. Me sorprendió no verte ni a ti ni a madre en aquella fría y triste mañana, y me temo que padre os lo prohibió. ¿Es así? ¿Estoy en lo cierto? Si es como digo, jamás hubiera imaginado que fuera un hombre tan mezquino y capaz de hacerme tanto daño... Aun así, le he escrito una carta de reconciliación. Creo que llevarme bien con mi padre es lo que más me conviene, ¿estás de acuerdo? ¡Ah, amiga, dame tu opinión en todo, pues sabes que a tus reflexiones les doy un gran valor!*

*Las jornadas se me hacen eternas. Antonia Luisa no me da apenas conversación y está siendo bastante desagradable conmigo. Creo que no le caigo bien, y ahora que no están mis padres para defenderme, está pagando todas sus frustraciones conmigo. Qué ganas tengo de llegar a París para no tener que aguantarla más...*

*El otro día unos bandidos nos atacaron y nos saquearon, ¡pero que no cunda el pánico! Yo estoy bien, afortunadamente, aunque los mozos que nos acompañan no tanto: les dieron a los pobres una tremenda paliza. Pero como Dios siempre hace justicia, nos volvió a poner a aquellos criminales en el camino, y Antonia Luisa y yo fuimos a avisar a la guardia rural para que los apresaran, cosa que hicieron, y logramos recuperar casi todo lo que nos habían robado. Como ves, mi buena amiga, se trata de un final feliz, conque no tienes que preocuparte por nada.*

*Mañana llegaré a Madrid. ¡Ay, cómo desearía que estuvieras aquí, conmigo! Sabes que será la primera vez que piso la capital, y que es algo que tenía muchas ganas de hacer desde hace mucho.*

*Ojalá pudieras estar presente también en mi boda. No sé cómo será la ceremonia, que seguro que muy lujosa arreglo a lo supuestamente rico que es Donatien, pero tu presencia valdría más que los mejores banquetes, los más virtuosos músicos y los invitados más selectos...*

*En fin, voy a dejar de escribir ya porque se me está haciendo tremendamente tarde y necesito descansar.*

*Escríbeme, amiga, escríbeme siempre que plazcas, pues para mí será un honor y un placer leerte. La dirección de mi futura casa en París ya la tienes, ¿verdad? Si no, pídesela a mi madre.*

*Besos mil,*



*Marian*

Helas aquí las cuatro cartas. Es cierto que la de madre es la más extensa de todas, pero sentía la necesidad de escribirle a ella más que a nadie, largo y tendido. En cualquier caso, creo que a todos les hará especial ilusión leerme.

Tengo la sensación de que me estoy disculpando ante padre cuando debería ser él el que me pida perdón por su reacción violenta sin fundamento alguno, pero creo que si yo no doy el primer paso... Intento ser una buena hija.

Vaya, ¡se me ha hecho tardísimo! Son ahora las 12:30 de la noche, los ojos se me cierran solos y estoy comenzando a dar pequeñas cabezadas involuntarias.

Me retiro ya a dormir.

## *27 de julio, 1781*

*(Un día después)*

*10 p.m.*

Esta mañana, lo primero que hice fue el envío de las cartas, y a continuación paseamos los cuatro un rato por los alrededores del Palacio Real. ¡Qué edificio tan hermoso, tan grande y tan majestuoso! Mientras lo admiraba, me preguntaba si tendré la oportunidad de verlo en alguna otra ocasión durante mi vida. Espero que así sea.

Tras esta rápida visita, continuamos nuestro trayecto hacia el norte, y el resto del día transcurrió del mismo modo que casi todos los anteriores: monótono y aburrido. Lo que sí diré es que hoy, Antonia Luisa, me ha hablado un poco más sobre Donatien, o, mejor dicho, me ha aconsejado sobre mi futura vida conyugal con él:

Dice que debo tomar como ejemplo a mi madre y obrar como ella respecto a la gente que trabaje para mi esposo y para mí; es decir, que como yo seré la señora de la casa, seré, de alguna forma, una autoridad, y deberé comportarme como tal con el servicio: jamás abrir la puerta yo misma, estar siempre decente y presentable, hacerme respetar, mostrarme con modales, no cocinar más que en algún momento especial en el que quiera mostrarle mi afecto a mi esposo... A decir verdad, buena parte de estas formalidades y etiquetas ya las conocía, conque no me ha revelado nada nuevo.

Madre suele decir que las señoritas debemos estar despiertas antes de las nueve de la mañana, y por eso siempre me he esforzado en estar en pie a tal hora, pero Antonia Luisa dice que las mujeres casadas —que es lo que seré dentro de poco— deben levantarse a las ocho.

Le he preguntado a mi institutriz si sabe con quién viviré en la casa de Donatien, además de con él y con su madre, pues este es un tema del que padre jamás me ha hablado, y Antonia Luisa dice que, evidentemente, con el servicio, y que no tiene constancia de que ningún familiar más de Donatien —además de mi suegra— vaya a compartir nuestro mismo techo. La verdad, prefiero que sea así. No me hace especial ilusión tener que compartir hogar con demasiados desconocidos. Respecto a la madre de mi futuro esposo..., espero caerle en gracia, aunque esto no es algo que me preocupe demasiado. Total, ¿por qué motivo no iba yo a gustarle?

## ***28 de julio, 1781***

*(Un día después)*

*10:25 p.m.*

Los días son cada vez más calurosos y, pese a que estoy resguardada en el interior del coche, lo paso francamente mal. ¡No me quiero ni imaginar cómo deben de sufrir los mozos llevando a los caballos!

Hoy Antonia Luisa me ha sorprendido con algo que no me esperaba: me ha entregado una carta sellada de madre. Por lo visto, y según me ha explicado mi institutriz, la escribió mientras yo estaba confinada en el convento y le pidió a Antonia Luisa que me la entregara y que me indicase que, por algún motivo que desconocemos, que la lea sólo cuando llegue a París.

A lo largo del día me he sentido tentada de abrir la carta en numerosas ocasiones, especialmente ahora, que estoy sola en la habitación de una posada, pero como madre no quiere que la lea por ahora, pues no lo haré; no quiero fallarle. En cualquier caso, no entiendo la necesidad de esperar, aunque supongo que existirá algún buen motivo. Me pregunto, sobre todo, qué dirá la epístola, y por qué tanto secretismo...

¡Ah, cuántas preguntas!

## *29 de julio, 1781*

*(Un día después)*

*11:00 p.m.*

No dejo de darle vueltas a la carta de madre. ¿Por qué tanto hermetismo? ¿Qué querrá decirme que todavía no pueda saber? Y, si realmente la escribió mientras yo estaba en el convento y se la entregó a Antonia Luisa para que me la diera en lugar de hacerlo ella misma el día de mi partida a París, ¿es ésta una prueba irrefutable de que obró así porque, tal y como yo temía, padre le prohibió ir al convento a despedirse de mí? Supongo que para responder a todas estas incógnitas deberé esperar.

Hoy he recordado algo que me sucedió hace muchos años, cuando era una niña, una historia triste y bonita a partes iguales: padre, madre, mi hermana y yo fuimos al lago de excursión. La mayor parte del camino lo realizamos en coche, pero a partir de cierto punto la única forma de avanzar era andando.

Llegamos al lago y nos refrescamos los pies en el agua helada. ¡Ah, qué felices instantes! Aquel es el único recuerdo que tengo de padre presente en alguna excursión con nosotras. Siempre ha sido un hombre serio, incluso arisco, pero que ha querido lo mejor para mi hermana y para mí.

Cuando decidimos que era el momento de volver, mi hermana se adelantó hasta el coche, quedándonos mis padres y yo rezagados. Un mal tropiezo me hizo caer al suelo y acabé atrapada en un matorral. Madre lanzó un grito ahogado y, atemorizada de ver a su niña pequeña en aquel estado, vino veloz a socorrerme. Me sacó del matorral y comprobó con horror que me había hecho heridas y que mi vestido se había desgarrado. Yo lloré con todas mis fuerzas.

«Niña torpe y estúpida —me dijo padre desde la distancia y mirándome con altivez—, no seas tan débil y deja de lloriquear. Si te caes, debes levantarte tú sola, pues tu madre no estará ahí siempre para ayudarte», y cuando me soltó todo esto, continuó caminando, como si nada hubiera ocurrido, hacia el coche.

¿Cómo le pudo decir eso a su propia hija, a una niña pequeña, débil e indefensa? Las palabras de padre me hicieron todavía más daño que la caída, pero para animarme, madre, que me abrazó con fuerza, me dijo: «No te preocupes, querida Marian, que siempre, por muy vieja que sea yo y por muy adulta que seas tú, serás mi pequeña, y yo estaré aquí para ayudarte en lo que necesites». Sus palabras fueron tan hermosas que ambas nos fundimos en el más cálido de los abrazos mientras no dejábamos de derramar lágrimas de felicidad.

Todo esto me hace pensar que, quizás y sólo quizás, la carta de madre sea para animarme, darme fuerzas o incluso algún consejo, pues ella sabe que no me quiero casar y que adaptarme a mi nueva vida no me va a resultar fácil. Cada vez estoy más convencida de que no tuvo la oportunidad de despedirse de mí por deseo expreso de padre y contra su voluntad. ¡Ah, no sé si seré capaz de esperar hasta llegar a París para leer la carta!

## *31 de julio, 1781*

*(Dos días después)*

*9:30 p.m.*

Ayer no escribí, no porque me acostara muy tarde y estuviese cansada, sino porque no tenía nada interesante que contar: la jornada transcurrió de la forma más monótona posible, y tampoco se me vino a la mente ninguna anécdota que narrar, conque para no escribir algo interesante, decidí que era mejor no escribir nada en absoluto.

Pero hoy sí que ha ocurrido algo digno de mención, una desgracia que ha traído, después, una inesperada pero bonita amistad:

Ya he comentado que, por la fecha en la que estamos, hace un calor tremendo, pero hoy el sol ha sido especialmente sofocante, más que estas semanas atrás. A mediodía era tal el bochorno que uno de los mozos, sudoroso y deshidratado, que iba caminando junto al coche mientras el otro conducía, se derrumbó al suelo.

Antonia Luisa y yo salimos velozmente para auxiliarle, y el otro muchacho detuvo a los caballos para hacer lo propio. En un primer momento no supimos si estaba inconsciente o se trataba de algo peor, por lo que el miedo nos invadió. «Despierta, por favor, despierta», le dije mientras lo agitaba muy nerviosa.

Gracias a Dios, finalmente abrió los ojos, y yo le ofrecí agua embotellada que bebió hasta la última gota.

Retomamos la marcha, pero antes y por petición expresa mía, Antonia Luisa y yo nos apretamos para hacerle un hueco al joven hombre en el interior del coche, que se subió y descansó junto a nosotras en los mullidos asientos. Estábamos los tres bastante incómodos pues apenas disponíamos de espacio, pero no me importó; no podía permitir que el pobre muchacho sufriese otra insolación.

Empezó a recuperarse poco a poco, pero continuaba sudando, y parecía tolerar tan mal el calor incluso en el interior del vehículo, que acabó pidiéndonos permiso para quitarse la camisa. «¡Oh, Jesús!», me dije a mí misma. No sabía qué responder ante su petición. Supuse que era muy poco decoroso estar metida ahí dentro con un hombre medio desnudo, pero también lo era negar su petición teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba. Quise decirle que no había ningún problema, pero temía que Antonia Luisa se enfadara y, cuando vuelva a Ronda, se lo cuente a padre. La miré, buscando en sus ojos auxilio. Ella comprendió mi indecisión, miró al pobre muchacho y le espetó: «Es mejor que dejes cada cosa en su sitio, incluidas tus prendas». Me sentí fatal por él, pero no me atreví a decir nada, y lo único que pude hacer es ofrecerle más agua y fruta, que él aceptó gustosamente.

Entonces, comencé una animada conversación con el joven hombre, y descubrí que Víctor, que ese es su nombre —por fin lo recordé, aunque el del otro mozo no—, había trabajado para padre más veces, cosa que yo desconocía, y no sólo eso, sino que también me ha hablado de una ocasión en la que me salvó la vida, situación que recuerdo perfectamente pero que no tenía la menor idea de que mi héroe fuera él: hace tres años, cuando yo aún no había cumplido los catorce, salí a jugar al jardín con Margarita. Madre y la baronesa de B..., que estaban tomando té juntas, nos

exhortaron encarecidamente a que no nos alejáramos de la casa, pero nosotras, niñas traviesas e inconscientes, por el devenir del juego acabamos adentrándonos en el bosque, con la mala suerte de que una jauría de feroces perros, cuyos ladridos cada vez se escuchaban más nítidamente, nos olieron y comenzaron a acercarse. Estábamos asustadas y no sabíamos qué hacer. ¿Correr hasta la casa? Temíamos que no nos diera tiempo y nos alcanzasen, por lo que, con muchas dificultades y provocándonos enormes rasgaduras en los vestidos, logramos subirnos a las ramas de un árbol. Para cuando lo hicimos, estábamos ya rodeadas de cinco perros enormes que jadeaban hambrientos a los pies del árbol. «¡Socorro, socorro!», gritamos aterradas, pero nadie parecía escucharnos. La casa y la misma ciudad quedaban muy lejos.

Entonces él apareció. Víctor, haciendo sonar un silbato y dando palos al aire con una vara de madera, logró asustar a los perros, que salieron huyendo de allí. Tras esto, nos ayudó a Margarita y a mí a bajar del árbol y nos acompañó hasta casa. ¡Nos había salvado la vida! Y yo ni siquiera lo recordaba...

Cuando me contó esta bonita historia, no pude evitar emocionarme y darle un abrazo que me fue imposible contener. Antonia Luisa me apartó inmediatamente de él, como no podía ser de otra manera, pero al menos pude mostrarle mi gratitud.

Tras recordar este suceso, Víctor, supongo que arrepentido, se disculpó por lo que ocurrió «con el diario» el otro día. Se refería a cuando mi institutriz me lo arrebató de las manos y comenzó a leerlo a viva voz, provocando la risa de los mozos. Acepté sus disculpas y le regalé la más amplia de mis sonrisas para que comprendiese que no le guardo ningún rencor. ¡Y Antonia Luisa delante de nuestras narices, sin decir ni una sola palabra, sin tener la decencia de disculparse ella también! Esta es la diferencia entre una buena y una mala persona: la primera se arrepiente de su error, la segunda se regocija en él.

Ahora no me siento tan sola y sé que tengo, al menos, un verdadero aliado en mi trayecto hasta París.

Me retiro a dormir. Hoy pernoctamos en Logroño.

## *1 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*10:00 p.m.*

De nuevo, hoy otro accidente nos ha dificultado el avance, aunque al final hemos podido solventar el problema de buena manera:

Con Víctor ya recuperado y dirigiendo a los caballos junto al otro mozo, en cierto punto del camino, como hacía mucho calor y se podía escuchar el agua corriendo de un río cercano, los muchachos nos preguntaron si nos parecía bien desviarnos un momento para que los caballos bebieran y ellos poder refrescarse. Contestamos que sí, que nos parecía una estupenda idea, por lo que tomamos el camino campo a través cuando, para la mayor de nuestras desgracias, uno de los caballos intentó pisar donde no había suelo y cayó precipitado en una fosa enorme que estaba escondida a la vista por matorrales y las hojas de los árboles. Como el caballo estaba, evidentemente, atado al coche, arrastró al otro caballo también al boquete, y al mismo vehículo, que lo dejó medio encallado en aquel atolladero. Los muchachos, que en ese momento ambos estaban sentados en la parte exterior, salieron precipitados y cayeron sobre los caballos, en el foso. Afortunadamente, Antonia Luisa y yo pudimos salir a tierra firme porque, como ya he dicho, el coche quedó medio encallado, y no hundido del todo en el foso.

Nos pusimos muy nerviosas al ver aquella escena tan dantesca: nadie estaba herido, ni siquiera los caballos, gracias a Dios, pero temíamos que el vehículo hubiera quedado dañado, opción que a priori parecía poder descartarse.

Los mozos escalaron hasta el techo del vehículo y, desde ahí, les ayudamos a subir. «Ahora hay que subir el coche y los caballos», dijo Víctor. Afortunadamente teníamos cuerdas, que los mozos ataron a las ruedas del coche que quedaron más altas y, entre los cuatro, tiramos con todas nuestras fuerzas, pero apenas logramos mover el vehículo —y los caballos, que hay que recordar que seguían atados— uno o dos pies. Necesitábamos ayuda. Necesitábamos más hombres, y que fuesen fuertes.

Les pedimos a los mozos que se quedaran ahí y, mientras tanto, Antonia Luisa y yo regresamos al camino en busca de ayuda. Estuvimos esperando cerca de una hora, pero finalmente vimos acercarse un coche muy lujoso, protegido por tres jóvenes varones, que seguía la dirección contraria que nosotros habíamos tomado, es decir, se dirigían hacia el sur.

Los detuvimos, explicamos nuestro problema y suplicamos ayuda. Entonces, la única persona que había dentro de aquel coche, una dama con un vestido, unas joyas, un maquillaje y un peinado que denotaban muy alto rango, me pidió que entrara en el vehículo y me sentara junto a ella, argumentando que debía preguntarme algo. Quedé muy sorprendida, y temí que me fuese a hacer daño o se tratara de una trampa, pero como parecía una mujer afable, no dudé entrar.

Antonia Luisa intentó acompañarme al interior del coche, pero la dama le indicó que tan sólo deseaba hablar conmigo, por lo que mi institutriz se retiró unos pasos, visiblemente cabreada.

La mujer preguntó adónde nos dirigíamos, y le expliqué que a París. «¿Pasarán por Mont-de-Marsan?». Contesté que no, que en nuestro itinerario inicial no contemplábamos cruzar aquella pequeña ciudad francesa, a lo que la dama dijo que, si cambiábamos de opinión y le entregábamos



una carta a un familiar suyo, ordenaría a sus hombres ayudarnos; en caso contrario no. Lo que menos deseaba era desviar nuestra ruta a riesgo de llegar tarde a mi boda, pero la situación era tan crítica en aquel momento que me vi obligada a aceptar su propuesta. Para cerciorarse de que cumpliré mi palabra, la señora me hizo jurar que realmente haría entregar la carta, y así lo hice.

Así pues, y ya con mi confianza ganada, sus hombres fueron a auxiliar a los míos, y yo me quedé con ella en el coche mientras Antonia Luisa, recelosa, vigilaba desde fuera. La dama se presentó como Condesa de P..., por lo que supuse que debía de ser muy rica, y comenzó a redactar, delante de mí, una carta que me ordenó entregar a un primo suyo, del cual me dio su dirección. Para cuando terminó de escribirla, los mozos ya habían logrado sacar del atolladero mi coche y los caballos. Afortunadamente, ningún animal había resultado herido y el vehículo estaba en perfecto estado. A continuación, nos despedimos de la condesa y retomamos nuestro viaje.

Si este diario, por algún casual, ha caído en las manos de alguien, esta persona se estará preguntando qué dice la carta. ¡La curiosidad es totalmente comprensible! Como la señora me la entregó sin sellar y no me indicó que no la leyera, me permití el placer de ojearla.

Podría limitarme a indicar someramente el contenido de la nota, pero para no faltar a la verdad lo más mínimo, haré el esfuerzo de transcribirla aquí:

*Querido primo:*

*Me he topado en mitad del camino con una muchachita que se dirige a París, y le he pedido, a cambio de un favor que le he otorgado, que te entregue esta carta cuando pase por Mont-de-Marsan. No sé si lo hará, pero espero que sí, porque se le ve buena niña, amén de que ha hecho un juramento. Te preguntarás por qué no he enviado a cualquier otra persona a que te entregue esta nota, la respuesta es fácil: no confío en nadie de mi entorno.*

*Como bien sabes, los problemas con mi esposo no han hecho más que recrudecerse durante los últimos meses, y el malestar que sufro ha llegado a cierto nivel que ya no soy capaz de tolerar. Sé que pensarás que soy una inconsciente y que debería aguantar y quedarme en casa, pero me es imposible sabiendo que se ve con niñas tan sumamente pequeñas, ¡es enfermizo! Ah, si no fuera un hombre tan poderoso, ya lo hubiese llevado ante la justicia por ése y por otros motivos más de los que ya te daré cuenta.*

*En fin, no me alargaré más: lo he abandonado. He guardado en un gran cofre ropa, dinero y joyas, y esta misma madrugada me he montado en un coche.*

*Estoy tomándome la libertad de dirigirme hacia la casa que posees en el sur de España donde, según me has dicho, está veraneando tu madre, mi tía Antonia, a la cual quiero mucho y estoy deseando besar. Espero que no te moleste mi decisión, primo, aunque estoy segura de que no. Necesito refugio y eres la única persona que tengo. ¿Vendrás al sur cuando sepas de mi situación o tengas tiempo? Espero que así sea.*

*Un afectuoso saludo.*

*Condesa de P...*

He aquí la carta: una indefensa mujer que no soporta los vicios de su marido y decide huir de él. ¡Qué interesante, cuántas intrigas y qué pena siento por ella de que no haya tenido la suerte de topar con un buen hombre! Espero que mi futuro sea bien distinto al suyo. ¡Tiemblo tan sólo de pensar que no!

## ***2 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*11:45 p.m.*

Ya casi hemos llegado a la frontera con Francia, y mañana entraremos en el país galo. Se podría decir, sin lugar para la duda, que hemos dejado atrás el ecuador del viaje.

Mis nervios no hacen sino aumentar de cara a mi llegada a París. No sé si seré bien recibida, aunque espero que sí. También espero que Donatien sea un buen hombre. Sobre todo, le pido a Dios llegar a tiempo para la boda y así no hacer enfadar a nadie.

Es muy tarde, por lo que hoy apenas voy a escribir. Me retiro ya a dormir.

## ***3 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*9:30 p.m.*

¡Ya estamos en territorio francés! Concretamente en Saint-Jean-Pied-de-Port. Según el itinerario inicial, mañana deberíamos dirigirnos hacia el noroeste, camino de Bayona, pero como le prometí a la condesa de P... que entregaré la carta a su primo en Mont-de-Marsan, pues nos vemos forzados a desviarnos hacia el noreste, aunque ello suponga realizar más leguas. Tanto los mozos como Antonia Luisa se muestran contrarios a esta decisión, y entiendo el enfado, pero ellos deben comprender que la condesa me hizo jurar que le haría el favor, y fallar a mi juramento sería pecar, por lo que, por poco que me guste arriesgarme a llegar tarde a la boda, no me queda otra alternativa.

En cuanto al sur de Francia, he de decir que posee pueblos bonitos, bastante parecidos a los del norte de España. Donde he visto más contraste es entre el norte y el sur de mi país, y no digo que una zona sea mejor que la otra, simplemente son diferentes, cada cual con su encanto. Me pregunto si el norte y el sur de Francia serán, a su vez, tan distintos.

Esta noche, antes de dormir, jugaremos a una partida de naipes los cuatro. ¡Espero tener suerte!

## ***4 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*9:35 p.m.*

Hoy Antonia Luisa me ha vuelto a aconsejar sobre mi futura vida como esposa, y de nuevo no estoy de acuerdo con todo lo que me ha dicho, pero comprendo que es lo que se espera de mí: dice que me muestre interesada por los asuntos de Donatien, aunque no demasiado para no dar la impresión de que me preocupo en exceso, no vaya a creer que no confío en él; que le pregunte, todas las noches, cómo le ha ido el día; que me muestre plenamente feliz, aunque no lo sea, y tan sólo me queje cuando sea imperioso hacerlo, y así no le daré más quebraderos de cabeza de los necesarios; debo cuidar de mi vestimenta, de mi peinado y del maquillaje, más teniendo en cuenta que en París ir a la moda es algo muy apreciado; que no debo, jamás y bajo ningún concepto, darle a Donatien ningún motivo para que desconfíe de mi fidelidad hacia él, por lo que tengo la obligación de evitar la compañía de cualquier otro hombre, y cuando esto sea imposible, mostrarme arisca con ellos; debo estar siempre dispuesta a cualquier proposición de mi esposo, incluidas las referentes a la alcoba; debo ser buena madre, cuando sea el momento; finalmente, es mi obligación cumplir no sólo con mis deberes religiosos, sino asegurarme de que Donatien cumpla los suyos, pues son ellos, los varones, los que más fácilmente se desvían del camino de la rectitud, según Antonia Luisa.

Oh, intentaré retener todos estos consejos en mi mente, pero son tantos... Vuelvo a repetir que ser mujer y esposa me parece una tarea harta complicada que no está nada valorada. Desconozco si, en el futuro, nosotras las mujeres tendremos más autonomía o poder en este mundo dominado por los hombres, pero me hubiera gustado tantísimo nacer en una época como la que describo... En fin, me debo resignar a vivir el presente, pues podría ser peor.

Madre suele decir que soy demasiado rebelde, y que me conviene moldear mi carácter y ser más sumisa. Me pregunto si tendrá razón en que me excedo de moderna, o quizás ellos son demasiado tradicionales.

## ***5 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*11:30 p.m.*

Nada interesante que contar hoy, excepto que nos hemos tomado la libertad de echarnos una siesta a las orillas de un precioso río, dulce capricho que nos ha restado tiempo de viaje.

Fui yo misma la que propuso este breve descanso, sobre todo porque hacía tanto calor que temía que los mozos sufrieran una insolación. Antonia Luisa, como no podía ser de otra manera, rechazó tajantemente mi propuesta, alegando que no había tiempo que perder. Esa mujer intenta imponer su voluntad por encima de la mía en todo momento. Es cierto que ha sido mi institutriz hasta hace muy poco, y yo todavía la considero como tal, pero ha de recordar que es ella la que trabaja para mi familia, y yo ya soy una mujer y no una niña.

Finalmente, se cumplió mi voluntad, y los muchachos me agradecieron encarecidamente aquella bendita parada que les permitió recobrar algo de fuerza.

## *6 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*11:05 p.m.*

Llegamos esta tarde a Mont-de-Marsan, justo antes de que comenzara a anochecer, y es aquí donde todavía estamos y pasaremos la noche.

Lo primero que hicimos al pisar esta ciudad fue buscar la dirección que la condesa me dio, y cuán grande fue mi sorpresa que, al llegar a esa casa, en plena calle, estaba aconteciendo un duelo de espadas, que ya sabe todo el mundo que es una práctica arcaica, salvaje e ilegal.

Los dos contrincantes eran caballeros muy bien vestidos, posiblemente de clase alta, pensé. Mientras las hojas chocaban entre ellas, numerosos vecinos observaban con horror la escena y les gritaban que parasen.

Llegó la guardia armada y detuvo la contienda, arrojando en el acto a ambos hombres. Uno de ellos dijo ser el vizconde de M..., y aseguró que el otro era un extranjero, español, que andaba buscando a su esposa desaparecida, que es a su vez la prima del vizconde, pero que no tenía ni idea de dónde estaba. Fue en este momento cuando comprendí que la dama de la que hablaba era la condesa de P..., y él el caballero al que tenía que entregar la carta.

Los guardias se disculparon ante el vizconde: «Disculpe, disculpe, señor —le dijo en francés uno de ellos, avergonzado—, pues por la violencia de la situación no le habíamos reconocido. Encerraremos al español durante unos días, para que así no vuelva a molestarle».

Tras esto, los guardias se llevaron al esposo abandonado de la condesa, los vecinos volvieron a sus hogares, y el vizconde, cuando estaba a punto de encerrarse en casa, se detuvo al escuchar cómo Antonia Luisa y yo lo llamábamos desde la distancia. Nos acercamos y, como mi francés es bastante más fluido que el de mi institutriz, fui yo la que hablé: «Señor, no he podido evitar presenciar la pelea y escuchar lo que les decía a los guardias. Creo que es usted la persona a la que busco. ¿Es la condesa de P... su prima?». «Así es —contestó—. Su esposo se ha presentado en mi casa, furioso, acusándome de tener escondida a mi prima, lo cual es absolutamente falso. ¿Es cierto que ha huido del hogar, tal y como él dice?», me preguntó. «Es totalmente cierto. Déjeme que me presente: Soy María Antonia Isabel de Lara y Guzmán, hija de Antonio Francisco de Lara, vizconde de C..., y de Carlota María Guzmán, señora de R... Yo a su prima no tenía el honor de conocerla hasta hace unos días, pero viniendo hacia Francia, me crucé con ella un poco más al norte de Logroño, ella dirigiéndose al sur. Como mi coche se encontraba atrapado en un atolladero, requerí la ayuda de sus hombres, y ella aceptó a cambio de entregarle esta carta a usted».

Se la di y él la leyó detenidamente. Al terminar, me preguntó si la había leído. Confesé que sí, que no me había podido resistir, y que, de todas formas, ella no me dijo que no lo hiciera. Agradeció mi sinceridad y sacó de sus bolsillos algunas monedas de oro que quiso entregarme como pago por mi servicio. Rechacé violentamente aquel pequeño tesoro, y le dije que no me hacía ninguna falta. «Perdone si le he faltado el respeto con mi ofrecimiento, señorita. En cualquier caso, sepa que aquí, en Mont-de-Marsan, tendrá siempre a un amigo».

Nos despedimos efusivamente, entramos en una posada muy coqueta y es aquí desde donde



escribo.

El vizconde me ha parecido un buen hombre, y me ha gustado mucho que diga que es mi amigo. Sobre todo, me alegro de haber podido ayudar a su prima. Espero que halle la felicidad lejos de su esposo, que no quiero ni imaginar a qué vejaciones la habrá sometido como para tener que huir de él, lo cual me parece una medida desesperada.

El sueño está acabando conmigo. Me retiro a dormir.

## ***7 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*10:25 p.m.*

Hoy, como ha hecho un día cálido sin llegar a ser caluroso, hemos podido avanzar más leguas de lo normal, y ya estamos en Bazas. En cualquier caso, empiezo a temer de forma seria que no llegaré a tiempo para la boda, lo cual me apena y aterra a partes iguales. Si finalmente llego tarde y padre se entera, enfurecerá mucho. Afortunadamente, al estar tan lejos no tendré que soportar su ira, pero madre sí, y eso me entristece. Por otra parte, no quiero defraudar a Donatien. ¿Qué clase de impresión se llevaría de mí si no llego a tiempo a la ceremonia?

Diré en mi descargo que nada de esto es culpa mía: ya he comentado que todo esto de la boda se ha organizado de forma muy precipitada, cosa que ni entendí en su momento ni entiendo todavía, y que padre debería haberme otorgado más margen de tiempo para llegar a París. Pero, como siempre, si algo sale mal la responsabilidad la cargaré yo a mis espaldas. ¡Ay, qué injusticia!

## ***8 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*9:05 p.m.*

En esta ocasión escribo desde el coche, con el diario sobre mi regazo y luchando contra el constante traqueteo del vehículo para que mi caligrafía no sea completamente horrorosa, como durante las primeras jornadas de este viaje. Ya comienza la puesta del sol, y sería en momentos como éste cuando, de forma normal, nos meteríamos en el primer mesón o posada que encontraríamos. Pero hoy no dormiremos en ningún establecimiento, aunque mañana sí.

Hemos tomado esta decisión, por iniciativa de Antonia Luisa, a causa del retraso que llevamos. Así pues, mi institutriz y yo dormiremos dentro del coche, junto a alguno de los mozos, los tres apretados, mientras el otro conduce. Cuando transcurran cinco horas, el muchacho que conduce intercambiará su papel con el que duerme, y así ambos podrán descansar un poco y no caerán agotados.

En fin, me parece que ésta será una noche larga e incómoda.

## ***9 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*11:30 p.m.*

Finalmente, la idea de viajar sin parar anoche fue magnífica, y así hemos logrado recuperar algo del tiempo que perdimos cuando nos desviamos a Mont-de-Marsan.

Ahora estamos en Villebois-Lavalette, un pueblo sin demasiado encanto cuyo único atractivo es un castillo. La dueña del mesón en el que nos hospedamos, que parece ser alegre en exceso, ha estado charlando con los mozos, y les ha caído tan en gracia que les ha invitado a beber grandes cantidades de vino, por lo que ahora están borrachos como una cuba, y nos ha invitado, tanto a ellos como a mí, a pasar un rato en su dormitorio. Desconozco cuáles son las intenciones de la mesonera, si sólo divertirse o quizás algo más, pero no pienso formar parte de sus inmorales juegos.

Me retiro a dormir, y más les vale a los muchachos estar mañana frescos como una rosa.

## *10 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*11:50 a.m.*

Oh, Señor, ¿quién me iba a decir a mí que la fiesta de los mozos con la dueña del mesón nos iba a traer tantos problemas? Es casi mediodía y todavía estoy atrapada en Villebois-Lavalette. ¡Maldita sea, deberíamos estar ya prosiguiendo nuestro viaje!

Anoche, tal y como temía, la mujer se retiró con los jóvenes a una habitación privada, donde continuaron bebiendo sin control y haciendo Dios sabe qué. Apareció el marido, y es fácilmente imaginable el enfado que se cogió al pillar a su esposa en un estado tan alegre con los muchachos.

Intentó, literalmente, matar a los mozos, que saltaron por una ventana y salieron huyendo, pero el hombre los persiguió por todo el pueblo hasta que la guardia los detuvo a los tres bajo el pretexto de estar causando desórdenes públicos. Así pues, desde anoche están durmiendo en el calabozo del castillo, y es esta mañana cuando Antonia Luisa y yo nos hemos enterado de todo lo ocurrido.

Por supuesto, lo primero que hicimos fue ir a verlos. Los mozos estaban en una celda diferente a la del mesonero, y menos mal, pues éste no paraba de gritar que los iba a estrangular.

Les eché una reprimenda a los muchachos. Después, hablé con el guardia de turno y le expliqué quién soy y la prisa que tengo para llegar a París cuanto antes. Su respuesta fue que él no puede hacer nada más que invitarme a esperar a que llegue el Carcelero Mayor, y aquí me encuentro todavía en el calabozo, esperando a que el hombre se digne a aparecer.

*9:40 p.m.*

Finalmente llegó el Carcelero Mayor (tuve que esperar una media hora más), y de nuevo a él le expliqué mi situación y supliqué que liberara a los chicos cuanto antes. Su respuesta: «Comprendo su prisa, señorita, por llegar lo más pronto posible a la París, pero me temo que no me será posible conceder la libertad a los muchachos por ahora, pues mi autoridad se vería debilitada y daría la impresión de que el mal comportamiento queda impune en mi jurisdicción».

Por su forma de hablar, de mirarme, por sus ademanes y, en definitiva, por su aura corrupta que fui capaz de percibir, supe la calaña que era aquel tipo y lo que quería. Abandoné el castillo y regresé al coche, que lo estaba custodiando Antonia Luisa en la calle.

«¿No ha habido suerte, niña? ¿No has conseguido que los liberen? Quédate tú aquí y déjame intentarlo a mí, que soy más vieja y, por tanto, tengo más autoridad. A mí sí me harán caso», sugirió mi institutriz tan petulante como siempre, pero le contesté que yo lo tenía todo bajo control. Rebusqué en mi cofre y regresé a los calabozos.

«¿Qué tal si libera a los chicos de una vez?», le dije al Carcelero Mayor mientras me acercaba a él y le mostraba un anillo de oro con una piedra preciosa engastada.

La cara del avaricioso hombre se iluminó y sus ojos se abrieron como platos. Aceptó el soborno y dejó salir a los mozos ante la atónita mirada del mesonero, que desde su celda no cesaba de injuriarnos. Tras esto y tras regañar una vez más a los muchachos, retomamos el viaje.

En estos instantes escribo desde el coche, ya ha anochecido. Hoy no pararemos en ninguna posada pues, al haber perdido medio día por culpa de los mozos, vamos muy, muy mal de tiempo.

Esta vez no me dará ninguna pena que los muchachos se pasen la noche conduciendo y apenas puedan descansar, pues estamos en esta situación por haberse dejado engatusar por la mesonera. ¡Así aprenderán la lección!

## *11 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*8:40 p.m.*

Justo ahora estamos pasando por L'Isle Jourdain, por lo que se podría decir que ya hemos dejado atrás prácticamente la mitad sur del país.

Me gustaría disfrutar un poco de este pueblo tan encantador, pero vamos mal de tiempo, así que hoy tampoco pernoctaremos en ninguna posada ni lugar similar. La boda es el día 17, por lo que debemos continuar viajando con premura.

Ah, ¡estoy furiosa! Si estos mozos no fuesen tan bribones y bebedores, no estaríamos en esta situación... Aunque, siendo honesta, no les puedo culpar exclusivamente a ellos por este retraso, pues el desviarnos a Mont-de-Marsan nos hizo perder mucho de nuestro valioso tiempo.

Dado mi estado de rabia, hoy no encuentro ningún placer en la escritura, por lo que voy a guardar el diario antes de escribir alguna barbaridad de la que me arrepienta luego.

## *12 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*9:00 p.m.*

Vuelvo a escribir desde el coche. Todos estamos muy cansados, especialmente los muchachos, que no dejan de quejarse y lo concibo normal: llevamos varias jornadas sin poder dormir en una cama, y hoy pasaremos la noche en la carretera una vez más.

Sin embargo, hace tan sólo un par de horas hicimos una parada en un mesón en Martizay, donde disfrutamos de una copiosa comida para reponer fuerzas.

Antonia Luisa no era partidaria de este breve descanso que realizamos, pero los mozos estaban tan exhaustos y hambrientos que me vi en la obligación de concederles esa pequeña gracia.

Nosotras siempre estamos enzarzándonos en discusiones, pero juro que yo no soy la que las empieza. ¡Nunca le parece bien nada de lo que hago; todo lo que digo o propongo está mal! ¡Qué mujer tan cansina y qué ganas tengo de no verla más!

Ah, ahora me siento mal. Quizás mis palabras son demasiado duras, pero lo que escribo es exactamente lo que me dicta mi corazón.

Antonia Luisa está sentada justo a mi lado y temo que pueda leer de reojo todo esto, por lo que voy a guardar ya el diario.



## *13 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*11:10 p.m.*

Gracias a los esfuerzos realizados durante las últimas jornadas, creo que finalmente sí que llegaré a tiempo a París, por lo que esta noche, como premio por tantos sacrificios, la pasamos en un mesón en Contres. ¡Por fin una cama en la que tumbarme!

Estoy agotada de tanto viajar, y ya incluso deseo conocer a Donatien. ¡Quién me lo iba a decir! Comienzo a pensar que, quizás, logre ser muy feliz con él. Ojalá sea un buen hombre, un buen esposo que me trate con cariño y respeto. Ay, ¿me estaré haciendo demasiadas ilusiones? Espero que no.

Respecto a mi familia y Margarita, he de decir que ya no les echo tantísimo de menos. ¡Todavía lo hago! Pero supongo que, como llevo casi un mes fuera de casa, ya me he acostumbrado a esta triste situación de estar lejos de ellos.

Me retiro a dormir.

## ***14 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*10:45 p.m.*

Hoy nos hospedamos en un mesón a las afueras de Dry. Me parece absurda la gran cantidad de dinero que estoy gastando en este viaje, y eso que sólo alquilo las mejores habitaciones para Antonia Luisa y para mí, pues los mozos duermen en dormitorios compartidos. Luego, por supuesto, está el gasto en comida. Sin embargo, no me quejo, pues afortunadamente puedo costearlo.

Por otro lado, aquí en el mesón los muchachos han hecho amistad con unos borrachos que les han invitado a beber, propuesta que aceptaron de buena gana. Me vi forzada a intervenir y a recordarles lo que nos pasó la última vez que se excedieron con el alcohol. Ah, siempre estoy cuidando de estos irresponsables, que son más viejos que yo, pero parece que fueran unos adolescentes. ¡Qué cansancio!

## ***15 de agosto, 1781***

*(Un día después)*

*11:20 p.m.*

Esta mañana nos levantamos antes del alba, pues, aunque hace dos días pensaba que habíamos conseguido algo de ventaja y por fin íbamos bien de tiempo, ahora comienzo a temer, de nuevo, no llegar a tiempo para la boda.

Ahora estamos en Autruy-sur-Juine, un pueblo más feo que la peste. Hemos alquilado habitaciones para tan sólo unas pocas horas, y le he indicado al mesonero que nos despierte a las cuatro de la madrugada. Él ha prometido que lo hará.

Si todo sale bien y no ocurre ningún imprevisto, Dios no lo quiera, llegaré a París mañana por la noche. ¡Ay, el corazón me palpita con fuerza! Pronto no sólo conoceré a mi futuro esposo, sino que me casaré. El día 17 está tan cerca...

En fin, no quiero perder más de mi preciado tiempo escribiendo. Ahora dormiré un poco.

## *16 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*11:30 p.m.*

Con el sol ya escondiéndose tras los edificios de París, llegué tan sólo hace una hora a la ciudad. Ah, no puedo expresar mi felicidad, no hay palabras en el mundo para describir lo que siento ahora mismo ni para agradecerle a Dios el haberme concedido la gracia de llegar a tiempo. Mañana me casaré; dentro de unas horas me casaré. ¿No es increíble? Estos instantes saben como el néctar más dulce del mundo.

Respecto a esta ciudad, he de decir que es... No sé cómo describirla, pero no es como me la esperaba. Conforme recorría sus calles, he notado mucha pobreza, suciedad y hambre. Sí, lo sé: eso ocurre en todas partes, y especialmente en grandes ciudades como ésta, pero siempre había creído que París era un lugar de ensueño en el que no había cabida para este tipo de desgracias. ¡Qué inocente!

Sin embargo, tengo la suerte de no tener que ver nada de eso desde el que ya considero mi nuevo hogar. La casa de Donatien es un edificio muy céntrico y con vistas directas al río Sena. Por esta zona sólo hay viviendas señoriales en las que, juzgando por las vestimentas de mis vecinos, vive gente muy adinerada y de clase alta. Esto me agrada mucho, pues así no tendré que preocuparme por los delincuentes y bribones, y podré dar paseos tranquila (aunque, como madre me aconsejaría, siempre es bueno andarse con cien ojos, como se suele decir).

Cuando llegamos, Antonia Luisa se bajó del coche y fue ella quien llamó a la puerta. Desde el interior del vehículo pude ver que abrió una criada, a quien mi institutriz explicó quién soy. La muchacha, muy joven y bella, se adentró un momento en la casa y, al cabo de un minuto, salió acompañada de otra mujer, una anciana, probablemente tenga sesenta y muchos años, muy bien vestida, llamativamente maquillada y con la peluca más pomposa que he visto en mi vida. Me lanzó una mirada y se acercó hasta el coche a la vez que yo salía de él.

«Pensaba que no ibas a llegar nunca», fue lo primero que me dijo, con un reconocible acento parisino, y en un tono de reprimenda que no me gustó en absoluto. Le pregunté con quién tenía el honor de hablar, y ella se presentó como Louise Marie, la madre de Donatien. ¡Oh, ¿cómo no se me había ocurrido?! Le presenté mis respetos, le besé la mano y me excusé aludiendo a que muchos infortunios nos habían acaecido durante el viaje, aunque me reprimí las ganas de decir que, si casi llegaba tarde a mi propia boda, era por culpa de mi padre y de su propio hijo, que con tantas prisas habían organizado todo.

La mujer, con una sonrisa que le ocupaba toda la cara, me explicó que Donatien no estaba en casa; «Mi hijo se ha ido a dormir a casa de un buen amigo. Ya se sabe que, si se quiere empezar un matrimonio de buena manera, es aconsejable que, el día anterior a la boda, los novios no se vean», me dijo y guiñó un ojo. En ese instante pareció algo más afable, y yo me sentí un poco más calmada. Sin embargo, no me gustaba el hecho de tener que esperar aún más para conocer a mi futuro esposo. Pero, como no podía hacer nada para cambiar la situación, pues no dije nada en absoluto.

Louise Marie indicó a los mozos que subieran mis cofres a la tercera planta —como ellos no hablan francés, pues apenas hablan bien castellano, tuve que traducir lo que les decía—. Ellos obedecieron y, a continuación, mi futura suegra me preguntó si Antonia Luisa y los muchachos pasarían la noche con nosotros o no, para en caso afirmativo mandar a preparar más dormitorios.

Miré a mi institutriz y me encontré con su mirada. Casi pude percibir que deseaba pasar la noche con nosotras e incluso acompañarme durante la boda, pero no me dejé doblegar por la compasión: Antonia Luisa me había hecho muy difícil el viaje, e incluso me había dejado comprobar con total claridad que no me soporta. No, no quería que pasara la noche con nosotras, y mucho menos que esté presente mañana, en el día más importante de mi vida. Así pues, saqué de un bolsillo una pesada bolsa de monedas que tenía preparada, y contesté a mi futura suegra: «No, señora. Deben marchar mañana temprano, y es mejor que descansen en alguna buena pensión, alejados de cualquier distracción».

Antonia Luisa me miró boquiabierta, casi sin creer que yo hubiera sido capaz de traicionarla de esta forma. Hizo el amago de decir algo, posiblemente a replicar, pero balbuceó y, cuando recuperó la compostura, respondió con un cabizbajo «así es».

Me da realmente mucha pena haber terminado tan mal con ella, pero es la propia Antonia Luisa la que ha propiciado este triste final. Ha abusado de su poder conmigo durante toda mi vida, y yo siempre lo había permitido, pero ya no más. La vejación de la lectura del diario a viva voz a la que me sometió frente a los mozos fue la gota que colmó el vaso; una injuria, un desprecio tan execrable que me permitió ver con claridad la aversión que siente hacia mí.

Me despedí de Antonia Luisa con un seco beso en la mejilla, y ella y los mozos se marcharon camino a una posada muy buena que les recomendó mi futura suegra.

Luise Marie, a la que desde este momento sentí como lo más parecido a una madre que voy a tener aquí en París, me invitó a entrar en la casa y me presentó al servicio, compuesto tan sólo por dos sirvientas —Fernande y Angeline—. Luego, me mostró todas las estancias una por una: la casa es preciosa, muy moderna, con todas las paredes en tonos pasteles, enorme, con cuatro alturas y exquisitamente decorada. Si hasta ahora pensaba que la casa de Margarita no podía ser más lujosa, estaba enormemente equivocada.

La planta baja es donde se hace la vida; la primera planta donde duerme Louise Marie y Donatien, y donde evidentemente también dormiré yo con él; en la segunda planta hay una especie de apartamento independiente, que es donde yo duermo esta noche; la tercera planta está destinada para el servicio.

A continuación, regresamos a la planta baja, donde degusté una copiosa y deliciosa cena preparada por Fernande, que me hace temer que mañana no cabré en el vestido de novia.

Mientras devoraba el exquisito plato de confit de pato, conversé con la que será mi suegra sobre todo un poco, especialmente sobre Donatien, del que me comentó cosas buenas, como que es un hombre muy servicial, atento, caballeroso, educado, guapo... Ay, sé que todas las madres suelen hablar bien de sus hijos, ¡pero espero que todo lo que me ha dicho sea verdad!

Ahora estoy de nuevo en el apartamento que conforma la segunda planta, donde ya he dicho que hoy y sólo hoy dormiré. Aquí hay una cama, una pequeña despensa, un espacio de baño y un escritorio de roble, muy bueno y pesado, sobre el que tengo colocado el diario mientras escribo.

A través de la única ventana de este apartamento se puede observar, a lo lejos, la impresionante Catedral de Notre-Dame. ¡Es preciosa, majestuosa y muy digna de esta gran ciudad!

Estoy deseando escuchar el repicar de sus campanas, que seguro que suenan como si fueran tocadas por los mismísimos ángeles.

No dejo de reflexionar sobre lo afortunada y feliz que me siento. Temía no ser bienvenida, pero mis miedos no eran sino quimeras. Louise Marie y las chicas del servicio han sido muy amables conmigo, lo cual les agradezco con toda mi alma, pues al brindarme un cálido recibimiento se me hace mucho más fácil la tarea de integrarme.

Justo en este instante, mientras escribo, sostengo en mi mano izquierda la carta de madre, que me entregó por medio de Antonia Luisa y me pidió que no la leyera hasta que llegase a París. Pues bien, ya estoy aquí y siento una enorme curiosidad por leerla, pero creo que no lo haré todavía. Es muy tarde (mientras escribía se me ha hecho medianoche), y estoy segura de que, si la leyera, no podría dejar de pensar en madre, en lo lejos que está, y lloraría durante toda la noche, por lo que no podría descansar para la boda. Así pues, la voy a guardar y ya volveré a ella en otro momento. Ahora debo reposar para afrontar con vigor el día de mañana, el día más importante de mi vida.

## *18 de agosto, 1781*

*(Dos días después)*

*9:00 p.m.*

Ya soy, finalmente, una mujer casada. Ya soy la esposa de Donatien de Châtillon. Tenía la esperanza de en estos momentos estar saboreando las mieles de la felicidad del himeneo, pero nada más lejos de la realidad. ¡Cuántas penurias, cuántas decepciones!

Ayer por la mañana Louise Marie me despertó muy temprano, sin pegar antes en la puerta, y prácticamente dando gritos. ¡Ni Antonia Luisa es tan brusca!

Aunque había tiempo de sobra, me dijo que me diera prisa, que no podía llegar tarde a la iglesia bajo ningún concepto. También acudieron las dos chicas del servicio, y entre las tres mujeres me desnudaron, me maquillaron primero, y me entregaron después el vestido blanco que debía ponerme, lo cual me sorprendió enormemente. «Pero señora —le expliqué a la que ya es mi suegra—, le comenté ayer que he traído conmigo el vestido de novia que llevó en su momento mi madre, y que me hace mucha ilusión vestir yo hoy también. Usted no me dijo en ningún momento que tuviera otro preparado para mí». Tras decir esto, saqué el vestido de mi madre del cofre en el que guardaba la ropa. Cuando lo vio, Louise Marie hizo una mueca de desagrado y dijo, con una desfachatez total, que era el traje de novia «más feo y cateto que había visto en su vida».

Sus palabras me hirieron. ¿Cómo se atrevía a hablar así de algo que sabía que tiene tantísimo valor para mí? Además, a mí me parece precioso.

Insistí en querer llevar el vestido de mi madre, pero Louise Marie me puso tantas pegas y adoptó un tono tan autoritario, que me vi obligada a ceder y a vestir el que ella me había entregado. Es cierto que era más bonito y moderno que el mío, pero... Era mi boda, y creía tener al menos el derecho de decidir cómo vestiría.

A continuación, era el momento de escoger las joyas que llevaría puestas. Saqué del cofre los pendientes, pulseras y collares en los que había pensado, todos ellos de herencia familiar, pero de nuevo Louise Marie me humilló diciendo que mi elección era nefasta: «Niña, sé que estas joyas son buenas, se ve: pero esto no quita que valgan más por el valor sentimental que probablemente tienen para ti, que por lo bonitas que son. Quiero decir, ponte mejor unas mías que te voy a dejar, que son más de acorde a la moda parisina». Me sentí vilipendiada, y otra vez con el corazón dolido por culpa de sus insensibles palabras.

Me pregunté y todavía me pregunto por qué estaba siendo tan desagradable conmigo. Su actitud no tenía nada que ver con aquella tan afable que había mostrado el día anterior. ¿De verdad mis joyas y mi vestido le parecían feos? ¿Era eso o simplemente deseaba imponer su voluntad sobre la mía, su autoridad sobre la mía?

En fin, me condujo hasta su dormitorio y me entregó algunas de sus mejores alhajas, muy opulentas, muy lujosas y muy bonitas. «Son sólo un préstamo, ¿eh?», me indicó con altivez, no sé si siendo consciente de la gran afrenta que acababa de provocarme.

Por el bien de nuestra relación, en ese momento me mantuve callada y me reprimí los deseos de hacerle saber que no hace ninguna falta que me regale nada, pues yo ya tengo joyas de sobra. Sin embargo, sí que le insistí en querer llevar las mías. ¿Su respuesta? La siguiente: «No, querida.

Llevarás las mías y no hay absolutamente nada que discutir al respecto». ¡Ah, ¿pero cómo puede ser tan irritante, y más con una persona a la que acaba de conocer? Recordé un consejo que me dio Antonia Luisa durante el viaje hasta París; me dijo que no me conviene pelearme lo más mínimo con mi suegra. Posiblemente tuviera razón, por lo que de nuevo me quedé callada y me limité a acatar las órdenes de la anciana.

Tras esta acalorada situación, Louise Marie y las chicas del servicio me terminaron de arreglar y me colocaron una peluca muy empolvada. Yo jamás había llevado una, pero no es algo que me desagrade. Al fin y al cabo, debo ceñirme a lo que la moda parisina dicte.

Bajamos a la calle y allí nos recogió un coche que nos trasladó hasta Notre-Dame. A estas alturas del día estaba irritada, apesadumbrada y de muy mal humor por los varios desplantes de mi suegra, pero me dije a mí misma que debía intentar serenarme y llegar a la iglesia con una sonrisa en el rostro que expresase cuán dichosa me sentía, o al menos debía aparentarlo. Y así hice.

Allí en el templo estaban congregados cientos de invitados, de los que yo por supuesto no conocía a ninguno. ¡Cuánto hubiera deseado ver, entre los asistentes, las dulces caras de mi adorada madre, de mi dulce hermana y de mi querida Margarita!

Entré en la catedral titilando por los nervios de los que era víctima. En el altar me estaba esperando Donatien. Casi me desmayo al verlo: tenía el rostro limpio de vello, apenas sin arrugas y con facciones definidas, ojos azules, dientes limpios y blancos, buen porte, y además es bastante alto. Louise Marie no mintió al hablar de su hijo: pese a su edad, que como ya he dicho en alguna otra ocasión casi alcanza los cincuenta años, es un hombre rematadamente guapo. Esto es algo que me gusta, no lo voy a negar, aunque me preocupa que mi esposo sea tan atractivo, pues ya se sabe que esta clase de hombres suelen ser muy mujeriegos.

Durante la ceremonia, Donatien fue en todo momento muy dulce y delicado conmigo, actitud muy diferente a la que me había profesado aquel día su madre. Me sentí muy a gusto con él, que hizo que mi humor mejorase.

Tras el rito, oficiada por el arzobispo de París, Christophe de Beaumont, nos trasladamos con los cientos de invitados a una lujosa casa a las afueras de la ciudad, en el campo, que mi ya entonces esposo había arrendado para la celebración. Comimos de forma opulenta, bailamos durante horas, reímos, jugamos a las cartas, e incluso hubo fuegos artificiales.

Donatien me presentó a mucha gente, resultándome la mayoría bastante agradable, aunque hubo algunos individuos que me miraron de forma extraña, como con recelo, quizás por ser yo extranjera.

A medianoche, tras la cena, con el estómago lleno y exhaustos por tanta fiesta, Donatien y yo pasamos a la que aquella noche fue nuestra habitación, y por supuesto ocurrió lo que debía suceder, ese momento que yo tanto temía por desconocimiento.

Como no tenía ni idea de lo que hacía, me dejé llevar en todo momento por mi esposo, aunque no sin cierta torpeza. A él, por el contrario, le vi bastante ducho en las artes amatorias, algo normal teniendo en cuenta su edad, que es hombre y viudo.

A diferencia del resto del día, en el que, como ya he dicho, se mostró muy dulce y atento conmigo, en la cama resultó ser bastante brusco e incluso, diría yo, desconsiderado. Me trató poco más que como una amante, pues no me profesó la delicadeza con la que yo esperaba ser tratada, más teniendo en cuenta que era mi primera vez. Pero no se lo tengo en cuenta: madre ya me



explicó, hace algunos meses, que los hombres en la cama se suelen dejar llevar por sus instintos más primarios, y que a veces se parecen más a animales que a personas civilizadas.

Aprovechando que nadie lee lo que escribo, al menos por ahora, haré algo que puede ser tomado como una indiscreción, y no niego que lo sea; me tomaré la libertad de hablar del *orgullo* de Donatien, eso que tienen los varones y nosotras no: he de decir que, en estado de bravura, es vigoroso y grande, ¡impresionante!, pero en estado normal es más pequeño y arrugado que el de los mozos, que ya se sabe que tuve la oportunidad de ver en aquel lago cercano a Écija. En resumen: dejando a un lado comparaciones innecesarias, estoy muy satisfecha.

Regresando al relato de la fiesta, como muchos de los invitados también durmieron en aquella casa en el campo, al igual que nosotros, y otros tantos pasaron la noche en casas cercanas, por la mañana del día siguiente, es decir hoy, continuamos la celebración, la cual se ha alargado hasta hace tan sólo un par de horas.

Ya estamos, de nuevo, en la casa de París. Hoy no dormiré en el segundo piso, sino en el primero, en el dormitorio conyugal, con Donatien. Ésta será nuestra segunda noche juntos.

Mi esposo tiene un pequeño despacho donde trabaja, y le he manifestado mi deseo de disponer de un espacio en el que tener algo de intimidad, especialmente para poder escribir —él ya sabe que tengo un diario—, así que me ha otorgado su beneplácito para subir al apartamento del segundo piso cuando guste para esta actividad, ya que se trata de una zona de la casa que en la actualidad no se usa para absolutamente nada. Eso sí, Donatien me ha puesto una condición, y ha hecho bastante hincapié en ella: «Acude allí cuando quieras, pero por favor, sólo y exclusivamente para escribir, ya sea en tu diario o cartas, pues quiero que hagas vida con nosotros en las estancias comunes y no estés muchas horas allí arriba sola». Acepté su condición, pues la veo totalmente comprensible. Además, me alegra saber que no es de esa clase de maridos que no desean pasar tiempo con sus mujeres. Ay, ¡qué suerte he tenido con mi querido Donatien!

En resumen, estos dos días han sido un no parar, y aunque me siento dichosa porque creo que me he casado con un hombre bueno, mi felicidad no es del todo plena por culpa de las desavenencias con mi suegra. Espero sinceramente que todo se quede en una triste anécdota y Louise Marie y yo logremos alcanzar una buena amistad o, al menos, una relación cordial.

Respecto a Donatien, mañana pasearé con él, y ahí disfrutaremos de unos preciosos momentos para charlar en privado. ¡Hay tantas cosas que quiero preguntarle! Además, estoy deseando que me muestre las calles de París.

Vuelvo a tener la carta de madre en mi mano. Todavía no la he leído, pero creo que ya ha llegado por fin el momento. ¡Estoy tan nerviosa!

Oh, Angeline acaba de subir para indicarme que la cena está lista y que me están esperando para servirla. Luego continuaré escribiendo.

*11:00 p.m.*

Ya estoy de nuevo aquí. He disfrutado de una comida maravillosa preparada por Fernande, que, por lo que observo, siempre se esmera mucho en cocinar platos deliciosos. He cenado junto a Donatien y mi suegra, los tres juntos, y hemos conversado animadamente sobre nuestros planes de pasear mañana.

Como iba diciendo, en estos momentos tengo la carta de madre en mi mano, y no puedo dejar

transcurrir ni un minuto más sin saber qué dice. Así pues, voy a proceder a leerla.

*11:10 p.m.*

Ya he terminado de leer la misiva, y creo que mi estado actual es fácilmente imaginable si confieso que he empapado la carta con las lágrimas que brotaban de mis ojos sin cesar. ¡Oh, madre, cómo la echo de menos! ¡Oh, madre, qué cosas tan tristes y a la vez tan bonitas me ha escrito! ¡Lo que yo daría por estar a su lado y poder abrazarla una vez más...!

A continuación, voy a transcribir la carta para dejar constancia de ella. Creo que su contenido es demasiado importante como para no ser recogido en este diario:

16 de julio de 1781, en Ronda

*Mi querida Marian:*

*Conforme escribo estas líneas, tú estás encerrada en el convento de las Carmelitas. Desconozco si habrás dormido bien; tampoco sé cómo pasarás esta segunda y última noche allí, pero espero que las monjas te estén tratando con la mayor delicadeza posible.*

*Sabes, hija mía, que censuré sin recelo la decisión de tu padre de encerrarte allí. Sé que Margarita y tú sólo estabais bromeando. Intenté hacer entrar en razón a tu padre, me rebelé contra él, pero de nada sirvió. Ya lo sabes: en esta casa mi opinión de poco sirve.*

*¡Cuánto lloré, hija mía, cuánto lloré cuando vi cómo te arrastraba del brazo hacia el convento! ¡Ah, Dios mío, y pensar que ésa pudo ser la última vez que te vi...!*

*Sé que no te gusta que lo diga, pero sabes que, aunque no sea una anciana, cada vez soy más mayor, y mi dolor de rodilla no sólo no mejora, sino todo lo contrario, y temo sufrir algún mal día una caída mortal, la Virgen no lo quiera. ¿Crees que no sufro pensando en esa posibilidad y sin haberme despedido decentemente de ti?*

*Me imagino lo triste y sola que te sentirás mañana cuando te recojan Antonia Luisa y los mozos. Tú todavía no lo sabes, pero ni Margarita ni yo estaremos allí para decirte adiós antes de que partas hacia Francia: tu padre nos lo ha prohibido tajantemente. Es un hombre tan insensible...*

*En un principio me opuse a su decisión, pero enfureció y me abofeteó violentamente. Margarita salió en mi defensa, pero la detuve y le pedí que no se inmiscuyera, pues lo que menos deseaba es que ella también recibiera una bofetada. Tu padre incluso ha hablado con la madre de Margarita, la baronesa de B..., para pedirle que mañana no permita a su hija ir hasta el convento a despedirte. Ah, es un hombre tan malo... Es tan...*

*Sé que debes estar muy impresionada de que hable en estos términos de él, pues nunca lo había hecho, y puede incluso que lo desapruebes —lo cual sería comprensible ya que eres su hija—, pero no estoy diciendo sino la verdad. Tu padre te quiere, y a mí también, pero no sabe querernos bien. Desde que me casé con él siendo una niña, me ha tenido completamente sometida a su yugo. A ti también, lo sabes, y quizás por este motivo pienso que es bueno que hagas tu vida en Francia. ¿Por qué crees, amor mío, que no me opuse más fervientemente a tu casamiento con Donatien? ¿O por qué en su momento me pareció bien que tu hermana se trasladara Málaga? Me pediste que hablara con tu padre para expresarle el deseo de ambas de que te quedaras en Ronda, así lo hice y no sirvió de nada. Sin embargo, luego reflexioné y comprendí que, quizás, no era una idea tan mala: te vas a París, a la capital del mundo. Te vas a una gran ciudad, donde sí, reconozco que hay muchos vicios y peligros, pero ya sabes que la flor que sobrevive en el desierto es la más bella de todas. Además, allí estarás lejos de tu padre y de su control. Serás libre, querida, cosa que yo no. Podrás dar paseos cuando anochezca si gustas. Podrás hablar con quien quieras si places. Jamás nadie te volverá a recriminar si ríes a carcajadas. Tu padre no volverá a ser un impedimento.*

*Te preguntarás por qué hasta ahora no había sido completamente sincera contigo, por qué no te había hablado de estos pensamientos. La respuesta es sencilla: no quería influir en la relación con tu padre ni que tus sentimientos hacia él se vieran alterados por mi culpa, al menos no mientras vivías aquí, con nosotros. Pero, ahora que te vas, puedo ser completamente sincera, y creo que te mereces que lo sea.*

*Sin embargo, aunque pienso que tu vida será mejor a partir de ahora, esto no será posible si Donatien no es un buen esposo. No lo conozco, jamás hemos coincidido y ni siquiera he escuchado una opinión sobre él. Desconozco si será un tipo amable o no, delicado o no, virtuoso o no. En sus epístolas, al menos, sí me resultó un buen hombre, tanto por lo que decía como por cómo se expresaba, así como por el respeto con el que se dirigía a nosotros; sin embargo, es cierto que es muy fácil dar una impresión falsa a través de las cartas, mas no creo que sea su caso. Espero, en definitiva, que Donatien no tenga nada que ver con tu padre, y que él sí te permita ser una mujer más o menos libre, pues eso es lo mejor que te podría pasar.*

*Para terminar, supongo que te preguntarás por qué le pedí a Antonia Luisa que te requiriera no leer la carta hasta llegar a París. Pues bien, he aquí la respuesta: porque no confío en ella. Es una mujer muy leal a tu padre, y temo que sea conocedora del contenido de esta epístola y se lo revele; sería mi fin. Por eso no quiero que leas esta carta, que he escrito a escondidas de tu padre, en el coche, junto a ella, pues es una mujer muy fisgona y temo que mire de soslayo. Además, pese a todo lo que ya te he dicho, he de hablarte de algo todavía más delicado:*

*Sabes que tu padre, como es el que hace enviar todas las cartas y no se fía ni de su propia sombra, lee todas las que escribo, amén de que también lee las que vengan a mi nombre. En esta situación, nos es totalmente imposible mantener una correspondencia privada, entre tú y yo, sin su indiscreto control.*

*He estado pensando y he encontrado una solución: ¿Qué te parece, hija mía, si aquellas cartas que me quieras escribir, y en las que haya información que sólo yo pueda conocer, se las envíes a Margarita? He hablado con ella y se muestra favorable a ayudarnos. Así pues, querida niña, si hay algo que quieras tratar conmigo y que tu padre no pueda leer, o si quieres pedirme ayuda, o lo que sea, escribe una carta a mi nombre, pero envíasela a Margarita, ¿de acuerdo? También he hablado con la baronesa de B..., a la que he revelado este pequeño favor que va a hacerme su hija, para que así no se extrañe si recibe cartas a mi nombre. No ha puesto impedimento alguno.*

*No quiero despedirme sin alentarte a que me pidas dinero si te hace falta por cualquier motivo, bien que no creo que se dé el caso, pues Donatien es un hombre muy rico y, espero, generoso. Como decía, tan sólo tienes que pedírmelo y yo te lo haré llegar.*

*Para nosotras, las mujeres, la vida no es fácil, ya te darás cuenta —aunque creo que ya lo haces—, por eso debemos ayudarnos entre nosotras. Si tu esposo resulta ser un mal hombre, un mal compañero, que Dios no lo quiera, no permitiré que sufras por su culpa, por lo que tan sólo tendrás que hacérmelo saber y me desplazaré hasta París para auxiliarte.*

*Siempre en mis pensamientos,*

*Carlota María Guzmán, señora de R...*

He aquí la carta en su completa extensión. Lloré mucho leyéndola, y he llorado todavía más transcribiéndola al diario. ¿No es enternecedora? No tenía ni idea de todo lo que madre piensa sobre padre, y mucho menos sobre su visión de la mujer en el mundo. ¿Por qué nunca me habló de estas cosas? Yo me creía una señorita rebelde y, en cierto modo, transgresora por mi modo de ver la vida, pero madre lo es todavía más. Me da tanta pena que esté sometida a los designios de padre y que no pueda hacer nada al respecto, como si de un dios tirano se tratase...

Tampoco puedo apartar de mi mente a mi querida Margarita. ¡Oh, amiga, cuánto te extraño! Me encanta la idea de mandar a su dirección cartas realmente escritas para madre, y me entenece el hecho que mi amiga la ayude con este pequeño y curioso plan.

Ah, quizás madre tenga razón respecto a que estaré mejor en París. Sí, quizás aquí sea libre, siempre y cuando Donatien me lo permita. En cuanto a él... Creo que es un buen hombre y que no me equivoco al afirmarlo, pero estoy deseando pasear y charlar mañana con él para cerciorarme de ello.

Hablando del rey de Roma, acaba de subir a la segunda planta para reclamarme: «Querida María Antonia Isabel, es ya medianoche y todavía estás pegada a tu diario. Ven ya a dormir, mujer, que me caigo del sueño», me ha dicho con dulzura mientras bostezaba y ha vuelto al dormitorio. Me pregunto si de verdad querrá dormir o más bien encamarnos. Espero que lo primero, pues yo también estoy cansadísima, pero si es lo otro no me quedará más remedio que aceptar.

## *19 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*10:30 a.m.*

Hace un par de horas, cuando me desperté, me sorprendí al ver que Donatien no estaba en casa. Según me ha dicho el servicio, ha salido a realizar algunas gestiones, y luego volverá a recogerme para ir a pasear.

Normalmente, Donatien y Louise Marie desayunan en el comedor, donde también se supone que debo hacerlo yo, pero como no tenía ganas de beber mi chocolate caliente sola —porque mi suegra todavía no había despertado—, decidí tomármelo en la cocina mientras charlaba con las chicas del servicio. Esto, por lo visto, debe de ser algo bastante inusual, pues se mostraron muy extrañadas e incluso ilusionadas cuando les expliqué que quería conversar un rato con ellas.

Creo que de las chicas no he escrito nada todavía en el diario, así que quizás éste sea el momento: la mayor de las dos es Fernande, que tiene en torno a cuarenta años. Es una mujer robusta, procedente de Montargis, con un aspecto un tanto descuidado. Ella es la que cocina, y he de decir que hace comidas y postres la mar de deliciosos. ¡Espero no engordar mucho por su culpa!

La otra chica, con la que he notado tener más afinidad, es Angeline. Tiene diecinueve años, es decir dos más que yo. Nacida en París, me ha explicado que su madre, víctima de la pobreza más absoluta, se vio obligada a ejercer la prostitución, y acabó muriendo de sífilis. Las monjas la criaron y con doce años empezó a servir a mi esposo. ¡Ah, qué historia tan triste! Siento una punzada en el corazón tan sólo de pensar en lo mal que lo ha debido de pasar.

Tras desayunar subí al apartamento, que es donde todavía me encuentro, y redacté dos cartas, una dirigida tanto para madre como para Margarita —enviada al domicilio de ésta última tal y como acordamos—, y otra conjunta para padre y madre, para que así él no sospeche nada. Esta segunda epístola no la transcribiré aquí porque carece del menor interés: en ella sólo explico que llegué bien a París, a tiempo para la boda, que estoy bien, feliz con mi matrimonio y que les echo mucho de menos. La verdad sea dicha, a madre sí que la extraño mucho, pero a padre... Ay, que Dios me perdone.

Respecto a la carta dirigida tanto a madre como a Margarita, la transcribo a continuación de principio a fin:

19 de agosto de 1781, en París

*Querida mamá:*

*Tal y como usted quería, leí su carta tan sólo cuando llegué a París. Es más, la leí justo ayer. Podría haberlo hecho antes, pero estaba tan cansada por el viaje y por la celebración de la boda, que no tenía fuerzas para nada.*

*Me parece una idea espléndida dirigirme a usted usando como intermediaria a Margarita. Supongo que, ya que también posee la complicidad de la baronesa de B... respecto a este pequeño secreto, se reunirá con su hija en la casa de ellas para leer las epístolas que mande a escondidas de padre.*

*No sabía, madre, que usted opinaba de esa forma sobre padre y sobre la situación de las mujeres en el mundo. ¡Y me llamaba a mí rebelde! Me hubiera gustado saber de ello bastante antes, aunque comprendo que no quería correr el riesgo de avivar mi espíritu indómito estando bajo el mismo techo que padre: habría sido víctima de su ira. Ah, al final nos parecemos más de lo que creía.*

*Cambemos de tema: la boda fue espléndida, muy lujosa y con cientos de invitados, aunque me faltó usted y Margarita. La celebración duró dos días. Donatien ha sido en todo momento muy atento conmigo, aunque en la cama lo vi muy... Encendido. Es decir, como más brusco de lo normal. Espero que no le importe, madre, que hable de este tema con usted. ¿Es normal que actuara así? ¿Suele ser algo común en los hombres que durante la batalla de las pasiones sean tan poco delicados?*

*En casa, Donatien y yo vivimos con mi suegra y con dos sirvientas, Fernande y Angeline. Con éstas me llevo bien, pero con aquélla... Es una especie de Antonia Luisa en versión francesa. Tengo la impresión de que no me va a hacer la vida muy fácil.*

*¡Ah, hablando de Antonia Luisa! Déjeme decirle, madre, que hace bien en no confiar en ella, pues yo tampoco lo hago. Tal y como le conté en aquella carta que envié desde Madrid, me resultó muy fea y despiadada aquella humillación a la que me sometió leyendo mi diario frente a los mozos. Además, durante el resto del viaje tampoco resultó muy agradable.*

*¿Qué pasará con ella una vez vuelva a Ronda? Es decir, ya no tiene más trabajo que hacer como institutriz, y por su edad no está para cuidar de usted, sino más bien todo lo contrario. Si deciden despedirla, no me daría ninguna pena. Oh, ahora me doy cuenta de que estoy escribiendo desde el rencor. Perdóneme, madre.*

*Por último, permítame repetir que la idea de escribirle cartas pero enviadas a Margarita para que padre no sepa nada me parece estupenda. Haga usted lo mismo, madre: si me quiere comunicar algo que nadie más pueda saber, especialmente padre, haga enviar la carta a través de Margarita.*

*¿Está mejor de su rodilla? ¿Le da algo de tregua? Espero que así sea.  
Siempre suya.*

*Querida Margarita:*

*Como ves, aprovecho y en esta carta os escribo tanto a madre como a ti, a las dos mujeres a las que más quiero del mundo.*

*Te agradezco, querida amiga mía, que ayudes a mi madre y a mí misma con nuestro pequeño secreto. Soy muy afortunada de tener a alguien tan leal.*

*Todavía no he visto prácticamente nada de París. Hay mucha pobreza y enfermedades, pero también lugares maravillosos y con mucho encanto, como la calle donde vivo. La mayoría de las ventanas de la casa dan al Sena, y también puedo ver a lo lejos Notre-Dame, que es donde me he casado. ¿No es maravilloso?*

*La boda y la celebración fueron estupendamente bien, pero te eché en falta, eso no lo dudes. En un rato daré mi primer paseo con Donatien, y espero que pasemos un rato agradable. ¿A ti cómo te va? ¿Tu madre está bien también? Salúdala afectuosamente de mi parte. Te quiero, amiga.*

*Maria Antonia Isabel de Lara y Guzmán.*



*10:15 p.m.*

Poco después de terminar de transcribir la carta en el diario —lo cual me llevó bastante tiempo y acabé con la mano dolorida—, Donatien llegó a casa y me preguntó si ya estaba lista para salir, a lo cual respondí emocionada que sí.

El paseo fue delicioso. Bueno, ¡ha sido más bien una caminata! Hemos recorrido la larguísima avenida de los Campos Elíseos de punta a punta. ¡Cuánta belleza, qué edificios tan bonitos, qué gentes tan elegantes! También aproveché para hacer enviar las cartas que escribí esta mañana.

Llegamos hasta los pies del Palacio del Louvre, de cuya imponente fachada me quedé impresionada, y como Donatien es tan conocido entre las altas esferas de la ciudad y está tan bien posicionado, nos han permitido adentrarnos y cotillear un poco el interior del edificio. ¡Y pensar que aquí vivió el mismísimo Louis XIV, es decir, el bisabuelo de mi rey!

A continuación, paseamos por el jardín del palacio de las Tullerías y, de nuevo, nos permitieron entrar y ver algunas salas del propio palacio.

Por supuesto, también hemos caminado a lo largo del Río Sena.

En definitiva, se podría decir que la mañana ha sido exquisita, y Donatien ha tenido grandes miramientos conmigo en todo momento, por ejemplo, llevándome a una pastelería cercana a casa, en la que todos los dulces tenían muy buena pinta —no podía ser de otra forma, teniendo en cuenta lo caros que son—. Hemos comprado algunos y me ha dicho que, por supuesto, puedo comprar más cuando quiera.

Además, Donatien dice que tiene una sorpresa para mí, y que sabré de qué se trata mañana. Le he implorado que me dé alguna pista, pero no ha cedido ante mis continuas y melosas peticiones. ¡Ay, me muero de ganas por saber qué es...!

Respecto a los temas de los que hemos conversado mientras paseábamos, han sido varios: le pregunté de quién fue la idea de emparejarnos, si de él mismo o de mi padre, y por lo visto fue de padre, que como buscaba un buen esposo para mí y sabía que Donatien había enviudado, le mandó una carta hace siete meses y le preguntó si estaba interesado.

Respecto a su anterior mujer, he indagado sobre cuál fue la enfermedad por la que murió, pero no me ha sabido contestar. «Acudimos a numerosos médicos, pero ninguno de ellos averiguó qué le ocurría. Tras un año agonizante, murió», fue su respuesta. No puedo evitar sentir pena por él. Lo tuvo que pasar tan mal viendo a la persona a la que amaba apagarse...

No sólo yo he hecho preguntas, pues mi esposo también se ha interesado por mí, por mi infancia, por mi familia... Y le he hablado abiertamente de todo. Asimismo, como Donatien parece un hombre comprensivo de verdad, o al menos esa impresión me transmite a mí, me he permitido ser totalmente honesta con él respecto a mis sentimientos con padre y a mis pensamientos en cuanto a lo oprimidas que estamos las mujeres en el mundo. Él dice estar de acuerdo conmigo en todo, y que tarde o temprano, la situación cambiará para nosotras. ¡Oh, es un hombre tan bueno, tan amable, tan justo y tan equitativo...! Creo que no me equivoco al afirmar que me va a hacer muy feliz.

Para terminar, algo divertido: le he comentado que conozco la historia de cómo su abuelo, primo de mi bisabuelo, llegó a Francia (aquella historia que me contó Antonia Luisa), y, lejos de molestarse por hablar sobre esto, cosa que temí en un primer momento, rio alegremente conmigo al recordar esa anécdota. «No vayas a pensar que me parezco lo más mínimo a ese borracho», bromeó entre risas refiriéndose a su propio abuelo. ¡Qué alivio! Me encanta que Donatien tenga tan buen humor, pues eso siempre es una buena señal para otras muchas cosas.

Comienzo a quererlo, y no dudo en que, dentro de poco, lo amaré. Siendo tan bueno conmigo, poco me importa la diferencia de edad. Ah, ¡al final voy a tener que darle las gracias a padre por emparejarme a él!

## *20 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*9:45 p.m.*

Esta mañana desayuné tanto con Donatien como con su madre. Él, como siempre, estuvo muy hablador y dicharachero. ¡Hasta bueno tiene el despertar! Respecto a ella... Ay, es una mujer realmente antipática, y comienzo a estar segura de que no le caigo nada bien. Con Fernande y Angeline tampoco es especialmente agradable. Desconozco si se comporta igual con absolutamente todo el mundo, o quizás a nosotras nos tiene una especial aversión. Puede que yo no le caiga muy bien por ser extranjera, ¿quién sabe? A Donatien le habla y le trata como si fuera todavía su niño pequeño, y esto me hace temer que Louise Marie es de esa clase de madres recelosas de las esposas de sus hijos.

A mediodía llamaron a la puerta principal, y se trataba de la sorpresa que Donatien me prometió ayer: un modisto. Me ha tomado medidas y dice que va a hacerme unos vestidos dignos de la reina de Francia. También ha traído una selección de pelucas, todas bastante pomposas y exuberantes, muy a la moda parisina, y entre ellas he escogido tres. Como nunca he llevado peluca —excepto en mi boda—, principalmente porque de donde soy no es costumbre, me sentí un poco incómoda cuando me coloqué la primera, incluso ridícula, pero bien pronto me acostumbré a ellas.

Me encanta que mi esposo me mime tanto y se preocupe porque yo me vea estilosa. Eso sí: para pagar tantos lujos debe de ser muy rico. Ya me lo advirtió padre, pero no esperaba que lo fuese tanto.

En fin, me retiro ya a la cama, que Donatien querrá dormir.

## *21 de agosto, 1781*

*(Un día después)*

*8:40 p.m.*

Angeline es una chica monísima: se preocupa mucho porque yo esté a gusto en todo momento, me pregunta constantemente si me gusta cómo realiza las tareas, por ejemplo las camas, e incluso ha intervenido en un par de ocasiones en conversaciones entre Donatien y yo para ayudarme con alguna palabra en francés que no me salía. Creo, sinceramente, que ella está tan contenta conmigo como yo con ella, y lo digo porque pienso que el hecho de que alguien tan joven llegase a la casa ha sido como un soplo de aire fresco para ella.

Hasta mi llegada, Louise Marie era la señora de la casa, pero ahora ese papel me corresponde a mí, y soy yo la que me ocupo de vigilar y dirigir al servicio en el desempeño de sus tareas. Creo que no sólo Angeline, sino también Fernande están muy contentas conmigo porque yo soy más laxa que mi suegra. La casa es grandísima y requiere de muchas horas de trabajo para que esté completamente limpia, por lo que no puedo exigirles que lustren las cuatro plantas en un solo día, como Louise Marie solía demandar, según me han comentado. «Haced lo que podáis, y lo que no, mañana», les suelo decir, y ellas me responden con una tímida sonrisa a modo de agradecimiento.

Por su parte, hoy mi suegra ha venido a hablar conmigo en privado, cuando nadie podía oírnos, y me ha amonestado por tener una actitud tan ‘relajada’ con las chicas del servicio. «Debes hacerte respetar, debes imponer tu autoridad ante las criadas, o de lo contrario dejarán de obedecerte y te tratarán como lo que realmente eres: una muchacha pueblerina, una paleta que se ha casado con un hombre que no se merece». ¡Ah, qué palabras tan crueles, qué poca sensibilidad guarda esa mujer hacia mí! Cuando me lo dijo, no pude evitar abandonar el lugar donde estábamos y refugiarme en el apartamento, donde lloré y lloré durante largo rato.

Ya no sé qué hacer para contentar a Louise Marie o para que al menos me tenga algo de estima. Creo que el único gesto que le gustaría por mi parte es abandonar la casa. Pues bien: ¡eso no va a suceder!

## *2 de septiembre, 1781*

*(Doce días después)*

*8:00 p.m.*

Los días son cada vez más cortos y el frío ya acecha con fuerza en París. ¡Ay, con lo que me gustan a mí los rayos de sol tan típicos del verano! En todo este tiempo me he dado cuenta de que en el sur de España tenemos un clima infinitamente más privilegiado que el de aquí. ¡No hay ni punto de comparación!

Dejando a un lado este berrinche mío por el frío, he de decir que, si no he escrito desde hace tantas jornadas, es porque he estado bastante ocupada. Cualquiera podría preguntarse qué afanosa tarea ha estado absorbiendo tanto de mi tiempo, así que he aquí la respuesta: Fernande, pese a que es joven, ha enfermado muy gravemente, hasta tal punto que se ha visto obligada a abandonar la casa y a regresar junto a su madre a Montargis para que la cuide. Cuando se marchó, la pobre tenía la cara decrépita y había perdido mucho peso. Tampoco tenía apetito.

Antes de que se fuera, Donatien y yo visitamos a un vecino de esta calle, médico, y le suplicamos que escrutara a Fernande. Desgraciadamente, no supo diagnosticar qué le sucedía. De todo esto hace ya una semana, y no sé en qué estado se encontrará ahora. Oh, Señor, no quiero ni imaginar por lo que estará pasando.

Ante esta situación, en la que al no estar presente Fernande en la casa falta la mitad del servicio, Donatien propuso contratar otra chica, aunque sea de forma provisional, pero me negué. Le dije: «Sé que esto te sonará raro, pero como no hago nada durante el día y quiero colaborar, me ofrezco a realizar tareas de limpieza y cocina, auxiliada en todo momento por Angeline. Entre ambas llevaremos la casa adelante». Esta sugerencia le sorprendió enormemente, e intentó disuadirme de ella durante un largo rato. «Tú no tienes por qué trabajar. Ese papel no te corresponde», me dijo. Pero como yo no daba mi brazo a torcer, como se suele decir, acabó desistiendo y concediéndome su beneplácito. No quiero ser como esas señoras de alta alcurnia que sólo comen pasteles y juegan a las cartas. De ninguna manera: deseo ser útil.

Así pues, desde hace una semana trabajo en casa junto a Angeline, aunque no deja de ser ella la que faena durante más horas. Al fin y al cabo, está acostumbrada y yo no.

Esta decisión de realizar las tareas que le corresponderían a Fernande le ha parecido a mi suegra totalmente desacertada, como no podía ser de otra forma. ¡Ella es como Antonia Luisa, ella siempre irá contra mí! Dice que hincándose de rodillas en el suelo para fregarlo lo único que hago es humillar el nombre de mi esposo. ¡Ah, menuda ridiculez!

Cambiando de tema, todavía no he recibido ninguna carta ni de madre ni de nadie, aunque es normal, pues a ella le habrán llegado las que yo envié tan sólo unos días atrás, y probablemente sus respuestas estén en camino. Supongo que me tendré que armar de paciencia.

## *15 de septiembre, 1781*

*(Trece días después)*

*10:00 p.m.*

A veces, la alegría producida por las más felices noticias es socavada en cuestión de segundos. Me explico:

Mi felicidad era máxima cuando este mediodía Donatien me comunicó que había llegado correspondencia para mí, y no se trataba de sólo una carta, sino de dos. ¡Ah, qué dichosa me sentí! Una era enviada conjuntamente tanto por madre como por padre, y la otra era de madre, enviada a través de Margarita y, por tanto, a escondidas de padre. Sin embargo, aunque tenía muchas ganas de saber qué tenían que decirme, decidí que leería las epístolas más tarde, pues todavía tenía mucho trabajo que hacer en la casa —motivo por el cual no escribo en el diario desde hace casi medio mes. Ya he comentado anteriormente que la cocina y la limpieza consumen casi todo mi tiempo—.

Cuando terminé de fregar la planta baja, subí a mi habitación para cumplir con mis obligaciones religiosas y rezar, y es aquí cuando toda mi felicidad se vio completamente minada.

Mientras oraba y daba las gracias a Dios por todo lo que poseo, con un rosario entre mis manos, Louise Marie entró sin avisar en mi dormitorio —me estaba buscando para algo—, y, ante mi atónita mirada, lanzó un grito de terror al descubrir lo que estaba haciendo.

Enfureció, enloqueció, y me chilló como una histérica. Preguntó que cómo se me ocurría realizar ese «acto tan execrable» en su casa. Al principio no supe a qué se refería, pero pronto lo comprendí cuando me arrebató el rosario de la mano, lo arrojó contra el suelo y lo pisoteó repetidas veces. ¡Oh, Dios mío, cómo me dolieron en mis propias carnes aquellas pisadas blasfemas...!

Le supliqué que parase, que no injuriase el rosario al menos delante de mí, pero no sólo hizo oídos sordos, sino que, con mucha vileza, me advirtió de lo siguiente: «Como tu suegra que soy, y por tanto tengo autoridad sobre ti, te prohíbo que vuelvas a rezar en esta casa, y mucho menos a poseer elemento alguno de culto», y, tras decir estas últimas palabras, se marchó de la habitación.

No me lo podía creer. No podía creer que aquel ateísmo criminal hubiera cegado tanto a Louise Marie como para tratarme de una forma tan ultrajante sólo por rezar. ¡Ah, en ese momento comprendí por qué no hay retratos de Cristo, ni crucifijos, ni nada, en esta casa! Era algo que me había llamado la atención desde el principio, y ya lo comprendo.

Tras este suceso, decidí hablar con Donatien y hacerle saber mi malestar. A diferencia de lo que esperaba, no se sorprendió respecto a la actitud de su madre, sino que se mostró bastante impasible, lo cual me hizo pensar que, quizás, el ateísmo exacerbado de mi suegra es algo bastante común a lo que ya está acostumbrado. «¿Es que acaso opinas como ella? —le pregunté—. ¿No condenas sus palabras y sus burlas contra Dios? ¿Eres, como ella, un ateo irredento?».

Se puso nervioso, balbuceó y alcanzó a decir que los modos de su madre no habían sido los más adecuados, que la perdonara, y que puedo rezar y poseer el objeto de culto que plazca en casa, pero que lo haga a escondidas sin que ella se entere para evitar así problemas. Su contestación no me gustó lo más mínimo. ¿Por qué debo yo esconderme? ¡Ni que fuese un delito,

un pecado rezar, todo lo contrario! Ah, esperaba encontrar algo más de apoyo por parte de Donatien...

Respecto a mi última pregunta, a si él también es ateo o no, respondió: «Mi querida María Antonia Isabel, debes comprender que mi relación con Dios es especial. Aquí, en París, no somos, desde luego, tan religiosos como lo sois en el sur de España. Son culturas diferentes y lo debes comprender». Me pareció una respuesta cobarde y poco clara, como para salir del paso y no tener que aguantar una reprimenda de mi parte.

Soy su esposa y, como tal, es mi obligación enderezar a Donatien y encargarme de que su alma no esté huérfana. Desde ahora en adelante, me propongo reconvertir a mi esposo al cristianismo, pues me da mucha pena que no crea en Dios y no sea recompensado con la vida eterna cuando muera. Lo que no sé es cómo lograré este complicado fin.

Volviendo al asunto de las cartas, como me he sentido muy triste durante todo el día —y todavía me siento así— por lo ocurrido con mi suegra, no me he visto con ánimos para leerlas. Mañana lo haré, mañana será otro día.

## *16 de septiembre, 1781*

*(Un día después)*

*11:30 a.m.*

Ya estoy un poco más tranquila después de lo que ocurrió ayer. Con Donatien no he vuelto a hablar de ello, y con Louise Marie no he vuelto a hablar en general. Me lanza miradas desafiantes cada vez que estoy cerca de ella. Desde luego, no me quiere en esta casa, y hasta Angeline se ha percatado de ello, que me lo ha comentado en privado: «Señora, percibo que no tiene una relación del todo cordial con su suegra, y quiero decirle que, si lo desea, puede contarme lo que quiera, pues sé que sus amigas están muy lejos, en España, así que yo puedo escucharle como si fuera una de ellas», me dijo. Ay, ¡qué tierna es, qué muchacha tan buena y agradable...! Le agradecí su interés, le dije que ella también es mi amiga y le conté todas las desavenencias que he tenido con Louise Marie desde que llegué a París, incluido lo que ocurrió ayer. Angeline me escuchó muy atentamente, me agradeció que confiara en ella, y me explicó que Louise Marie tiene un temperamento muy fuerte, y que siempre debe hacerse todo como ella quiere, o si no, monta en cólera.

Aprovechando que la muchacha estaba siendo tan honesta conmigo, le pregunté por qué mi suegra desprecia tanto la religión, pero no me ha sabido responder. «Que yo sepa, desde que trabajo aquí ella ha mantenido las mismas ideas, y desde el primer día me advirtió que, si en algún momento me pilla rezando, con una biblia o con cualquier objeto de culto, será fulminantemente despedida», me confesó, así como que, pese a sus advertencias, posee un rosario escondido en su habitación, que reza todas las noches y que Louise Marie jamás se ha percatado de nada en todos estos años. Le dije que su secreto estaba a salvo conmigo, y que si, por algún casual, algún día mi suegra la descubría, como ahora soy yo la señora de la casa, no permitiré que la despida por el inocente y virtuoso hecho de ser una buena cristiana.

También le pregunté si sabe si Donatien es religioso o no, y contestó «definitivamente no», lo cual me entristece mucho. Como ya he dicho, voy a encargarme de acercar a mi esposo a Dios, aunque todavía no sé cómo.

Dejando a un lado a Angeline, a la que comienzo a apreciar cada vez más, ya he leído las dos cartas que recibí ayer. Como ya dije, una de ellas es de parte tanto de madre como de padre. Como no es demasiado interesante, no la transcribiré: en ella tan sólo me dicen que está todo bien y que me echan mucho de menos.

Respecto a la otra carta, la escrita por mi madre y enviada mediante Margarita, ésta sí dice cosas interesantes. La reproduzco fielmente a continuación:



2 de septiembre de 1781, en Ronda

*Mi querida Marian:*

*He leído tanto la carta que enviaste desde Madrid, como las dos que has enviado desde París. Mi niña, no puedo creerme todas las cosas horribles que te han pasado, ¡y yo sin estar a tu vera para ayudarte! Que aquellos bandidos os asaltaran en mitad del camino es, posiblemente, lo que más me aterra de todo. Antonia Luisa, cuando regresó a Ronda, también me habló de esto. Gracias a Dios que recuperasteis el cofre con los vestidos y las joyas y, sobre todo, gracias a Dios que no os pasó nada, especialmente a ti, mi niña.*

*No sabes cuánto me alegro de que la celebración fuese tan espectacular como dices. Ojalá yo hubiera podido asistir, y sabes que lo hubiese hecho encantada, si no fuese por tu padre...*

*¡Te mereces lo mejor, hija, te mereces lo mejor de este mundo! Cómo me gusta que Donatien se porte bien contigo. ¡Ah, eres más afortunada que yo! Hablando de él, en cuanto a tu consulta sobre si es normal cierto estado de excitación por parte de los hombres en la cama... Primero, no te sientas avergonzada, pues no me importa que me preguntes por estas cuestiones. Ahora sí, te respondo: es totalmente normal. Como ya sabes, ellos son totalmente distintos a nosotras, que somos más delicadas, sensibles, decentes y nos cuesta más perder el buen uso de la razón. Ellos, rara vez se da el caso que no sean rudos con sus esposas en la cama. Les gusta sentirse poderosos, dominantes, y dejar claro 'quién manda'. Es una especie de juego. Lo sé, te resulta difícil de comprender. ¡Te entiendo!*

*También comprendo que ha supuesto para ti una sorpresa conocer mis levantiscos pensamientos sobre nosotras, las mujeres, en el mundo. Como dices, nos parecemos más de lo que pensabas. Te preguntarás, supongo, por qué no te he inculcado estas ideas desde pequeña, y déjame contestar: nuestras sociedades, la española, la francesa, etcétera, no están preparadas para esto. Jamás he querido que seas una revolucionaria ni mucho menos una mártir. Eso déjaselo a otras, por favor. A veces, lo que más nos conviene es poner buena cara, aunque no tengamos ganas, y no decir lo que pensamos. En ocasiones, de este modo, es como logramos sobrevivir. Triste, ¿verdad? Todo esto te lo cuento desde la mayor sinceridad del mundo. Ya comprobarás que te tocará vivir situaciones así en el futuro, aunque, afortunadamente, creo que pocas, pues Donatien parece muy buen hombre y que hace un buen uso de la razón.*

*Por lo que leo, comprendo que tu suegra no te tiene mucha estima. Ay... Será una batalla dura de conquistar, te aviso. Caerle en gracia a una anciana la cual ya te detesta es una tarea muy difícil, pero no imposible. Mi recomendación es que seas cariñosa con ella, amable, agradable, servicial, educada... En definitiva, que seas como eres tú, aunque te trate regular. De esta forma, creo, te acabará abriendo su corazón de piedra. ¿Quién no lo haría ante una niña tan bondadosa y deliciosa como tú?*

*Respecto a Antonia Luisa, cuando regresó a Ronda le pregunté muy seriamente si era cierto que te arrebató el diario y se burló de ti con los mozos. Ante mi interpelación, creo que se sintió*

acorralada; visiblemente nerviosa, se limitó a desmentir todo en un primer momento. Le dije que tú asegurabas —en la carta que enviaste desde Madrid— que todo había transcurrido exactamente así, como yo había dicho, y ella respondió que todo había sido un malentendido. ¡Ah, primero era mentira y luego un malentendido...! No tengo nada más que añadir.

Me preguntas en tu carta qué va a pasar con ella, si seguirá trabajando con nosotros o no. La respuesta es negativa, y he tenido una gran discusión con tu padre a cuenta de esto. Él estaba empeñado en que continuara viviendo con nosotros, aunque fuese para darnos compañía, pero me negué. «¿Qué compañía me va a hacer esa mujer, que es lo más seco del mundo?», le dije enfadada. En un principio no dio su brazo a torcer, pero yo me puse más tozuda todavía y le hice elegir entre ella o yo. Sé que fui muy radical, pero jamás me ha gustado Antonia Luisa, y después de que me contaras las vejaciones que te ha hecho sufrir, mucho menos.

Finalmente, tu padre aceptó mi petición, y para que la mujer no se vea en la mendicidad absoluta, hemos acordado pasarle una pequeña renta que le permita tener techo y comida. Creo que demasiado bien nos estamos portando.

Terminaré esta carta hablando de algo que te hará sonreír: tu amiga Margarita. ¡Ah, cómo te echa de menos, y qué bonito hablamos de ti cuando nos reunimos...! Nos vemos bastante, ¿sabes? Es más, hemos forjado una relación muy estrecha. Justo en estos momentos escribo esta carta desde su casa. Me encanta tomar café con ella y con su madre. Por cierto, la baronesa de B... te manda un afectuoso saludo.

Margarita me pide que te escriba lo siguiente: «no sabes, amiga mía, lo mucho que me acuerdo de ti y lo triste que me siento cuando miro las estrellas del cielo por la noche, como nos gustaba hacer a ambas juntas. Jamás ninguna amiga podrá reemplazarte. Mi madre y yo estamos muy bien, gracias a Dios. Me alegro de que Donatien sea un buen esposo, ¡y que no me entere que no lo es, o me veré obligada a ir a París a regañarle! Oh, eso sería exquisito, ¿verdad? Me refiero a lo de ir a París. Estoy intentando convencer a madre de que me permita visitarte, pero dice que viajar es muy peligroso. ¿Crees que la haré cambiar de opinión?».

Este es el mensaje de tu buena amiga. Yo me despido ya, mi querida niña. Escríbeme, por favor, escríbeme cuando recibas esta carta.

P.D.: Mi rodilla está mejor, hija mía, te agradezco que te preocupes por mi salud.

Siempre en mi corazón,

Carlota María Guzmán, señora de R...

*17 de septiembre, 1781*

*(Un día después)*

*Mediodía*

Tal y como madre me requirió en su carta, ya le he escrito yo otra dándole parte de todas las novedades que le pueden interesar; también he redactado otras tres: una para Margarita, otra para mi hermana y la última para padre, aunque ésta última bastante escueta. Las hice mandar todas hace tan sólo unos instantes.

He hablado muy seriamente con Donatien, y le he pedido, casi suplicado, que abra su corazón a Dios; le he dicho que soy consciente de que no es una persona religiosa, pero que no importa, que no es tarde para cambiar, pues el Altísimo siempre está dispuesto a perdonarnos si el arrepentimiento es verdadero.

Le he propuesto que me acompañe esta tarde a la iglesia, que no es necesario que atienda al sermón del cura, pero que por lo menos se digne a rezar conmigo, y si se ve con ánimos, que se confiese. Espero tener éxito en su 'conversión'.

## *27 de septiembre, 1781*

*(Diez días después)*

*7:00 p.m.*

En lo que llevamos de semana, Donatien no sólo me ha acompañado dos veces a la catedral de Notre Dame, sino que también ha atendido la misa. ¡Está tan cambiado, y yo tan feliz! No pensaba que esto sería tan fácil, pero veo que sí, que la cristianización en él era posible. Lo que no sé es cómo no decidió abrirse antes a Dios.

Ay, intento ponerme en su postura, y se me hace imposible la idea de haber vivido tantas décadas sin fe alguna. ¿Qué esperanza tiene la gente así una vez que la muerte llega? ¿Qué creen que hay después?

Louise Marie, por el contrario, no deja de reprocharle a su hijo que se está dejando manipular por mí. Esa mujer me odia, y yo sólo intento complacerla en todo momento. Lo que no haré para contentarla será renunciar a mi propósito de hacer de Donatien un practicante, y mucho menos renunciaré a mis creencias. ¡Eso jamás!

## *6 de octubre, 1781*

*(Nueve días después)*

*11:30 p.m.*

Fernande ha muerto.

Nos lo ha comunicado su madre, que ha mandado una carta desde Montargis. ¡Ay, qué pena tan grande! Jamás hubiera imaginado que estaba tan enferma. Si lo hubiese sabido... Yo misma la habría cuidado. Quizás, si hubiese guardado reposo en nuestra casa, hoy estaría viva.

No dejo de llorar y de culparme. Donatien me intenta animar diciendo que, si Dios ha decidido que ésa sea la suerte de Fernande, por algo sería. Puede que tenga razón. Espero que Dios la tenga en su santa gloria, porque era una mujer excepcional.

Es una pena no haberla podido conocer más, pero he de decir que, el tiempo que pasamos juntas, se comportó conmigo con la mayor delicadeza y corrección, y siempre se dirigió a mí con absoluto respeto, pese a ser yo más joven.

Angeline, que llevaba con ella varios años trabajando, también está muy apenada. Yo la intento consolar a ella, pero no sé si lo hago bien.

Espero que el transcurso del tiempo mitigue nuestro dolor.

## *16 de octubre, 1781*

*(Diez días después)*

*5:00 p.m.*

Si bien la última vez que escribí fue para dar la peor de las noticias, hoy lo hago para todo lo contrario.

Desde hace algunas semanas sospechaba en que ocurría algo dentro de mí maravilloso, algo de lo que, sin embargo, no estaba segura, por lo que no había dicho nada hasta ahora.

Hace un rato me atendió mi vecino el médico, y me ha confirmado la buena nueva: estoy en estado de buena esperanza.

Venía presentando los signos tan típicos de las embarazadas desde hacía algún tiempo. Al principio no le comenté nada a Donatien por si no eran más que imaginaciones mías, pero hace unos días le confesé creer estar embarazada. Él se emocionó mucho e incluso lloró, ¡lloró de felicidad, y yo lloré con él! Dijo que un profesional debía examinarme de inmediato, pero como nuestro vecino se encontraba fuera, de viaje, hemos tenido que esperar hasta hoy.

Ah, un bebé... ¡Voy a ser madre, voy a traer al mundo una vida! No puedo estar más feliz, y saber que el padre de la criatura será alguien tan excepcional como Donatien me hace sentirme incluso más dichosa. Qué maravilloso y dulce momento el que estoy viviendo.

Cuando se lo comenté a Louise Marie, contra todo pronóstico, me besó en la mejilla y me dio la enhorabuena, pequeño gesto que me agradó mucho. Parece ser que este nieto suyo que está en camino, su primer nieto, va a mejorar nuestra relación. ¡Ojalá no me equivoque! Dios quiera que mi suegra y yo podamos tener una buena relación, pues eso haría la convivencia infinitamente más fácil, y mi esposo no tendría que soportar algunos de los tensos encontronazos a los que nos tiene acostumbrados su madre.

Respecto a Angeline, cuando le di la noticia comenzó a brincar de alegría y a gritar atolondradamente como una niña pequeña. Está contentísima y desea que pasen los meses para que nazca ya mi bebé. ¡Qué afortunada soy de contar con la inestimable ayuda de esta linda muchacha!

Lo que el médico —y Donatien— me ha prohibido, es que haga esfuerzo físico alguno, por lo que me veo obligada a abandonar las tareas del hogar que venía desempeñando desde que Fernande se fue, y deberemos buscar a otra chica para que ayude en los quehaceres a Angeline, especialmente a cocinar, que de eso la pobre no tiene demasiada idea.

Ahora escribiré cartas a madre, a padre, a todos mis hermanos, a Margarita, etcétera, para contarles la buena nueva, y luego las haré mandar, por lo que preveo que me espera una dura jornada por delante.

***18 de octubre, 1781***

*(Dos días después)*

*Mediodía*

Ya hemos acogido a otra chica en casa para que ayude a Angeline con las tareas. Se trata de una mendiga a la que encontré pidiendo en las puertas de la catedral. A cambio de su trabajo, le damos comida y techo, por lo que a nosotros no nos supondrá apenas gasto, y ella no pasará ni frío ni hambre en las calles de París, especialmente ahora, que el otoño comienza a hacerse más difícil de soportar.

Se llama Agnès y tiene veinticinco años. Es poco habladora, muy tímida y apenas tiene modales, pero es muy trabajadora. Seguro que con el tiempo ella y yo logramos forjar una amistad tan bonita como la que profeso por Angeline.

## *20 de octubre, 1781*

*(Dos días después)*

*10:00 p.m.*

Cuando no podía estar más feliz a causa de mi embarazo, ha llegado cierta información a mis oídos que me ha desestabilizado por completo. Se trata de algo horroroso que me resulta imposible concebir como cierto. Pero, ¿y si lo fuera? ¿Y si de verdad he estado tan cegada? ¿Y si no es mentira que no soy más que una víctima?

Esta mañana Angeline me hizo unas señas y me condujo, en silencio, hasta la tercera planta, es decir, donde se sitúan los dormitorios del servicio. Casi nunca subo allí, y el mero hecho de que la muchacha me llevara hasta su habitación para hablar en privado ya me resultó, cuanto menos, extraño. Su actitud era inusual, y yo, nerviosa, me temía que iba a decirme algo malo. No me equivocaba.

Una vez allí, y en voz muy baja, me alertó sobre algo horrible que me niego a creer: según me ha dicho, Donatien ha tenido ya numerosas esposas, y todas ellas, sin excepción, acaban desapareciendo de alguna forma que desconoce.

Cuando me lo contó, no pude hacer otra cosa que mirarla boquiabierta, perpleja y sobrecogida a partes iguales. Dudé si lo que me decía era una broma o no, pero por su expresión comprendí que hablaba totalmente en serio.

Balbuocé algo, pidiéndole explicaciones ante la acusación tan grave que acababa de insinuar contra mi esposo. Contestó que, desde hace cinco años, tiene la costumbre de contraer anualmente matrimonio con alguna muchachita, y que éstas suelen desaparecer en diciembre, aunque no sabe adónde van. Cuando la primera desapareció, le preguntó directamente a Donatien sobre este asunto, y él —supuestamente— le dijo con tono sombrío que, si no quería terminar sus días de la peor forma posible, jamás se volviera a inmiscuir en estos asuntos, y que como trabaja para él le debe sumisión y, especialmente, complicidad. De esta forma, asegura, lleva cinco años sufriendo y viendo, impotente, cómo desaparecen mujeres jóvenes sin saber qué pasa con ellas, aunque supone que son asesinadas, vendidas como esclavas o alguna barbaridad así. Dice que ya no aguanta más esta situación, y que me quiere demasiado como para que yo acabe de la misma manera, por lo que me ha propuesto que huyamos juntas de París. Mi respuesta fue tajante: necesito reflexionar.

Cuando me confesó todo esto, al principio me quedé petrificada, y luego no pude evitar llorar desconsoladamente ante la idea de que mi esposo sea realmente tan malvado como Angeline asegura.

¿Será verdad? Me resulta imposible de creer. Donatien es tan buen marido, tan atento, tan caballeroso... Su única falta era el poco apego que le tenía a la religión, cosa que está enmendando desde hace algún tiempo.

No, definitivamente es una locura pensar que mi esposo pueda ser un criminal. Además, él sólo ha estado casado una vez, y enviudó hace ya mucho, según él mismo me ha contado. Pero, por otra parte, también se me antoja insoportable la idea de que Angeline me pueda estar mintiendo. ¡Ella es una chica honesta, honrada y decente a más no poder! ¿En quién, pues, tengo que confiar? Me



siento sola y perdida. ¡Oh, mamá, oh, Margarita, cómo os echo de menos...!

Siento la tentación de preguntarle directamente a Donatien por las graves acusaciones de Angeline, pero temo que ocurran dos cosas: por un lado, si son ciertas, si es verdad que mi esposo es un criminal, al yo saber su secreto acabaría conmigo de forma inmediata; si no son ciertas, echará de la casa a Angeline por mentirosa y la condenará a una vida de mendicidad y penurias, situación que me daría mucha pena porque le tengo mucho cariño, aunque se lo merecería si de verdad miente.

Temo comer algún alimento envenenado o que me claven un puñal mientras duermo. O Donatien o Angeline me quieren hacer daño, y yo me veo en la complicada tesitura de escoger aliado. Creo sinceramente que lo más seguro, por ahora, es investigar por mi cuenta.

## ***23 de octubre, 1781***

*(Tres días después)*

*9:00 p.m.*

Llevo tres noches sin apenas dormir nada. Cada vez que me meto en la cama con Donatien, mi corazón palpita con tanta fuerza que parece que se fuera a salir de su sitio, y todas las mañanas despierto empapada de sudor. Me siento insegura. No confío en mi esposo, ni en Angeline, ni en Agnès, ni por supuesto en Louise Marie. Estoy sola y no sé qué hacer.

Siento el deseo de huir en cualquier momento, pero, ¿cómo? No tengo suficiente dinero para emprender un viaje de vuelta a España, ni tampoco fuerzas. Además, huir yo sola, o como mucho con la compañía de Angeline, sería muy peligroso tanto para mí como para la criatura que se está gestando en mi vientre. En cualquier caso, ¿cómo voy a abandonar a Donatien por una acusación sin fundamento alguno? ¿Cómo voy a renunciar a mi vida? Sería una mala esposa y la vergüenza me perseguiría hasta la tumba.

En el salón hay un pequeño retrato de una mujer, que según dice Donatien pertenece a su primera y única esposa, de aquella de la que enviudó, cosa que yo ya sabía. He intentado indagar y le he preguntado por qué no se había vuelto a casar antes, por qué ha esperado tanto, y su respuesta ha sido «porque no sentía ánimos, amén de que me vi durante muchos años sumido en la más profunda de las depresiones». Sonó tan honesto y conmovedor... Desconozco si me estará mintiendo, pero si lo hace, es todo un experto en este arte inmoral.

He pensado en interrogar a vecinos, al arzobispo de París, a conocidos, etcétera, sobre si es cierto o no que Donatien ha tenido más esposas, pero si lo hiciera, me temo que me condenaría a mí misma con toda seguridad, pues ellos probablemente se lo contarían.

Creo que lo más prudente es continuar investigando, aunque el tiempo se me acaba. Según Angeline, sus mujeres suelen desaparecer en diciembre, lo cual no entiendo. ¿Por qué diciembre? Ella dice tampoco saberlo. De ser cierto, tengo de margen poco más de un mes.

Que Dios me ayude y se apiade de mi terrible suerte, pues me hace falta su auxilio más que nunca.

## *28 de octubre, 1781*

*(Cinco días después)*

*1:00 p.m.*

No he averiguado nada. Mis investigaciones apenas avanzan, comienzo a desesperarme y no sé de quién fiarme.

Con Angeline no he vuelto a hablar desde que me advirtió sobre Donatien, lo cual me apena mucho. Cada vez que nos cruzamos, me mira de soslayo, y yo a ella. Creo que está esperando una respuesta por mi parte, que le diga si acepto su propuesta de huir a España o no, pero me temo que no la tengo todavía...

Mi esposo está muy cariñoso conmigo, más que nunca quizás, y ha vuelto a llamar al modisto para confeccionarme más vestidos, zapatos y pelucas. También me ha comprado varias joyas, algunas de ellas de un valor de altísimo valor, como el collar que llevo ahora. ¿Por qué, si de verdad me espera un fin terrible, me agasaja tanto? ¿Por qué este exceso de atenciones? ¿No tiene sentido! ¿Hará todo esto, quizás, precisamente para engañarme? ¿Estoy dudando de Donatien cuando ya debería haberle advertido de las mentiras de Angeline? Oh, necesito que Dios me dé una respuesta.

Igualmente, me acompaña de forma regular a misa, toma la comunión, se confiesa y reza conmigo, y ya no lo hace para complacerme, sino por puro placer, pese a las reiteradas quejas de mi suegra. Contra todo pronóstico, se ha convertido en un devoto católico, y me resulta ilógico pensar que alguien así pueda siquiera pensar en hacer daño a una mujer. O quizás antes sí era capaz de hacerlo, pero ahora ha cambiado. No tengo ni idea, no son más que hipótesis que no se sostienen de ninguna forma.

Agnès me llama para comer. Debo dejar el diario.

## *1 de noviembre, 1781*

*(Cuatro días después)*

*7:00 p.m.*

Tras casi dos semanas sin hablarnos, esta mañana Angeline me pidió mantener una conversación privada conmigo. Subimos al tercer piso y nos encerramos en su dormitorio para poder charlar tranquilas.

«Señora, sé que lo que le conté posiblemente la ha desestabilizado y quitado el sueño —comenzó a decirme—, lo cual es totalmente comprensible dada la gravedad del asunto. Desde que me sinceré, la noto distante y yo no me he atrevido a volver a dirigirme a usted para no importunarla, pero como veo que todavía no ha tomado ninguna decisión sobre si huir de París o no, me veo en la obligación de instarla a hacerlo, pues el tiempo apremia. Ya le comenté que me gustaría acompañarla, no sólo porque mi corazón no soporta más ser cómplice de los crímenes de su esposo, sino también porque le tengo a usted mucho cariño, ya lo sabe, y la quiero como si fuese una hermana. Estamos en noviembre, diciembre se acerca y ya sabe lo que eso significa. Desconozco por qué es el último mes del año cuando tienen lugar las desapariciones, pero es algo que tengo constatado, y no me cabe duda de que, si decide permanecer en esta casa, algo muy malo le acabará pasando».

«Mi querida Angeline —contesté—, entiende por favor que has lanzado acusaciones muy graves contra Donatien sin aportar ninguna prueba. Por lo que mis ojos ven, él es un hombre excepcional, muy bueno, amable, atento y, ahora, cristiano, amén de que soy su esposa, por lo que no puedo desconfiar de él, ergo no puedo confiar en lo que tú dices sin pruebas. No comprendo el motivo por el que te has inventado esas cosas tan feas sobre él. ¿Por qué, Angeline? ¿Qué necesidad había? ¿Es que acaso sientes envidia? ¿Deseas que huyamos a España, a mi casa paterna, para allí tener una mejor vida? Estos últimos días he estado reflexionando sobre esto, y creo que las que digo son exactamente tus intenciones. Estate contenta, Angeline, de que sé perdonar y no le he comentado nada a Donatien sobre las calumnias que le has imputado».

Una vez que terminé de hablar percibí, por su expresión, que se sentía ofendida por mis palabras, pero me daba igual, pues había dicho exactamente lo que sentía.

Desde esta charla no hemos vuelto a dirigirnos la una a la otra. Creo que nuestra relación ha quedado destruida para siempre.

Espero que recapacite y acabe pidiendo perdón por las todas barbaridades que se ha inventado.

## *12 de noviembre, 1781*

*(Once días después)*

*11:00 p.m.*

¡Estúpida, estúpida, estúpida! ¡Eso es lo que soy, una estúpida, y todo lo malo que me va a ocurrir lo tengo merecido por estúpida! Oh... ¿Qué barbaridad estoy escribiendo? Creo que comienzo a delirar.

Parece ser que Angeline decía la verdad, y yo, esposa ingenua, decidí confiar ciegamente en Donatien cuando en realidad debía haberla creído a ella. ¡Ah, he perdido un tiempo precioso que podría haber aprovechado para huir de esta casa que no es sino mi cárcel!

Esta mañana me llegó desde España una carta escrita por madre y enviada en secreto por Margarita. Parece ser que ha hecho unas averiguaciones terroríficas. Por ahora, no comentaré nada y me limitaré a transcribir aquí la sobrecogedora nota:

28 de octubre de 1781, en Ronda

*Mi querida Marian:*

*Tengo algo que confesarte, sé que no te gustará nada y que te pondrás muy nerviosa al leerlo, pero es muy importante que prestes atención e intentes mantener la endereza.*

*Antes de nada, déjame felicitarte por tu embarazo, hija mía. Ojalá la situación fuese completamente distinta. Me gustaría darte consejos que yo misma seguí en su momento para pasar estos meses de la mejor forma posible, y así llegar al parto en la mejor condición, pero me temo que cualquier recomendación que pueda darte sobre tu embarazo tiene poca importancia. Ahora, lee atentamente el motivo por el que te escribo:*

*¿Recuerdas que fue tu padre el que se encargó de escribirse con Donatien para planificar la boda entre vosotros? A mí, como ya sabes, no me permitió entrometerme. Pues bien, esto no lo hizo por el simple hecho de evitar cederme algo de autoridad o decisión, sino por otros motivos mucho más oscuros que yo jamás había llegado siquiera a imaginar. Y tú tampoco.*

*He encontrado las cartas que, durante los meses previos al enlace, tu ahora esposo le envió a tu padre, que no se había desecho de ellas por algún motivo que desconozco. Sabes que siempre he pecado de entrometida, pero esta vez el defecto se ha convertido en una suerte: he leído las cartas y he averiguado cosas. Cosas horribles y siniestras, hija mía, pero me alegro de conocerlas, pues creo que aún estamos a tiempo de salvarte. Sí, has leído bien: de salvarte.*

*Por lo visto, y según he podido entender, Donatien le entregó una suma de dinero muy importante a tu padre hace un año, de lo cual yo no tenía ni idea. Este dinero le hacía falta porque el muy avaricioso había apostado veinte mil reales jugando a las cartas, cantidad que por supuesto no tenía, y, como podrás imaginar, perdió.*

*Como sabía que podían ir a por él si no entregaba el dinero que debía, decidió pedir ayuda a Donatien. Éste, en un principio, rehusó dárselo, hasta que tu padre comenzó a hablarle de ti. Fue en este momento cuando tu esposo cedió y acordó enviarle el dinero que le pedía, pero a cambio de tenerte.*

*En ese momento, pese a que tu padre nos había contado que Donatien era viudo, él estaba casado con otra mujer —según he comprendido al leer las cartas, ha tenido muchas esposas—, pero como en su mente estaba la vil idea de ‘sacrificarla’, sabía de antemano que en el futuro necesitaría a otra, y esa eres tú.*

*Te estarás preguntando qué es esto del sacrificio... Ay, mi niña, cuando lo descubrí me eché a temblar: por lo visto, tu esposo pertenece, desde hace algunos años, a una secta blasfema que anualmente sacrifica a inocentes en algún lugar de las Catacumbas de París para así ganarse el favor del Diablo. ¡Es un satánico!*

*Sé que es una locura lo que digo, hija mía. Sé que es difícil de creer, pero te repito que todo lo que te acabo de confesar lo he averiguado gracias a las cartas que tu esposo ha escrito a tu padre, el cual conocía las oscuras intenciones de Donatien, y aun así aceptó venderte y entregarte a tu verdugo con tal de él salvarse. Ambos son unos criminales, unos sinvergüenzas, unos traidores, unos impúdicos, unos pecadores. Perdóname por expresarme de esta forma, pero no estoy diciendo sino la verdad.*

*Tu padre, por supuesto, no sabe nada sobre mis averiguaciones, ¡ni puede! De ser así, pienso que cualquier venganza podría caer sobre mí, pues si está dispuesto a hacerte ti tanto*

*mal, a su propia hija, imagínate a su esposa. Pero no temas por mi vida, cariño mío, que yo sé protegerme. Respecto a ti, te aseguro que voy a salvarte, pequeña, voy a hacerlo. Debes huir de esa casa tan pronto como te sea posible antes de que te aprisionen en las Catacumbas de París, si es que no lo estás ya.*

*Lee atentamente, querida niña, pues éste es mi plan: si dispones de dinero, huye inmediatamente y espérame en alguna posada de Saint-Vrain, que es un pequeño pueblo al sur de París. Tardaré en llegar un mes, aunque haré todo lo posible para que el tiempo de viaje sea menor. No dormiré, no comeré, no descansaré, con tal de ganar minutos.*

*Si no tienes suficiente dinero, te será imposible aguantar en Saint-Vrain tanto tiempo, por lo que espera donde estás pues te voy a mandar dinero. Todavía no dispongo de mucho, ya sabes que tu padre es muy tacaño, pero en cuanto lo consiga lo haré enviar. Supongo que llegará antes que yo, pues bien sabes que el servicio de correo es muy veloz.*

*Una vez que te escondas donde te he dicho, procura no dejar pistas de tu paradero ni contarle a nadie que huyes de Donatien, pues cualquiera podría traicionarte con tal de ganar una recompensa.*

*Hija mía, como ves, la situación es crítica y tu vida está seriamente en peligro, así como la de mi nieto, que llevas en tus entrañas, y aunque su padre sea el criminal de Donatien lo amaré con todo mi corazón. ¡No sabes cuánto rezo para poder abrazarte, para poder besarte y para poder mecer al bebé entre mis brazos cuando nazca!*

*Tu esposo y tu padre pagarán por esto, confía en mí.*

*P.D.: tu querida amiga margarita, que también la considero mía por todo lo que nos está ayudando, está muy preocupada por ti e incluso se ha ofrecido a acompañarme a Francia. Le he ordenado que se quede aquí, en Ronda, pues viajar es muy peligroso, amén de que tengo alguna idea en mente para incriminar a tu padre y ella puede ser de mucha ayuda quedándose en España.*

*Carlota María Guzmán, señora de R...*

He aquí la carta, que creo que es tan alarmante como prometí. La he releído ya tres veces, y todavía me resulta imposible no llorar.

Me siento sin fuerzas, desolada, traicionada, y un sinfín de cosas más. Pensar que mi padre es un judas, que me ha vendido, es demasiado doloroso para mí. Todo por dinero. Todo por su estúpido vicio con los naipes.

¿Qué clase de ser vende a su hija sabiendo las cosas tan terribles que le van a hacer? ¿Y qué clase de marido planea hacer lo que conmigo? No soy sino una víctima de los hombres. ¡Ah, mamá, cómo desearía estar contigo en estos momentos! ¡Ah, Margarita, mi querida amiga, cómo me gustaría sentir tu cálido abrazo en estos instantes tan complicados!

No tengo tiempo que perder. No me puedo demorar sollozando y lamentando haber venido a París. No, de ningún modo. No me limitaré a ser una víctima, debo actuar. ¡Debo salvar a mi bebé! Pero, ¿cómo? No tengo tanto dinero como para aguantar un mes viviendo en una posada. Se lo podría pedir a Donatien, pero estoy segura de que sospecharía de mí. Puedo vender alguna de mis joyas, mas, ¿a quién? Mi esposo, por su profesión, conoce a todo el mundo con dinero en esta ciudad, y cualquiera me podría delatar. Creo que lo más prudente es esperar a que llegue la ayuda económica de madre.

Respecto a Angeline... Oh, pobre muchacha a la que no sólo no he creído, sino a la que he acusado de mentirosa. ¡Quería ayudarme, quería salvarme! Y yo, por no comprometer mis obligaciones como esposa, he sido una ciega... Debo disculparme ante ella.

*11:50 p.m.*

Donatien me acaba de llamar para que nos acostemos ya, pero siento en estos momentos tanta repulsión hacia él, que me he inventado que he enfermado, que tengo el estómago revuelto y que, para preservar su salud, hoy dormiré en el apartamento. Él está de acuerdo y parece no sospechar nada.



## *14 de noviembre, 1784*

*(Dos días después)*

*6:00 p.m.*

Esta mañana, aprovechando que mi esposo y Louise Marie habían salido a realizar ciertas gestiones, rebusqué en el despacho de Donatien, donde no suelo entrar casi nunca para no importunarlo, y encontré en unos cajones las cartas que mi padre le había estado escribiendo mientras planeaban la boda. Desconozco por qué Donatien no se deshizo de las epístolas, pues realmente les comprometen a ambos, y me sorprende este fallo por su parte.

Las leí y padecí: efectivamente, de ellas he podido extraer la misma información que madre respecto de las cartas de mi esposo que guardaba padre. Queda así pues corroborado que padre conocía muy bien las intenciones de Donatien desde el principio, y que aun así no tuvo reparo alguno en entregarme al que pueda que se convierta en mi verdugo.

Sin embargo, hay muchas cuestiones que todavía escapan de mi entendimiento, como por qué todas las esposas que ha tenido Donatien tienden a desaparecer en diciembre. ¿Por qué ese mes? ¿Qué hay de especial? ¿Existirá, quizás, una fecha concreta en la que se reúne la blasfema secta a la que pertenece? Otra cuestión que no comprendo: ¿por qué en las Catacumbas de París? Oh, ni siquiera sabía que existiesen, mucho menos que estuvieran abiertas. Por otro lado, madre me comentó que esta especie de sociedad secreta sacrifica a personas para ganarse el favor del Diablo, lo cual supone una herejía enorme. ¿Por qué la Iglesia no los persigue? ¿Por qué no cae todo el peso de las Leyes sobre esos asesinatos? ¿Es que acaso quedan impunes? Quizás entre sus filas existen importantes personas que se protegen entre sí.

En fin, tras leer las cartas y aprovechando, como ya he dicho, que mi esposo y mi suegra habían salido, compartí mis hallazgos con Angeline, a la que le pedí perdón por no haber confiado en su sincera y piadosa palabra en un principio. Ella contestó que no tiene nada que perdonar, pues comprende que no la creyera al haber lanzado acusaciones tan graves y sin pruebas contra Donatien. ¡Ay, qué buena chica es, y qué poco rencor es capaz de almacenar su bello corazón!

También le he hecho conocedora del plan de madre, de huir a Saint-Vrain y esperarla allí. Le he dicho que ella vendrá conmigo y, cuando madre nos rescate, viviremos las tres, juntas, en España. Cuando escuchó estas palabras, Angeline comenzó a llorar embriagada por la felicidad, y yo con ella.

Quiero que viva conmigo y con madre. Se ha convertido en una amiga muy especial que ha decidido traicionar a Donatien, poniéndose así en peligro, para salvarme a mí. No quiero perderla.

## *16 de noviembre, 1781*

*(Dos días después)*

### *Mediodía*

Angeline y yo hemos preparado, cada una, un cofre con ropa que tenemos escondido en su habitación, para así, cuando llegue el dinero enviado por madre, poder huir con la mayor presteza posible y no tener que entretenernos en nada. El único problema es que, todavía, no tenemos quien nos lleve. Temo que el cochero al que contratemos conozca a Donatien y nos delate. Sé que puede resultar irracional el sentirme tan vigilada en una ciudad tan inmensamente grande, pero toda precaución es poca, o así al menos lo veo yo.

Creo que Agnès, que cuando llegó a la casa resultó ser una muchacha más o menos agradable, ahora sospecha algo, pues nos mira de forma muy extraña a Angeline y a mí. ¿Habrá descubierto quizás los cofres? ¿Habrá escuchado alguna de nuestras conversaciones? No lo sé, pero espero que, de yo estar en lo cierto, ella no le haya comentado nada a mi esposo.

Voy todos los días a Notre-Dame para rezar y pedirle a Dios que nuestro plan prospere, pese a que soy consciente de que es harto complicado. Sé que Él me escucha, confío en que nos auxilie y en que los malos reciban el justo castigo que se merecen desde hace tanto.

Donatien, por su parte, continúa siendo extremadamente atento y amable conmigo. ¡Oh, cuántísima hipocresía y cuántísima maldad alberga su corazón!

## *17 de noviembre, 1781*

*(Un día después)*

*5:00 p.m.*

Ha llegado, al fin, la ayuda económica de madre, bastante cuantiosa, por cierto. La trajo un mensajero a las diez. ¡Menos mal que estábamos las chicas del servicio y yo solas en casa! Si mi esposo o mi suegra llegan a ver el dinero que me hace enviar madre, hubieran sospechado mucho...

Nuestra huida, sin embargo, deberá retrasarse hasta mañana por la mañana, momento en el que Donatien saldrá de casa para realizar algunas gestiones. Respecto a Louise Marie, como ella se levanta bastante tarde, no habrá problema alguno. Agnès sí estará despierta, y temo que pueda dar la voz de alarma si nos ve montarnos en el coche. Creo que podremos engañarla fácilmente diciéndole que vamos a viajar a la otra punta de la ciudad para ocuparnos de un asunto. ¡Dudo que sea tan ladina como para desconfiar de nuestra palabra!

Respecto al cochero que nos llevará hasta Saint-Vrain, ya está avisado, y mañana deberá esperarnos a las nueve en una calle aledaña muy discreta.

Las próximas horas son decisivas y mi vida pende de que el plan salga bien. Que Dios me ampare.

## *20 de noviembre, 1781*

*(Tres días después)*

### *Hora desconocida*

Tantos esfuerzos realizados en vano, tantas esperanzas concebidas como quimeras, tantas ilusiones frustradas.

Como se podrá imaginar por mis palabras, he caído presa del criminal de Donatien, al que ya me repulsa llamar ‘mi esposo’. Estoy atrapada en una celda, en algún punto que desconozco de las Catacumbas de París, o eso creo.

Este es mi fin. El mío y el de Angeline, que está aquí, sufriendo conmigo y haciéndome compañía.

No sé exactamente qué nos ocurrirá ni cuándo, pero supongo que, tras alguna depravación de la que seremos víctimas, vendrá nuestro último martirio. Y yo, mientras, ¿qué puedo hacer para evitarlo? Nada. Lo único que me queda es escribir. Es lo único que se me permite hacer aquí.

Aprovechando que todavía tengo el diario, y que voy a poder dejar constancia en él de mis últimos días, explicaré a continuación cómo he llegado a esta situación tan penosa:

Hace dos días, tal y como Angeline y yo teníamos planeado, abandonamos la casa temprano y nos dirigimos al coche. El cochero nos estaba esperando en la hora y en el lugar convenido, es decir a las nueve en una discreta calle alemana. Fue terrible la sorpresa que me llevé cuando, al abrir la portezuela, me encontré en el interior del vehículo a Donatien, que estaba aguardándonos.

Él comenzó a reír como un loco, y dos secuaces de mi esposo, que debían estar escondidos en alguna parte, aparecieron por nuestra espalda, nos inmovilizaron y nos pusieron en el rostro a Angeline y a mí un trapo impregnado de algún aroma fatal que nos dejó inconscientes en el acto. Lo siguiente que recuerdo es despertar en la celda en la que estoy ahora mismo.

Respecto a la celda, aquí no hay nada. Se trata de una habitación amplísima, de piedra, con el techo bastante bajo (metro ochenta, más o menos). No entra luz por ningún punto. Tampoco hay colchones sobre los que descansar, ni paja, ni siquiera mantas. Tampoco cubos ni palanganas en los que realizar necesidades. Se trata, en definitiva, de una fría y vacía habitación. Tan sólo hay una gran puerta cerrada a cal y canto con una pequeña abertura a través de la cual entra el aire que respiramos, que por cierto noto que está muy sucio.

Aquí huele a cerrado, lo cual es normal si es que de verdad estamos en las Catacumbas de París. No tengo la certeza, pero supongo que es así. ¿Dónde sino íbamos a estar confinadas?

Durante el primer día no recibimos ninguna visita, y Angeline y yo nos limitamos a rezar, abrazadas en todo momento, bajo el manto de la oscuridad absoluta.

Al día siguiente, es decir ayer, Donatien vino a vernos. Portaba un candelabro para que se pudiera ver. Pensé en aprovechar la ocasión para intentar huir, pero como en la puerta se quedó vigilando otro hombre, tan alto que parecía un gigante, me vi obligada a desistir.

Respecto a Donatien, nos dio bastantes explicaciones: sabía que yo había leído las cartas que le envió mi padre, y también sabía que mi madre me había alertado de que debía huir cuanto antes. ¿Cómo podía ser conocedor de todo esto? Pues porque Agnès, por orden de mi esposo, había

estado leyendo y traduciendo mi diario a escondidas de mí. ¡La muchacha habla español, una indigente bilingüe! ¿Cómo lo iba a adivinar, cómo iba a prever el peligro? Me siento una estúpida. Ahora entiendo por qué nos miraba con tanto recelo a Angeline y, sobre todo, a mí.

Donatien se jacta de que en ningún momento pensó que yo tuviera planeado huir de París, pero que su ‘bendita’ curiosidad le llevó a violentar mi intimidad a través de mi diario y así quedó alertado de mis intenciones. Luego, sólo tuvo que sobornar al cochero que supuestamente iba a llevarnos hasta Saint-Vrain, al cual no le costó encontrar, para que le permitiera esperarnos dentro del coche. Creo que puedo decir, sin lugar alguno para la duda, que he sido traicionada tanto por Agnès como por el cochero. Me apena ver que el dinero es tan poderoso, y que los espíritus tan débiles como para corromperse a cambio de unas monedas. Qué tristeza siento en mi corazón.

Donatien también me ha hablado de padre, y dice que toda la información que sé sobre cómo y por qué ellos organizaron la boda, todo de lo que madre me advirtió, es cierto: «Tu padre no sólo es un vicioso, sino un mal jugador. ¡Perdió mucho dinero y me necesitaba! No dudó en entregarte, aun sabiendo todo lo que tengo planeado hacerte», me dijo.

Sobre esto último, le pregunté a Donatien qué va a ser de mí y de Angeline, pero en ese momento se quedó en silencio, dando por terminada la conversación, y se marchó de la habitación con el candelabro, volviéndonos a dejar encerradas y a oscuras.

Hoy, día 20, volvió a hacernos una visita. Nos entregó pan duro y algo de agua. Supongo que todavía no quiere que muramos. Volví a preguntarle qué va a ser de nosotras, y esta vez respondió: «Deja de hacer tantas preguntas y ten paciencia, ‘amada’ esposa mía, que pronto lo verás con tus propios ojos».

Está claro que mis últimos días serán aquí, y que hacerme ilusiones conque puedo sobrevivir a este cautiverio sería, cuanto menos, una necedad. Si la siniestra secta a la que Donatien pertenece lleva realizando estos ‘sacrificios’ tantos años y nadie todavía los ha descubierto, ¿por qué motivo iban a ser atrapados ahora? Estamos en mitad de las Catacumbas de París, un lugar que yo ni siquiera sabía que existía, por lo que probablemente aquí nadie baje jamás, excepto bandidos, homicidas, prostitutas y delincuentes varios; gente indeseable en general. ¡Ah, ya entiendo por qué escogieron este lugar y no otro, y es que aquí cualquier fechoría queda impune, pues aquí no hay más que inmundicia! ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Aquí no hay ni Dios ni Ley! ¡Es nuestro fin!

### *10 minutos después*

Tras comprender que difícilmente voy a salir con vida de este zulo subterráneo, una terrible angustia se apoderó de mí y me vi obligada a dejar de escribir durante unos minutos. Tras tranquilizarme con los abrazos y caricias de Angeline, ahora puedo terminar de narrar la historia de mi situación actual:

Como iba diciendo, hoy Donatien ha acudido a visitarnos y a entregarnos algo de comida. Le hice una pregunta, pero se limitó a contestar sin llegar a responderme.

Antes de marcharse, y para la mayor de mis sorpresas, Donatien me entregó mi diario, una pluma y tinta. «Por si quieres narrar tus últimos días. Será exquisito leerlo con la ayuda de Agnès cuando perezcas», me dijo en el tono más lóbrego que le he escuchado adoptar a nadie. Además, para poder ver, nos ha dejado un candelabro encendido, aunque no sé cuándo se apagará. Luego se fue.

## *21 de noviembre, 1781*

*(Un día después)*

### *Hora desconocida*

Hoy no hemos recibido ninguna visita. El candelabro se ha apagado y estamos en la oscuridad más absoluta. No veo lo que escribo, motivo por el cual posiblemente mi caligrafía sea horrorosa y puede que esté superponiendo unos renglones encima de otros.

Tenemos hambre y sed. No nos queda agua. He gritado en varias ocasiones pidiendo ayuda y clemencia, pero parece que nadie nos escucha, o quizás hacen oídos sordos. No tengo ni idea, aunque más allá de la puerta no se escucha nada.

Como tenemos que realizar nuestras necesidades aquí mismo, se puede imaginar fácilmente el olor fétido que nos acompaña las veinticuatro horas del día. Tampoco tenemos ninguna forma de lavarnos. Estas no son, desde luego, las mejores condiciones para una mujer en cinta como yo. Ay, mi bebé. ¡Cuánto me temo que no llegará a nacer! ¡Cómo me temo que el criminal, el malvado de su padre le arrebatará ese derecho natural...!

Angeline, la pobre, está muy mal. No deja de llorar y de vomitar. Tiene fiebre. Pobrecita mía... Se ha sacrificado en vano por mí. Si no me hubiera contado nada, si no hubiera querido huir conmigo a España, ella seguiría estando en la casa. Angeline, mi linda Angeline... Ella me cuida a mí y yo a ella, como podemos. Somos una embarazada y una enferma confinadas en una habitación vacía, no podemos hacer otra cosa que darnos cariño y calor.

Tampoco dejo de pensar en mi pobre madre. Probablemente esté en camino a Saint-Vrain, donde se quedará esperándome durante muchos días, hasta que finalmente comprenda que jamás llegaré. Madre, si alguna vez lee esto, que sepa que la amo más que a mí misma.

## *22 de noviembre, 1781*

*(Un día después)*

### *Hora desconocida*

Hace un rato volvió a visitarnos Donatien, al que acompañaba el mismo hombre alto que en la otra ocasión custodió la puerta, y que hoy ha vuelto a hacer lo propio. Nos ha entregado pan y agua. Le he pedido clemencia y suplicado que me dé algo más de comida, pues necesito energía extra al tener a nuestra criatura en mi vientre, pero no accedió.

Entre sollozos le he preguntado a Donatien por qué alarga este sufrimiento nuestro de forma tan inhumana, en lugar de ‘sacrificarnos’ ya, pero no me ha respondido. También le he pedido que, al menos, me confirme o desmienta que estamos en las catacumbas de la ciudad, que es lo que vengo suponiendo desde que me encerraron aquí, y su respuesta ha sido la siguiente: «Querida mía, tal y como acertadamente temías, os encontraréis en una habitación de las Catacumbas de París, una red kilométrica de túneles y cuartos subterráneos que se prolongan por gran parte de la ciudad. En épocas romanas se utilizaban como minas. No tenías ni idea, ¿verdad? Por supuesto que no... Podéis gritar todo lo que queráis, podéis rezar hasta que vuestras fuerzas se agoten, pero nadie os va a escuchar ni va a venir a socorreros».

Tengo miedo de que tenga razón y nadie nos vaya a salvar de la horrenda suerte que nos depara. Oh, pensar que seremos sacrificadas en nombre del Mal... ¿Acaso existe peor castigo para una cristiana devota como yo?

Dicho esto, Donatien nos entregó otro candelabro encendido y se marchó de la habitación.

## *24 de noviembre, 1781*

*(Dos días después)*

### *Hora desconocida*

Hoy, tras dos días sin comer ni beber nada, Donatien ha vuelto a visitarnos para regodearse de nuestro sufrimiento y entregarnos, de nuevo, agua y pan. Parece que está cogiendo la costumbre de visitarnos sólo cada dos días.

En esta ocasión, el hombre alto y él no han venido solos, sino acompañados de otro caballero, muy bien vestido, que llevaba atadas del cuello como si fuesen animales a dos muchachitas muy jóvenes, asustadas y desorientadas a las que han encerrado en la habitación con nosotras.

Cuando los hombres se fueron, Angeline y yo intentamos consolarlas, pero estaban tan histéricas que parecía que iban a desmayarse de un momento a otro. Según dicen, son hermanas, ambas hijas del vizconde de S..., que es el caballero que acompañaba a Donatien. ¡Oh, un padre que trata a sus pequeñas como a perras en lugar de como a flores, un padre que encierra a sus hijas bajo suelo y que planea acabar con sus vidas! ¿Puede existir en este mundo un ser más inmoral que éste que describo? No lo creo.

Para que se calmaran, Angeline y yo les hablamos durante un rato, y les contamos cosas como que yo estoy embarazada, o que llevamos aquí encerradas desde hace casi una semana. Una vez ya más sosegadas, fueron las hermanas las que nos revelaron datos interesantes y terroríficos: «Ya habíamos oído hablar de este siniestro lugar —comenzó a decir una de ellas—. Sabíamos desde hace tiempo que nuestro padre pertenece a una especie de secta que comenzó a operar hace cinco o seis años, y que tiene por costumbre, todas las Navidades, reunirse en las Catacumbas de París, donde nadie les observa, y sacrificar a muchachas jóvenes mediante un rito satánico y blasfemo. Lo hacen porque creen ganarse así el favor del Diablo. Pese a lo criminal de sus actos, nosotras jamás denunciarnos a padre porque... Bueno, es nuestro padre. Lo que nunca hubiéramos pensado es que él nos utilizaría para el sacrificio».

Así, las hermanas han corroborado todo lo que yo ya temía. Sin embargo, ahora sé cuándo será nuestro final: en Navidad. Les he preguntado si saben por qué utilizan esta fecha y no otra, y creen simplemente que «porque realizar un acto tan blasfemo en un día tan sagrado, ni más ni menos en aquel que conmemora el nacimiento de Jesucristo, no puede sino ayudarles a ganar el favor del Diablo. También están convencidos de que las víctimas, mientras más virtuosas y puras, más posibilidades hay de que las fuerzas malignas atiendan al sacrificio, y ellos piensan que la mujer es un ser más virtuoso que el hombre, por lo que probablemente todas seamos féminas. Además, tener a un bebé en el vientre, como es tu caso, aumenta las probabilidades, o de eso están convencidos estos criminales». ¡Ah, lamentables revelaciones!

Jamás hubiera imaginado que mi vida terminaría de esta manera, sirviendo para una finalidad tan herética. ¿Cómo pueden estar tan cegados? ¿Cómo pueden dormir por las noches encontrándose sus almas en un estado de corrupción tan grande? Hoy no rezaré para salvarme, pues ya lo veo imposible, sino que les dedicaré a ellos, a los que serán mis verdugos, mis plegarias. Rezaré por sus espíritus. Lo necesitan más que yo.



***25 de noviembre, 1781***

*(Un día después)*

*Hora desconocida*

Hoy no hemos recibido la visita de Donatien, pero sí la de un hombre desconocido que nos ha traído pan y agua, y que ha encerrado junto a nosotras a otras dos jóvenes. Parece que, como ya casi estamos en diciembre, y por tanto Navidad se acerca, los criminales de esta secta comienzan a aprisionar a más muchachas. ¡Ah, siempre somos nosotras, las mujeres, las que más sufrimos!

Soy consciente de que supone un pecado muy grande lo que estoy a punto de decir, pero, siendo completamente sincera, mi vida ahora mismo es miserable, y tan sólo deseo que llegue Navidad y morir de una vez. Será entonces cuando mi calvario termine y llegue, por fin, la paz.

## *26 de noviembre, 1781*

*(Un día después)*

*Hora desconocida*

Hoy recibí una visita de Donatien, que por fin se ha dignado a resolver todas las dudas que me atormentaban desde hacía días.

Para empezar, le pregunté si es cierto todo lo que nos han contado las muchachas respecto a la secta, y dijo que sí, que, aunque a mí me parezca una locura, él está completamente convencido de que el Diablo favorece a aquellos que realizan esta clase de actos, y que por eso él tiene tanto dinero y le va tan bien.

También le he preguntado si es cierto que, tal y como Angeline sostiene, antes que yo no sólo tuvo una esposa, sino muchas. Dice que así es, y que todas ellas han padecido el mismo final que me depara a mí.

He apelado a su corazón y le he preguntado si no le da pena sacrificar a su hijo, al que llevo en mis entrañas. Su mente enferma contestó lo siguiente: «¿Pena? Ah, querida, sacrificar a un hijo es incluso más hermoso que sacrificar a una esposa, y más aún cuando no ha nacido. ¿Acaso, niña estúpida, no te explicas por qué comencé a cartearme con tu padre en enero de este año y organizamos la unión con tantas prisas? Yo acababa de sacrificar a mi última mujer, y estaba deseando tenerte en mis brazos para dejarte preñada cuanto antes para que así, cuando llegue el día de tu sacrificio, la ofrenda sea doble».

Conforme me explicaba todas estas cosas, un torrente de lágrimas brotaba de mis ojos, pero yo todavía tenía una última pregunta para él: «¿Por qué hasta que me encerraste aquí fuiste tan bueno conmigo? ¿Por qué incluso abrazaste la religión cuando te lo pedí, pese a lo contraria que se mostraba tu madre?». Su respuesta fue: «Para tenerte engañada y porque soy un hipócrita sin escrúpulos».

Aquí terminó nuestra conversación, dejó un candelero encendido en el suelo y se marchó.

Respecto a mí, he decidido dejar de comer. Alargar mi sufrimiento es una tontería. Prefiero morir y que Dios me lleve con él lo antes posible. Así, al menos, evitaré la inmundicia de que mi cuerpo sea ofrecido en un sacrificio ante el Maligno.

# *1 de diciembre, 1781*

*(Cinco días después)*

*Hora desconocida*

Ya estamos en diciembre. Ya queda menos para el horrible final.

Mi estómago ruge, mi bebé pide comida para continuar desarrollándose. Qué pena tan grande me produce saber que no va a nacer. Pero como indiqué la última vez que escribí en este diario, he decidido no volver a comer, y mantengo mi palabra.

Donatien ha dejado de visitarme, aunque lo prefiero así. No tengo nada que hablar con él.

Cada día encierran a más y más muchachas con nosotras. Las hay de buenas familias, pobres, jóvenes, viejas, inocentes, prostitutas, bellas, feas, pecadoras, fervientes devotas... Nuestros verdugos no hacen distinción. La mayoría, eso sí, tenemos algo en común: hemos sido engañadas por hombres en los que confiábamos.

Antes, la habitación era enorme, ahora se está quedando pequeña. Somos unas treinta aquí metidas y el hedor es casi más difícil de soportar que el hambre.

Ni siquiera sé por qué continúo escribiendo en este diario. Por su culpa estoy aquí. Él me delató ante Agnès y Donatien. La maldita idea de mi pobre Margarita de escribir para no aburrirme me ha arrastrado a esta celda. Oh, pero, ¿qué estoy diciendo? Hablo como si la estuviera culpando a ella de algo. ¡De ninguna manera! Margarita no tiene culpa de nada más de ser una buena persona.

Si estoy aquí encerrada es por culpa de Donatien y de otros delincuentes como él.

Perdóneme, Dios, pero repito que deseo morir. Lléveme ya, por favor.

## *4 de diciembre, 1781*

*(Tres días después)*

*Hora desconocida*

Creo que estamos a día 4, aunque no estoy segura. He perdido casi por completo la noción del tiempo.

Aquí cada día somos más. Ahora, unas cuarenta. Dos han perecido y nuestros malditos cautivadores no han tenido ni la delicadeza de retirar los cuerpos, que están comenzando a llenarse de moscas.

Por otra parte, somos tantas que están encerrando a chicas en salas contiguas. Lo sé porque las escuchamos.

Además, empezamos a caer en el delirio más absoluto. Tantos días aquí encerradas, tantos días sin luz, menos cuando tienen la deferencia de dejarnos un candelabro encendido... Estamos perdiendo las cabezas. Algunas gritan, otras lloramos, otras hablan solas. En definitiva, nunca hay silencio. Nunca hay paz.

Angeline está muy mal. La pobre no mejora de la fiebre, y temo que muera antes que yo, Dios no lo quiera. Me dolería mucho verla 'irse'... La quiero demasiado como para soportar ese duro golpe.

Yo, como no he probado bocado desde hace una semana y un día, tengo un hambre y una sed atroz que no me dejan dormir. Sufro constantes y recurrentes pesadillas, y tengo la boca siempre seca. Pero sé que el esfuerzo merecerá pena, porque creo que ya estoy bastante cerca de morir por inanición.

Creo que no volveré a escribir. Que Dios me tenga en su gloria.

## *2 de agosto, 1782*

*(Casi ocho meses después)*

*1:00 p.m.*

No escribo en este diario desde mi cautiverio en las Catacumbas de París. No he sido capaz, no me he visto con fuerzas. Hasta ahora.

Durante mucho tiempo, cada vez que sostenía la pluma entre mis dedos, los malos recuerdos me atacaban y me paralizaban, pero ya no. He logrado dejar atrás aquellos días en los que era esclava de Donatien. Gracias a Dios.

Estoy viva. Jamás llegué a imaginar que sobreviviría al año 1781. Ni por asomo pensé que lograría escapar de las oscuras intenciones que esa secta y mi esposo tenían preparadas para mí. Pero lo hice. Soy una mujer libre, ahora de verdad.

Supongo que, si este diario ha caído en las manos de alguien, se estará preguntando cómo ha ocurrido este giro absoluto de los acontecimientos. Para conocerse la respuesta, tan sólo se debe continuar leyendo:

Madre llegó a Saint-Vrain el 26 de noviembre, es decir, cuando yo ya estaba atrapada en aquella inmundada y oscura celda subterránea en lo más profundo de las Catacumbas de París.

Permaneció en Saint-Vrain dos jornadas buscándome y preguntando por mí, tanto en la posada del pueblo como en todas las casas. Al no obtener respuesta, comenzó a alarmarse, y el día 28 puso rumbo a París, llegando el 29.

Fue hasta casa de Donatien, donde fue recibida por Agnès. Exigió verme, pero ella le contestó que yo no estaba, y que no podía darle ningún dato más. Madre enfureció y enloqueció, llegando incluso a montar un escándalo. La malvada Louise Marie intervino, y se inventó que yo había huido hacia España. Aquella mentira hizo dudar a madre, que pensó que podía ser cierta, pero como es muy inteligente y reconoce con facilidad la mentira, supuso que yo ya estaba cautiva en las catacumbas. Se decidió a ir a rescatarme, pero no podía emprender tal empresa sola.

Las catacumbas, como ya he indicado en alguna ocasión, son una red de túneles y habitaciones kilométricas, y madre era consciente de ello. Adentrarse ahí sola no sólo hubiera supuesto perderse, sino posiblemente también la muerte.

Durante tres días estuvo solicitando la colaboración de la Guardia de París, pero ésta rehusó en todo momento ayudarla, argumentando siempre razones con poco peso. Madre incluso les mostró a los guardias las cartas escritas y enviadas por Donatien a padre, en las que claramente se podía ver las intenciones que el primero tenía conmigo, pero ni aun así cambiaron de opinión.

Desesperada, madre amenazó con quejarse a tan altos poderes que se formaría un conflicto diplomático entre Francia y España, e incluso mintió aludiendo a que su esposo era un ministro del rey español. Los guardias se acobardaron y logró que realizaran un registro en casa de Donatien el día 3 de diciembre, donde encontraron la correspondencia de padre enviada a mi esposo que, junto al resto de cartas, suponía una prueba irrefutable de las intenciones de Donatien.

La policía rehusó en un primer momento detener a Donatien, pese a que tenían razones suficientes para hacerlo. Madre enfureció y, una vez más, amenazó a los guardias con desatar la ira de su 'esposo' el ministro. Así pues, el Teniente General, temeroso de ser sancionado, detuvo

en ese mismo momento a Donatien, a Louise Marie y a Agnès, aunque los tres negaron en todo momento que me hubiesen hecho algo malo o supieran dónde estaba. «¡Ha huido a España!», se limitaban a decir una y otra vez.

A partir de este instante, la policía realizó una búsqueda a lo largo de las Catacumbas de París. Madre solicitó ir con ellos, pero le negaron tal petición por su propia seguridad. Finalmente, tras una exhaustiva búsqueda, dieron con nuestra celda —y otras más— el día 5 de diciembre, donde nos encontraron a más de sesenta prisioneras en condiciones deplorables. Nos rescataron e interrogaron una a una para intentar averiguar los nombres de todos los criminales que participaban en la secta y planeaban sacrificarnos.

Mi reencuentro con madre fue... Bueno, es fácilmente imaginable. La abracé, nos besamos, nos acariciamos y lloramos juntas durante horas, y a nuestro emotivo reencuentro se sumó mi querida Angeline.

Cuando me creía perdida, cuando ya no veía salvación posible, cuando incluso había perdido la fe, Dios me envió a un ángel al que tengo la suerte de llamar madre. «Mi niñas —dijo mientras sus lágrimas corrían junto a las mías y a las de Angeline—, jamás volveremos a ser víctimas de nadie. A partir de ahora seremos plenamente libres». Y sus palabras fueron proféticas.

Cuando en Ronda madre leyó la correspondencia de Donatien enviada a mi padre, no sólo compartió conmigo esa información, sino también con Margarita, mi eterna y fiel amiga. Ella, preocupada por mí, quiso acompañar a mi madre a Francia, pero ella rechazó su ayuda y le pidió que hiciese otra cosa: mientras tanto, debía encargarse de que toda la ciudad supiera que mi padre me había vendido vilmente a Donatien, que era un jugador enfermo y un criminal, y le advirtió que no tuviese el más mínimo reparo en hablar mal de él, y que no temiese si recibía amenazas, pues ella la defendería.

Margarita realizó la tarea encomendada por madre, y como padre es juez y, evidentemente, se enfadó mucho al saber lo mal que estaba hablando mi amiga de él, mandó a detenerla y a juzgarla inmediatamente. Pero nosotras, madre, Angeline y yo, llegamos en menos de un mes a Ronda, y entre las tres nos encargamos de continuar dando a conocer lo bribón que es mi padre, ganándonos rápidamente el favor y la compasión de la ciudad. Padre, por su parte, primero se vio forzado a liberar a Margarita por presiones vecinales, y después a huir de Ronda. Desde entonces no sabemos nada de él, ni siquiera dónde ha rehecho su vida, si es que acaso lo ha logrado. Me duele que hayamos acabado tan mal, pero yo no elegí este final, sino él con sus acciones y su irresponsabilidad.

Ahora vivimos madre, Angeline y yo en la casa, juntas, libres y felices. Como Margarita vive muy cerca, ella y su madre nos visitan con bastante asiduidad, conque prácticamente podríamos decir que también viven con nosotras.

A madre siempre la he amado con todo mi corazón, pero desde que viajó desde el sur de España hasta París para rescatarme, siento que le debo la vida por partida doble; a Margarita le agradezco su fiel y eterna amistad. Sé que es alguien que, pase lo que pase, siempre estará ahí; respecto a Angeline, aunque hace relativamente poco que nos conocemos, siento una profunda conexión hacia ella. La quiero con todo mi corazón.

También entre nosotras hay alguien más, alguien muy pequeñito y delicado que acapara todas las atenciones, mimos y amor: mi bebé, el pequeño Fernando, que ya casi tiene tres meses. Pese a las difíciles situaciones que me tocó vivir, mi precioso hijo nació sano y fuerte, y no le puedo estar más agradecida a Dios por ello. Lo amo, vivo para él y todo el mundo me ayuda a cuidarlo,

por lo que la recuperación tras el parto se me está haciendo muy amena.

Respecto a Donatien, sabemos que, gracias a su dinero, logró librar de la cárcel a su madre y a Agnès, pero que él continúa cumpliendo una condena de cinco años. Estoy segura de que saldrá bastante antes porque éstos son los beneficios típicos de la gente muy poderosa y rica, pero al menos me reconforta saber que está siendo castigado.

Ya lo he dicho, pero lo repetiré ahora una última vez: soy, por fin, absolutamente feliz. Soy dueña de mi vida y de mi destino, soy libre, y ningún hombre ni mujer manda sobre mí. Soy una privilegiada.

***FIN***